

CUANDO
DIOS
DIJO

"*of course...*"

MARK FINLEY



Cuando Dios dijo: “Acuérdate...”
es una producción de

Asociación Publicadora Interamericana

2905 NW 87 Ave. Doral, Florida 33172, EE. UU
Tel. 1(305) 599 0037/ Fax 1(305) 592 8999
mail@iadpa.org/www.iadpa.org

Presidente: **Pablo Perla**

Vicepresidente Editorial: **Francesc X. Gelabert**

Vicepresidente de Producción: **Daniel Medina**

Vicepresidenta de Atención al Cliente: **Ana L. Rodríguez**

Vicepresidenta de Finanzas: **Elizabeth Christian**

Edición del texto

Mónica Díaz

Diagramación y diseño de portada:

Ideyo Alomía

Copyright © 2010

Inter-American Division Publishing Association

Está prohibida y penada por la ley la reproducción total o parcial de esta obra (texto, ilustraciones, diagramación), su tratamiento informático y su transmisión, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia o por cualquier otro medio, sin permiso previo y por escrito de los editores.

En esta obra las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera, revisión de 1995: **RV95** © Sociedades Bíblicas Unidas y la revisión de 1960: **RV60** © Sociedades Bíblicas Unidas. También se han usado la Nueva Reina-Valera: **NRV** © Sociedad Bíblica Emanuel, la versión popular Dios Habla Hoy: **DHH** © Sociedades Bíblicas Unidas y la Nueva Versión Internacional: **NVI** © Sociedad Bíblica Internacional.

ISBN 10: 1-57554-843-7

ISBN 13: 978-1-57554-843-2

Impresión

Stilo Impresores Ltda.

Impreso en Colombia

Printed in Colombia

1a edición: mayo 2010

Índice

Antes de comenzar...	2
1. Descanso para los agobiados	4
Una sociedad estresada	4
Cómo escapar de la tiranía de lo urgente	5
La espiritualidad y la salud	7
Las bendiciones del sábado	8
El sábado: Un tiempo para la sanación	9
2. Libres para obedecer	11
Se necesita una brújula	13
El papel de la ley y la gracia	18
Un patrón moral	22
Un mensaje actual	23
3. Un día para recordar	25
El desafío del evolucionismo	26
Jesús, los discípulos y el sábado	32
El sábado y el tiempo perdido	34
El sábado y los cristianos del Nuevo Testamento	38
4. El mayor engaño de la historia	40
El gran engañador	41
Entendiendo los símbolos del Apocalipsis	43
El misterioso cuerno pequeño	48
¿Qué sucedió históricamente?	49
Los responsables del cambio	51
5. Un anticipo de la eternidad	55
La creación y el sábado	57
El sábado y la salvación	59
Un santuario en el tiempo	61
6. Respuestas bíblicas acerca del sábado	62
Preguntas más comunes en relación con la ley de Dios	64
7. Tiempo de renovación	68

Dios bendice la fidelidad	69
Experiencias sobre la observancia del sábado	71
8. La estrategia del enemigo	76
La verdad y la falsedad	78
Un gran misterio	80
Un sistema humano	82
Un sistema centrado en la adoración de imágenes	83
El culto a los antepasados	84
El centro del culto al sol	86
El llamado final de Dios	90
9. La bandera victoriosa	93

Antes de comenzar...

SIN DUDA ha usted elegido este libro porque en lo profundo de su corazón desea descubrir la verdad de la Palabra de Dios. Millones de personas, al igual que usted, están redescubriendo la verdad sobre un mandamiento casi olvidado. Una simple lectura de los Diez Mandamientos revela que el cuarto mandamiento declara: “Acuérdate del sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el séptimo es día de reposo del Señor, tu Dios” (Éxodo 20: 8-10 NRV).

Sin embargo, la mayor parte de la cristiandad observa el domingo, el primer día de la semana, como el día de reposo bíblico. ¿Por qué? ¿Cuál es la diferencia entre guardar un día o el otro? ¿Cómo se produjo el cambio del día de reposo del séptimo día al primero? ¿Quién lo cambió? ¿Le dio Dios autoridad a la iglesia primitiva para cambiar este conmemorativo de la creación?

En esta era de creciente escepticismo e incredulidad con respecto a la Biblia, ¿sigue teniendo algún significado el reposo del séptimo día? ¿Ha superado el siglo XXI la necesidad del sábado? ¿Sigue siendo relevante en la actualidad tener un día de descanso y de adoración?

Al leer estas páginas deberá prepararse para algunas sorpresas impactantes y para algunas respuestas directas. Leer este libro puede resultarle peligroso si lo que desea es mantener el statu quo, si no quiere que sus creencias tradicionales reciban ningún reto. Puede resultarle peligroso si las tradiciones de su iglesia son más importantes para usted que las verdades de la Palabra de Dios. Pero confío en que esté leyendo estas páginas porque busca la verdad, porque no quiere ser engañado. En lo más íntimo de su ser percibe la necesidad de hallar descanso y paz en Dios.

Al estudiar cuidadosamente los hechos bíblicos e históricos presentados en cada capítulo hallará evidencias irrefutables en cuanto a la veracidad del sábado bíblico y, lo que es más, encontrará a un Dios Creador que le ama más de lo que pueda imaginar. El sábado llegará a ser para usted una isla de paz en las tormentas de la vida; se convertirá en un oasis que satisfaga la sed interior de su ser. En el sábado experimentará la gracia de Dios de una manera asombrosa. Oirá la voz del que dijo: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mateo 11: 28, NVI). En la experiencia del sábado descubrirá un descanso mental, corporal y espiritual que renovará y refrescará toda su vida. Continúe leyendo y prepárese para experimentar una nueva y emocionante relación con Dios.

1. Descanso para los agobiados

ALGUNA VEZ siente que le queda demasiado por hacer y que no tiene suficiente tiempo para hacerlo? ¿Que se siente estresado, presionado y agobiado y, por más que lo intente, nunca se pone al día de todas las cosas pendientes? Siempre hay una tarea más, una diligencia más, un punto más que marcar en su larga lista de asuntos pendientes.

La tiranía de lo urgente consume su vida. Corre precipitadamente de una tarea a otra y a veces se pregunta: ¿Realmente vale la pena todo esto? Lo que estoy haciendo, ¿marcará una diferencia duradera?

¿Se ha preguntado alguna vez cómo encaja la vida? Las cosas más importantes, ¿parecen ser siempre reemplazadas y pospuestas por lo que exige atención inmediata? Las cosas pequeñas y urgentes, ¿son las que llenan sus días?

Una sociedad estresada

Hace un tiempo leí un artículo interesante en un suplemento especial del periódico *Los Angeles Times*. La columnista Arianna Huffington escribía acerca de las “multitareas”. Esta nueva palabra significa “trabajar en varias tareas al mismo tiempo”. Es cada vez más habitual que nos encontremos realizando múltiples tareas al mismo tiempo en nuestra vida diaria y personal. Tratamos de hacer dos o tres cosas a la vez. Abrimos la correspondencia y hablamos con los niños al mismo tiempo. Intentamos mantener una conversación durante la cena mientras vemos las noticias por la televisión. Leemos los últimos correos electrónicos mientras hablamos por teléfono con un amigo y nos mantenemos al tanto de los resultados de nuestro equipo favorito. Desayunamos en el auto de camino al trabajo escuchando la radio mientras llamamos por teléfono a nuestro cónyuge.

Algunos incluso son adictos a las multitareas. Arianna escribe: “Muchos de mis amigos solo se sienten vivos cuando van al límite, ocupándose de media docena de problemas, bien a fondo en todos ellos, y teniendo que echar mano de medicamentos para conciliar el sueño”.¹ Sumémosle a este ritmo frenético el estrés que a muchos les genera su trabajo y estaremos hablando de un ataque cardíaco inminente. Según un estudio realizado en 1985 por el Centro Nacional de Estadísticas de la Salud, la mitad de

cuarenta mil trabajadores encuestados manifestaron haber estado sometidos a altos niveles de estrés durante las últimas dos semanas. De acuerdo con una investigación de la conocida firma *D'Arcy, Masius, Benton and Bowles*, tres cuartas partes de los trabajadores norteamericanos padecen estrés. El peaje de todo este estrés es enorme. Este año, más de un millón de personas sufrirán ataques cardíacos o anginas de pecho en los Estados Unidos, de las cuales morirá casi la mitad. Las dolencias cardíacas siguen siendo la principal causa de muerte en Norteamérica.

El estrés emocional es uno de los principales responsables de las muertes por enfermedades coronarias. Las personas estresadas, impacientes, nerviosas y altamente competitivas, son mucho más propensas a ser víctimas de un ataque cardíaco. Los doctores Ray H. Rosen y Meyer Friedman desarrollaron lo que llamaron teoría de la personalidad “Tipo A”. Este tipo de individuo tiende a dejarse llevar por la ambición, a obsesionarse con la urgencia del tiempo, a estar siempre bajo presión para hacer cosas, a ser altamente competitivo, a no sentirse nunca satisfecho y a sufrir un constante estrés. Los estudios publicados por los doctores Rosen y Friedman indican que el noventa por ciento de los hombres menores de sesenta años que han sufrido ataques cardíacos son de personalidad tipo A.

En un informe médico especial emitido por el canal de noticias estadounidense MSNBC el 7 de enero de 2008, los investigadores informaron de que la ansiedad crónica puede aumentar significativamente el riesgo de sufrir ataques cardíacos, al menos entre los hombres. La doctora Nieca Goldbery, de la Facultad de Medicina de la Universidad de Nueva York, afirmó que “existe una conexión entre el corazón y la cabeza” y después añadió estas reveladoras palabras: “Es necesario que los médicos sean más intrépidos y que no se ocupen únicamente de los factores de riesgo tradicionales, sino que también lleguen a las cabezas de sus pacientes”. El Dr. Biing-Jiun Shen, de la Universidad de California del Sur, informa en un estudio sobre envejecimiento y salud cardíaca que “los hombres con ansiedad crónica tienen del treinta al cuarenta por ciento más de probabilidades de sufrir un ataque cardíaco que sus contrapartes más despreocupados”.²

Cómo escapar de la tiranía de lo urgente

¿Hay alguna forma de escapar de la tiranía de lo urgente y de poner en su sitio lo importante de nuestra vida? ¿Existe algún modo de recuperar las

cosas cruciales? ¿Cómo poner límites cuando el mundo continúa yendo cada vez más rápido? ¿Siente que cada día se abalanza sobre el siguiente, que cada semana desemboca en la que le sigue y que cada año se lanza al próximo? ¿Cómo ponerle fin a la prisa y hallar descanso para nuestras mentes y cuerpos cansados?

Me gustaría sugerir que Dios mismo nos ha dado un buen punto de partida. Nos ha mostrado un límite significativo, un lugar en el tiempo, un espacio divino, un símbolo imperecedero de la eternidad, en el que nos invita a encontrar paz y descanso renovadores. Descubrimos esta isla de paz en el jardín del Edén.

Al final de los seis días de la semana de la creación, Dios instituyó el sábado. El Génesis, el primer libro de la Biblia, lo describe de este modo: “Fueron, pues, acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos. El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho. Entonces bendijo Dios el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2: 1-3). Dios creó “el reposo” en el séptimo día. El sábado es una demarcación sagrada en el ciclo semanal. Detiene el flujo interminable del tiempo; pone una pausa en nuestra rutina diaria y un alto a la prisa de nuestro trabajo cotidiano. El sábado es el escape creado por Dios para un mundo frenético. Es un día apartado de los demás días de la semana. Es especial. Es tiempo de calidad, en el que podemos reflexionar sobre las relaciones más importantes de la vida: nuestra relación con Dios y nuestra relación con nuestros seres queridos. Y es un tiempo en el que podemos decirle “no” a todas las otras demandas, a las demás cosas que llenan nuestra vida.

Los seres humanos necesitamos desesperadamente este espacio sagrado, esta demarcación divina. Lo necesitamos más que nunca antes. Nuestro mundo está más ocupado y es más bullicioso, intenso y exigente de lo que lo haya sido en cualquier otra época de la historia, y el sábado puede evitar que seamos consumidos por él. El rabino David Wolpe observa: “El mundo moderno nunca susurra. Nuestras ciudades son como galerías comerciales sin salida. Voces apremiantes, carteles intermitentes y una interminable oleada de imágenes mediáticas nos rodean”.³ ¡Nuestras vidas tumultuosas, estresantes, sobresaturadas y sobrestimuladas necesitan un descanso! Necesitamos alivio del constante bombardeo de objetos, de modo que podamos hallar gozo en una relación significativa con Dios que trascienda

el tiempo.

El sábado es algo único en toda la historia de la religión. Hay muchas cosas sagradas en las religiones del mundo; la gente le ha atribuido santidad a todo, desde vacas hasta huesos de santos. Los seres humanos han adorado ídolos de todas clases imaginables y hay muchos lugares sagrados en el mundo. Los hindúes viajan miles de kilómetros para bañarse en las sagradas aguas del río Ganges, los musulmanes hacen largos peregrinajes a la ciudad santa de La Meca, los budistas honran el lugar donde Buda recibió la “revelación” y algunos cristianos viajan a Roma o a Jerusalén para experimentar la “presencia divina”.

Pero en la Biblia encontramos la idea singular de la santidad en el tiempo. “Dios bendijo el séptimo día y lo santificó”. Dios creó un entorno especial, el sábado, donde los seres humanos podían ser especialmente bendecidos. Pero no lo limitó a una ubicación determinada. No tenemos que hacer un largo peregrinaje para llegar al lugar sagrado de Dios, sino que cada sábado el cielo toca la tierra. El lugar eterno de Dios en el tiempo descende desde el cielo. Él ha puesto su marco sagrado en el tiempo al alcance de toda la humanidad. Es un tiempo para hallar descanso en él; es un espacio sagrado en un mundo atareado; es una invitación divina del Rey del universo a dejar la alocada carrera de la vida para entrar en el palacio del Rey. Así somos liberados de la esclavitud de nuestro trabajo diario. Somos liberados del cautiverio de lo terrenal para entrar en la esfera de lo celestial. El sábado nos invita a regocijarnos en su presencia. Con el salmista, cantamos: “Este es el día que hizo el Señor. Regocijémonos y alegrémonos en él” (Salmo 118: 24, NRV).

“Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo, delicias a tu diestra para siempre” (Salmo 16: 11). El sábado es la divina invitación celestial a hallar descanso, paz y gozo abundantes en la presencia de nuestro amante Creador. Es una invitación a dejar de correr y reposar. Es el llamado celestial a darle prioridad a lo que realmente importa. Es un recordativo semanal de que Dios nos creó y de que le pertenecemos. El sábado nos hace volver a nuestras raíces, nos recuerda quiénes somos, nos atrae a una nueva relación de confianza y descanso en él.

La espiritualidad y la salud

Este descanso sabático renueva nuestra relación con Dios y con nuestra

familia. Además, restaura nuestra mente y nuestro cuerpo. Dios prometió: “Bienaventurado el hombre que guarda el sábado, que persevera en ello, y se guarda de todo mal” (Isaías 56: 2, NRV).

Dios ofrece una bendición especial a los que apartan tiempo para adorarlo. Estudios científicos recientes sobre la religión y la salud confirman la autenticidad de la promesa de Dios. La *International Journal of Psychiatry in Medicine* [Revista Internacional de Psiquiatría en Medicina] hace esta fascinante observación: “Se examinó la relación entre las actividades religiosas y la presión sanguínea de cuatro mil pacientes ancianos, en un estudio en perspectiva de seis años. Entre los sujetos que asistían a servicios religiosos una vez por semana o más, y que oraban o estudiaban la Biblia una vez al día o más, la probabilidad de hipertensión diastólica era un cuarenta por ciento inferior a la de quienes asistían con menor frecuencia a los cultos y oraban menos.⁴ En otras palabras, la adoración tiene un efecto positivo sobre la salud. Otros estudios revelan que una experiencia positiva de adoración reduce la presión arterial, disminuye el dolor de la artritis y reduce el riesgo de enfermedad cardíaca.

El sábado no es un requerimiento legalista, no es una carga engorrosa que nos abruma. A lo largo del Antiguo Testamento y del Nuevo Testamento, el sábado aparece como un regalo del amante Creador. Cuando adoramos al Creador en el día que él creó, somos reavivados, refrescados y revitalizados.

Las bendiciones del sábado

El sábado es un día de bendiciones abundantes, y por esta razón los profetas del Antiguo Testamento seguían llamando al pueblo a volver a Dios el Creador, el Dador de la ley y el Libertador. Estos profetas enfatizaban repetidamente: “Cúidense bien no de llevar ninguna carga en día sábado, y de no meterla por las puertas de Jerusalén [...]. Observen el reposo del sábado, tal y como se lo ordené a sus antepasados” (Jeremías 17: 21, 22, NVI).

El profeta Jeremías habla de un peligro que todos enfrentamos. Analiza un problema de su época, pero que es pertinente para nuestro tiempo. No es un problema que afectaba únicamente a la gente que vivía entonces, si no que sigue estando vigente en el siglo XXI: el trabajo constante puede secar nuestra espiritualidad. La búsqueda de dinero puede consumir todo nuestro

tiempo. Tratar de alcanzar lo material puede alejarnos de lo eterno. Ocurría en los días de Jeremías, en Jerusalén, y está ocurriendo en nuestro tiempo, en nuestros hogares, en nuestros lugares de trabajo y en nuestras ciudades. Y Dios está diciendo: “Permitan que el sábado los haga volver a lo que es realmente importante. No permitan que la búsqueda de la seguridad material les impida buscar las cosas que más importan”.

El profeta Isaías se hace eco del mismo tema. Israel estaba descuidando el sábado bíblico. Su asociación con una cultura pagana los llevó a ignorar el día especial de Dios. En Isaías capítulo 58, Dios los está llamando a reedificar su fe; los está haciendo volver a los valores espirituales, y esto es lo que les dice: “Tu pueblo reconstruirá las viejas ruinas y afianzará los cimientos puestos hace siglos. Llamarán a tu pueblo 'reparador de muros caídos', 'reconstructor de casa en ruinas'. Respeta el sábado; no te dediques a tus negocios en mi día santo. Considera este día como día de alegría, como día santo del Señor y digno de honor; hónralo no dedicándote a tus asuntos, ni buscando tus intereses y haciendo negocios. Si haces esto, encontrarás tu alegría en mí, y yo te llevaré en triunfo sobre las alturas del país y te haré gozar de la herencia de tu padre Jacob. El Señor mismo lo ha dicho” (Isaías 58: 12-14, DHH).

Observemos que los que reedificaban la fe eran llamados “reparadores de brechas”. Obviamente, la muralla protectora que rodeaba al pueblo de Dios tenía una brecha. El sábado es una demarcación, un muro de protección. Es un lugar de seguridad, parte del círculo del cuidado de Dios que nos rodea. El sábado es una forma especial de experimentar el cuidado amante y protector de Dios cada semana. Para que cumpla su objetivo, el muro del sábado debe ser reparado de inmediato.

Durante el sábado hacemos una pausa para reflexionar sobre la bondad de nuestro Creador. Pasamos tiempo en su presencia; meditamos en el verdadero significado de la vida y nos concentramos en su auténtico propósito. Y lo que es más, el profeta Isaías registra una promesa de Dios: si honramos el sábado, el Creador del universo nos hará “cabalgar sobre las alturas del país”. Hay una riqueza en la observancia del sábado que lleva al pueblo de Dios a prosperar física, mental, social y espiritualmente.

El sábado: Un tiempo para la sanación

Como muestra el Nuevo Testamento, Jesús obró más milagros de sanidad

en sábado que en cualquier otro día. Sanó en sábado a una mujer que había sufrido durante dieciocho años (Lucas 13: 10-12). Le restauró la vista a un ciego en sábado (Juan 9: 1-12). Curó brazos atrofiados, cuerpos paralizados y niños moribundos en sábado. Uno de sus milagros más espectaculares, la sanación instantánea en el estanque de Betesda de un hombre que había sido paralítico durante treinta y ocho años, fue realizado en sábado.

¿Qué nos dicen estos milagros sabáticos acerca de Jesús y del sábado? Nos hablan de un Cristo que anhela darle vida en abundancia a cada uno de sus hijos. El Creador recrea nuestras vidas cada sábado; restaura la vida en su plenitud cada séptimo día. El que nos hizo desea que seamos íntegros física, mental y espiritualmente.

Para Jesús, el sábado era un tiempo para la sanación. Era el momento en que la gente podía encontrar alivio y descanso en él. Jesús quería liberar a los seres humanos de las cargas opresivas que destruían su alegría. Su actitud hacia el sábado puede resumirse en una declaración sencilla pero profunda que hizo en respuesta a los que le criticaban: “El sábado fue hecho por causa del hombre, y no el hombre por causa del sábado. Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del sábado” (Marcos 2: 27, 28).

Jesús eludió las ceremonias y las normas y nos mostró un camino mejor hacia el reino, pero se proclamó Señor del sábado. Esto es extremadamente significativo. Para los que piensan que el sábado solo formaba parte de algún ritual del Antiguo Testamento y que constituye una señal de legalismo, recuerden que Jesús se declaró Señor del sábado. Él dice: “El sábado fue hecho por causa del hombre”. El sábado fue creado como una bendición para nosotros. El sábado fue hecho para beneficiarnos. No es solo otra obligación religiosa. No es un requerimiento molesto. El sábado del Nuevo Testamento es un lugar de gracia y descanso. Es un lugar donde renovamos nuestro pacto, nuestra relación con Dios. Es un lugar donde hallamos nuestro verdadero centro en Dios.

El sábado va en contra de las premisas de la teoría evolucionista. Dios nos creó en un determinado momento en el tiempo. El sábado nos recuerda que, puesto que él nos hizo y nos formó individualmente, somos especiales para Dios. No solo nos creó, también nos redimió. Dios obtuvo nuestra salvación al enviar a su Hijo al mundo. Este extraordinario acto de gracia y aceptación está concluido. No tenemos que ganarlo ni tratar de pagárselo a Dios por medio de nuestras buenas obras. Simplemente lo aceptamos y

descansamos en su amor. Guardar el sábado cada semana es un símbolo de que estamos seguros en quien nos creó y nos redimió.

El sábado es una invitación divina a hallar nuestro verdadero valor en quien nos creó. El sábado es un llamado de Dios a encontrar nuestras raíces en él. Somos valiosos a sus ojos porque nos ha creado. Somos más que piel y huesos. No somos un accidente biológico fruto de la casualidad. Somos hijos de Dios, traídos a la existencia por un amante Padre celestial. Cada semana, el sábado constituye un recordativo perpetuo de quiénes somos, de dónde venimos y por qué existimos. En la adoración sabática descubrimos el verdadero propósito de la vida al alabar al que nos creó.

El sábado también nos recuerda el descanso que tenemos en Jesucristo. Cada sábado descansamos de nuestras labores en el supremo conocimiento de que así como no tuvimos parte en la creación, no tenemos parte en nuestra salvación. Descansamos en la gracia del Cristo que murió por nosotros. El sábado es un símbolo de descanso, no de trabajo. En el reposo sabático nos regocijamos en quien provee salvación para nuestras almas atormentadas por los remordimientos.

El sábado es el descanso de Dios para los que viven apresuradamente en un mundo vertiginoso.

1. Arianna Huffington, "My New New Thing: Single Tasking" [Lo último de lo último: Eso es lo que hay que hacer], *Olam*, invierno de 2000. <http://www.olam.org/treasure.php?issue=3&id=114> (consultado el 26 de mayo de 2009).

2. The Associated Press, "Don't Stress: Anxiety Can Hurt Your Heart" [No se estrese. La ansiedad puede dañar su corazón], *MSNBC - Heart Health*, 7 de enero de 2008. <http://www.msnbc.msn.com/id/22544210/> (consultado el 26 de mayo de 2009).

3. David Wolpe, "Eternity Utters a Day" [La eternidad se expresará un día], *Olam*, invierno de 2000. <http://www.olam.org/treasure.php?issue=3&id=123> (consultado el 26 de mayo de 2009).

4. H. G. Koenig, et. al., "The Relationship Between Religious Activities and Blood Pressure in Older Adults" [La relación entre las actividades religiosas y la presión sanguínea en ancianos], *International Journal of Psychiatry in Medicine* [Revista Internacional de Psiquiatría en Medicina] 28 (1998):189-213.

2. Libres para obedecer

AÑOS ATRÁS, el hogar era un lugar de refugio y seguridad. A lo largo de los

siglos ha sido un refugio de estabilidad. En el hogar encontrábamos salida a las pruebas, los problemas y las dificultades de la vida. Entrábamos por la puerta de nuestro hogar y nos sentíamos seguros. Los abrazos cálidos y amantes producían una sensación de bienestar. El hogar ha sido el lugar tradicional de la unión familiar.

Pero esto ha cambiado en los últimos treinta años. Los hogares del siglo XXI a menudo son un campo de batalla. Palabras como “abuso”, “conflicto”, “enojo” y “hostilidad” son de uso común para describir el hogar actual. Leemos acerca de familias que pasan muy poco tiempo en casa, hijos que comen y se van. Muchas familias ya no disfrutan de una comida familiar juntos; en el mejor de los casos, se dan prisa en llegar a casa para comer antes de volver a salir. El hogar se ha convertido en un sitio donde se acude a dormir y para casi nada más. Dado que ambos padres trabajan, miles de hijos se crían solos.

Leemos acerca de familias divididas. El número de hogares monoparentales va en aumento en nuestra sociedad. Sin duda, la familia está cambiando, su estructura es diferente hoy. Los que estudian este tema predicen que se producirán otros cambios en nuestros hogares durante los próximos años. En primer lugar, vaticinan que cada vez más gente trabajará en casa. La cantidad de personas que trabajan en casa crece rápidamente. Millones de personas harán la mayor parte de las compras por internet. La pregunta es: ¿Cómo sobrevivirán los valores familiares en el siglo XXI?

¿Cómo será la vida en su hogar? ¿Cuán diferentes serán las cosas? ¿Qué seguirá siendo igual? Y ¿cómo afectará esto a su habilidad para hacer de su hogar un lugar saludable y formativo para su familia? Muchos padres están muy preocupados por lo que llega a su hogar a través de Internet.

El hogar solía ser un refugio seguro, pero hoy todo eso ha cambiado. A través de la televisión y de Internet, la violencia excesiva, el sexo y una falta total de decencia y principios han invadido nuestros hogares. ¿Qué está sucediendo con nuestra sociedad? ¿Por qué se está produciendo una cantidad cada vez mayor de violencia, inmoralidad y codicia en todo el planeta?

¿Qué se esconde tras el colapso de nuestros principios? ¿Cómo explicamos la falta de honradez de los ejecutivos, que conducen a sus empresas a la bancarrota para obtener ganancias personales? ¿Por qué esta explosión de violencia escolar?

Parece que cada vez más gente está motivada por el odio. Los grupos que fomentan el odio lanzan públicamente su propaganda distorsionada a través de páginas web. Esta sociedad de la alta tecnología y de experiencia mediática que ofrece sexo, violencia y codicia en horario de máxima audiencia está en serios problemas.

Las imágenes de Hollywood se internan en nuestros hogares, así como el contenido que transmiten. ¿Qué diremos respecto a los mensajes que nos sacuden tan contundentemente? Oigamos lo que dijo un recién casado de la generación X: “Al encender la televisión ya no se ven familias. La vida familiar ya no forma parte de la “normalidad” cotidiana. Se necesita mucha fe para reinstaurar el matrimonio en nuestra visión de la vida”.

Muchos jóvenes dicen que existe una variedad de opciones para las relaciones a largo plazo, y que a lo mejor el matrimonio no es para ellos. Dicen: “Vivir juntos fuera del matrimonio tal vez sea la mejor opción para mí”. Sin principios, sin una brújula moral, somos abandonados a un estado de confusión. Este es un tiempo de caos social.

Se necesita una brújula

Bien puede producirse una distorsión de los valores en el hogar, porque las cosas están cambiando drásticamente. Hay motivos para preocuparse en el siglo XXI. ¿Existe alguna brújula que nos guíe? ¿Quién le da forma a nuestros principios morales? ¿Hacia dónde nos dirigimos? ¿Queda algo a lo que aferrarse? Todas las normas morales ¿están sucumbiendo bajo nuestros pies? La moralidad ¿es una cuestión de definición personal? ¿Queda algo seguro?

El Dr. Shervert Frazier, que trabajó como Director del Instituto Nacional de Salud Mental de los Estados Unidos, expresó su preocupación en su libro *Psychotrends* [tendencias psicológicas], donde describió lo que llamó “una sociedad violenta, que celebra el caos mientras que simultáneamente lo condena”.¹ Dice que, por un lado, condenamos la violencia mientras que por el otro alimentamos con ella a nuestros hijos a través de la televisión.

Por una parte condenamos el asesinato, pero por otra lo popularizamos en nuestras películas. Por un lado condenamos la inmoralidad, y por el otro llenamos las salas de cine para mirarla con atención. Los productores de Hollywood saben que el sexo y la violencia venden. Hay algo en nuestra

sociedad que está equivocado en su esencia. Nuestros hijos están expuestos a diferentes versiones de lo bueno y lo malo. A menudo se les dice que no existen el bien absoluto ni el mal absoluto. Se les hace creer que cada uno debe decidir lo que está bien o mal por sí mismo.

Algunas sociedades se alimentan de violencia y se deleitan exhibiendo los homicidios en los medios de comunicación. Por ejemplo, según un artículo publicado en la revista *Time*, 23,700 personas fueron asesinadas en Estados Unidos en solo un año. Consideremos la brutalidad en la televisión. El joven promedio de 18 años ha presenciado doscientos mil actos violentos en la televisión y en el cine, incluyendo cuarenta mil homicidios.

Se estará preguntando usted si nuestra forma de entretenimiento marca alguna diferencia en nuestro proceso de pensamiento. Estoy convencido de que lo que vemos se vuelve parte de la estructura de nuestra personalidad. Las investigaciones revelan la realidad de la verdad bíblica: “Mirando [...] somos transformados” (2 Corintios 3: 18).

Tras contemplar cuarenta mil homicidios, nuestra mente queda anestesiada contra la violencia. Tras observar doscientos mil actos violentos en la televisión, el mensaje que recibimos es que la violencia es una forma aceptable de comportamiento. Pero podríamos preguntar: ¿aceptable según qué principios?

Cuando llenamos la mente de inmoralidad, el mensaje que recibimos es que la inmoralidad es una actividad perfectamente legítima. Nuevamente podríamos preguntar: ¿legítima según qué principios? El lema de nuestra sociedad pareciera ser: “Si te hace sentir bien, hazlo. Si te da placer, hazlo”. ¿Quedan principios morales en nuestra sociedad? ¿Por qué tenemos un índice tan elevado de delitos? ¿Por qué la violencia es tan común? ¿Por qué los matrimonios se rompen en porcentajes tan alarmantes?

La Biblia brinda algunas respuestas. La Palabra de Dios penetra hasta la verdadera razón de por qué los principios morales y los valores tradicionales se están perdiendo tan rápidamente. Este es precisamente el problema: Nuestra sociedad le ha dado la espalda a los principios morales de Dios. Ha desechado sus preceptos.

Esta sociedad dice: “Tu propia mente es la norma”. Exclama: “No hay nadie que pueda decirte lo que debes hacer”. Podemos justificar casi cualquier cosa si dependemos de nuestros procesos de pensamiento.

Salomón pone de relieve cuán absurdo es confiar en nuestra propia mente: “El que confía en su propio corazón es un necio” (Proverbios 28: 26). Nuestras mentes pueden fácilmente engañarnos. El profeta Isaías afirma una verdad eterna cuando escribe: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino” (Isaías 53: 6).

El profeta Oseas lo expresa de esta manera: “Sembraron vientos, y cosecharán tempestades” (Oseas 8: 7, NVI). Si sembramos vientos, cosecharemos tempestades.

Hemos estado sembrando el viento de la violencia en los medios de comunicación, y estamos cosechando la tempestad de la delincuencia. Hemos estado sembrando el viento de la inmoralidad, y estamos cosechando la tempestad del divorcio. Hemos estado sembrando el viento del contenido sexual explícito en la televisión, y estamos cosechando la tempestad de hombres con mentes depravadas que se aprovechan de nuestros hijos. Hay una relación de causa y efecto. ¿Cómo puede proteger su mente? ¿Cómo puede proteger la mente de sus hijos y nietos? ¿Cómo se protegen los principios morales en un mundo inmoral?

El Apocalipsis provee algunas respuestas. Este libro es la revelación de Jesús, el mensaje final de Dios para los últimos días de la historia de esta tierra. El último libro de la Biblia tiene un mensaje para la última generación de hombres y mujeres que viven en este planeta.

El Apocalipsis tiene un mensaje para usted y para mí. Nos llama a la moralidad. Nos llama a volver a los principios de Dios. Es tan importante que entendamos este mensaje en nuestros días como lo fue el mensaje de Noé en sus días.

Es un mensaje final para toda la humanidad: “En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo” (Apocalipsis 14: 6).

Aquí hay un mensaje urgente, un mensaje universal, que sobrepasa los límites geográficos y los lingüísticos, que corre de norte a sur, de este a oeste, y que llega hasta los confines de la tierra. ¿Qué dice este mensaje? “Temed a Dios y dadle gloria, *porque la hora de su juicio ha llegado*” (versículo 7; la cursiva es nuestra).

Temer a Dios no significa tenerle miedo, sino reverenciarlo, respetarlo y

obedecerle. Pero ¿se han dado cuenta de la urgencia? Leamos el texto nuevamente. “Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado”.

Este pasaje de Apocalipsis responde a la pregunta de la responsabilidad moral. ¿Por qué hay tanta delincuencia y violencia en la sociedad? ¿Por qué hay tanta inmoralidad? ¿Por qué hay tanta anarquía? Gira en torno a la cuestión de la responsabilidad moral. El juicio nos llama a ser responsables de nuestros actos. El juicio dice que somos responsables de las decisiones que tomamos.

Si no soy responsable de lo que hago, ¿cómo puede Dios juzgarme por mis actos? Si simplemente soy el producto de la mera casualidad y no soy más que una molécula proteica evolucionada, no soy responsable de mis actos. Si soy alcohólico porque mi padre era alcohólico y mi abuelo era alcohólico, entonces, tal vez no soy yo el responsable. Si soy drogadicto porque sufrí abusos en mi niñez, entonces yo no soy el responsable. Si soy un delincuente porque mis características genéticas me han hecho así, no es responsabilidad mía. Si no tengo elección sobre mis actos, entonces, es otro el culpable. La sociedad en la que vivimos en gran medida nos dice que no somos responsables. Hacemos lo que hacemos debido a la forma en que las fuerzas de la vida nos han moldeado.

También afirma que lo bueno y lo malo es algo que cada persona determina en su propia mente. La idea es: “Solo soy responsable de mí mismo. No soy responsable de nada superior a mi mente”. Para millones de personas, la responsabilidad ante Dios no aparece en la foto.

Cuando tomamos la postura de que no somos responsables ante ningún poder superior y de que no hay ningún juicio final, en realidad no existen principios que guíen nuestra vida. El juicio implica responsabilidad y decisiones morales.

En los últimos días de la historia de la tierra, Dios llama a hombres y mujeres al juicio. ¿Tiene Dios un patrón de moralidad como base para su juicio final? Sí lo tiene. La ley de Dios es la base de la moralidad y el patrón del juicio. El libro de Apocalipsis dice que somos responsables de nuestros actos “porque ha llegado la hora de su juicio”. La Biblia nos llama a volver a la ley de Dios, que es el eterno patrón moral de Dios.

La ley y el juicio son parte del evangelio de Cristo: “Todo aquel que

comete pecado, infringe también la ley, pues el pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3: 4). Tal vez pensemos que no es pecado robar, pero el pecado es infringir la ley. El pecado va más allá de lo que pensamos en nuestra mente. La definición bíblica del pecado es “infracción de la ley de Dios”.

Un hombre dice: “No estoy satisfecho con mi matrimonio. Así que si me voy un fin de semana con mi secretaria, no pasa nada, porque somos dos adultos que consienten”.

La Biblia dice: “No cometerás adulterio”. (Éxodo 20: 14). La ley de Dios es el eterno patrón moral que define el pecado y establece nuestra responsabilidad ante Dios. Y lo que nuestros hijos necesitan hoy no es ser alimentados con homicidios, violencia e inmoralidad a través de la televisión. Nuestros hijos necesitan que les enseñemos los principios morales que Dios nos ha dado. La ley de Dios nos protege. La ley de Dios no es una regulación arbitraria para restringir nuestra felicidad, sino el camino a la libertad y a la verdadera felicidad.

La ley de Dios nos protege de un estilo de vida que nos destruiría. Algunos cristianos hasta han dicho: “Nosotros no predicamos acerca de la ley en nuestra iglesia, solo predicamos sobre el amor de Dios”. ¡Como si fuesen dos cosas diferentes!

El amor siempre conduce a la obediencia, no a la desobediencia. Dirige a los cristianos comprometidos a guardar los mandamientos de Dios. Jesús dijo: “Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos” (Juan 14: 15). ¿Dijo Jesús: “Si me aman, no cumplirán mis mandamientos”? ¡No! La respuesta al amor de Dios es guardar sus mandamientos.

La razón por la que obedecemos no es porque estemos tratando de ganar el favor de Dios, sino que es nuestra respuesta de amor a él. No obedecemos a Dios para ser salvos, sino porque somos salvos. Toda nuestra obediencia no obtiene la salvación. Cristo la consumó en la cruz.

Pero cuando nos acercamos a la cruz, nuestra obediencia es una evidencia de que somos salvos. 1 Juan 2: 3 afirma claramente: “En esto sabemos que lo conocemos, si guardamos sus mandamientos”. Juan dice que aquí está la evidencia de que conocemos a Dios, de que somos creyentes nacidos de nuevo. Esta es la prueba de que somos verdaderamente de Cristo. “El que dice: ‘Yo lo conozco’, pero no guarda sus mandamientos, el tal es

mentiroso, y la verdad no está en él” (1 Juan 2: 4).

Cuando estamos comprometidos con Cristo, cuando lo conocemos de verdad, cuando nuestro corazón se entrega a él, la respuesta natural es obedecerle. La gracia y la ley no son conceptos contradictorios. Cuando somos salvos por gracia no somos salvos para desobedecer, sino para obedecer.

Toda la salvación es por gracia. Los creyentes del Antiguo Testamento estaban esperando a un Cristo que había de venir. En el Nuevo Testamento confiamos en un Cristo que ya ha venido. Ellos fueron salvados por una gracia que había de venir. Nosotros somos salvos por una gracia que ya ha venido.

El papel de la ley y la gracia

Pero si es todo por gracia, entonces ¿cuál es la función de la ley de Dios? El apóstol Pablo lo deja muy claro: “por medio de la ley es el conocimiento del pecado” (Romanos 3: 20). Si suprimimos la ley, suprimimos el pecado. Si no hay ley, no hay pecado. Si no hay pecado, no hay necesidad de gracia para la salvación.

Dios revela el pecado a través de su ley. Pablo afirma: “Yo no conocí el pecado sino por la ley; y tampoco conocería la codicia, si la ley no dijera: ‘No codiciarás’” (Romanos 7: 7). Quebrantar la ley de Dios es pecado. La función de la ley es definir el pecado. La ley dice: “Esto está bien y esto está mal”. La ley define la norma moral del juicio de Dios y la base de toda sociedad.

El juicio llama a todos los hombres y mujeres a la observancia de la ley. Llama a los cristianos que son salvos por gracia a vivir vidas de obediencia, justicia y santidad.

¿Cuál es la función de la gracia? “Porque por gracia ustedes han sido salvados mediante la fe; esto no procede de ustedes, sino que es el regalo de Dios, no por obras, para que nadie se jacte” (Efesios 2: 8, 9, NVI). La gracia es la misericordia de Dios, el perdón de Dios. La gracia es el poder de Dios, el amor de Dios que se extiende a los pecadores. ¿Anula la gracia la ley de Dios? Ser salvo por gracia ¿me lleva a quebrantar la ley de Dios?

“Luego por la fe, invalidamos la ley? En ninguna manera, sino que confirmamos la ley (Romanos 3: 31). Pablo dice: “No piensen que abrogamos la ley mediante la fe en la gracia”. La establecemos. La guardamos. Las personas que son salvas por gracia desean vivir en obediencia y armonía con la voluntad de Dios. Compartiré un ejemplo clásico de cómo la gracia nos conduce a guardar la ley de Dios y no a infringirla.

Hace muchos años estaba presentando una serie de conferencias sobre profecías bíblicas en la costa este de los Estados Unidos. Una noche, después de la presentación, estaba apurado para llegar a mi siguiente compromiso. Iba conduciendo demasiado rápido. El límite de velocidad era de 100 km/h, y yo iba probablemente a 115 km/h. Un policía me detuvo y me pidió la licencia de conducir. Le mostré mi credencial ministerial, y él sonrió.

Conversamos durante un rato. Entonces le dije algo como:

—Sinceramente, acabo de salir del auditorio, donde he predicado sobre la ley. Le dije a la gente que debía guardar la ley de Dios, así que ¿podría perdonarme por esta única vez? Oficial, usted y yo somos del mismo equipo. Usted los detiene después de infringir la ley y yo les digo que la cumplan. Hago que usted tenga menos trabajo, así que por favor, ¿no podría perdonarme por esta ocasión?

Con una sonrisa irónica, el policía me dijo:

—De acuerdo, esta vez está perdonado. Puede continuar, pero obedezca la ley.

Ahora bien, cuando infringí la ley, ¿qué merecía? ¿Una multa por exceso de velocidad? Exactamente. Cuando recibí el perdón ¿me libró de la condenación de la ley? Sí. ¿Me libró de la jurisdicción de la ley? No. ¿Regresé al auto y le dije a mi esposa: “Querida, no estoy bajo la ley, estoy bajo la gracia, podemos ir tan rápido como queramos”? ¿Conduje a 140 km/h porque estaba bajo la gracia del policía? Obviamente no.

¿Qué ocurrió? Ahora estaba bajo la gracia, así que tuve mucho cuidado de no infringir la ley. Dado que Jesús me salvó por su gracia, no quiero infringir su ley. No le voy a dar la espalda a sus mandamientos.

Cuando somos salvos por gracia, no estamos bajo la condenación de la ley. Jesús dijo: “No piensen que he venido a anular la ley o los profetas: no he venido a anularlos, sino a darles cumplimiento” (Mateo 5: 17, NVI). Jesús no vino para abrogar la ley. No vino para abrogar el quinto mandamiento, que dice: “Honra a tu padre y a tu madre” (Éxodo 20: 12). Jesús vino para dar ejemplo de cómo un hijo amante se relaciona con sus padres. Jesús no vino para abrogar el sexto mandamiento: “No matarás”, sino para revelar bondad y compasión a todo el que entrara en contacto con él. Jesús no vino para abrogar el séptimo mandamiento: “No cometerás adulterio”, sino para dar ejemplo de pureza. Tampoco vino para abrogar el cuarto mandamiento: “Acuérdate del día sábado para santificarlo”. Por eso, la Biblia dice: “El sábado entró en la sinagoga, conforme a su costumbre, y se levantó a leer” (Lucas 4: 16).

Así como Jesús no vino para abolir ninguno de los Diez Mandamientos, tampoco vino para abolir el sábado. Al contrario: Jesús vino a vivir una vida de obediencia por amor, para confirmar la ley de Dios. El mandamiento del sábado está en el corazón de los Diez Mandamientos por una razón. Los primeros cuatro mandamientos describen nuestra relación con Dios, y los últimos seis describen nuestra relación con nuestros semejantes. El mandamiento del sábado, que nos llama a adorar a nuestro Creador, es la base de toda obediencia.

El mandamiento del sábado nos muestra en qué se fundamenta la autoridad moral de Dios. Él nos creó, y como Creador nuestro sabe lo que nos conviene. Los Diez Mandamientos son pautas para vivir dadas por un Creador bondadoso, y honrarlo en el día de reposo como Creador es la base de esa obediencia.

La mayoría de los cristianos confunden la relación entre la ley y la gracia. El apóstol Pablo afirmó: “El pecado no se enseñoreará de vosotros, pues no estáis bajo la ley, sino bajo la gracia” (Romanos 6: 14). ¿Cuándo nos tiene el pecado bajo su dominio? Cuando andamos en nuestros propios caminos, y no en los de Dios. Cuando infringimos la ley de Dios, el pecado nos esclaviza.

¿Qué significa estar bajo la ley? Estar bajo la ley significa intentar obedecer la ley como medio de salvación. Intentar guardar la ley con nuestras propias fuerzas es como tratar de atravesar el Océano Atlántico a nado. Tal vez usted sea un nadador olímpico, pero la distancia es demasiado grande. No importa cuánto esfuerzo hagamos, es imposible

guardar la ley de Dios por nosotros mismos. Si confiamos en nuestra observancia de la ley como un medio de salvación, nos frustraremos constantemente con nuestros intentos inútiles por obedecer. Nos sentiremos continuamente condenados. Pero si Jesús es nuestra fuente de salvación, todo cambia.

Estar bajo la gracia significa que aceptamos el perdón de Cristo, que recibimos el perdón de Cristo, y que somos llenos de su poder. Cristo escribe su ley en nuestro corazón y en nuestra mente. Entonces deseamos obedecerle.

La Biblia es muy clara en cuanto a este tema. Cuando acudimos a Jesucristo y nos entregamos a su misericordia, él dice: “Hijo mío, no importa lo que hayas hecho en el pasado, no importa cuán pecaminosa haya sido tu vida; te perdono. Puedes comenzar otra vez”. La ley revela nuestra necesidad.

Cuando reflexiono sobre la ley de Dios, sé quién soy. Comprendo que no estoy a la altura de los principios de Dios, que a veces he sido impaciente o que no he sido tan amable como debiera haber sido. Mi incapacidad para cumplir la ley de Dios me conduce a buscar la gracia de Dios. Esto es lo que quiso decir el salmista cuando declaró: “La ley del Señor es perfecta, infunde nuevo liento” (Salmo 19: 7, NVI). La ley de los Diez Mandamientos me conduce a Jesús, y digo: “Ah, Jesús, mi corazón está roto. Estoy abatido a causa de mi pecado. Jesús, perdóname. Quita mi culpa. Guíame, querido Jesús, para guardar tu ley. Ayúdame a ser obediente”.

En una ocasión un intérprete de la ley se acercó a Jesús y le preguntó: “Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento en la ley? Jesús le dijo: ‘Amarás al Señor, tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante al primero: Amarás a tu prójimo como a ti mismo’” (Mateo 22: 36-39). ¿Qué estaba haciendo Jesús? Estaba resumiendo los Diez Mandamientos, y además los explicó a su manera: “De estos dos mandamientos dependen toda la ley y los Profetas” (versículo 40).

Toda la ley puede resumirse en una palabra: Amor. Jesús resumió los primeros cuatro mandamientos en amar a Dios y los últimos seis en amar a nuestro prójimo. Jesús estaba diciendo que si amamos plenamente, amaremos a Dios. Si amamos plenamente, amaremos a nuestro prójimo.

Un patrón moral

Repasemos los Diez Mandamientos (Éxodo 20), los preceptos morales de Dios para nuestras vidas.

“No tendrás dioses ajenos delante de mí” (versículo 3). Dios le está diciendo a usted: “Debo ser la autoridad suprema en su vida”. Ningún otro dios, ni su casa, ni el dinero, ni el tabaco, ni el materialismo, nada más le satisfará.

El segundo mandamiento declara: *“No te harás imagen, ni ninguna semejanza”* (versículo 4).

En otras palabras: adore a Dios completamente. Dios dice: *“No venga a mí a través de imágenes, sino directamente”*.

El tercer mandamiento indica: “No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano” (versículo 7, NRV). Dios está diciendo: “Ámeme lo suficiente como para respetar mi nombre”. Piense en el nombre de Jesús. El nombre ante el que los ángeles cubren sus rostros; el nombre ante el que los ángeles cantan “Santo, Santo, Santo”, es arrastrado por el polvo. La ley de los Diez Mandamientos tiene algo importante que decirnos en nuestra época, exhortándonos a usar el nombre de Jesús en forma reverente, que le honre.

El cuarto mandamiento del sábado se halla en el corazón de la ley de Dios. Dios mandó a toda la humanidad que lo recordara, pero parece que la mayoría lo ha olvidado. *“Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra. Pero el séptimo es día de reposo del Señor tu Dios”* (Éxodo 20: 8-10). En esta época de ateísmo, Dios nos llama a adorar al Creador del cielo y de la tierra. El mandamiento del sábado nos libera de la tiranía de lo terrenal y nos pone en contacto con los valores eternos cada semana. Nos libera de nuestro paralizante apego mental a las cosas y nos pone en contacto con las realidades divinas.

El quinto mandamiento: *“Honra a tu padre y a tu madre”* va acompañado de la promesa “para que tengas una larga vida en la tierra que el Señor, tu Dios, te da”(versículo 12). ¡Qué promesa! Existe una estrecha relación entre la salud, una larga vida, la felicidad y las relaciones positivas entre padres e hijos.

El sexto mandamiento también contiene un mensaje relevante: “*No matarás*” (versículo 13). En una época en que se construyen arsenales militares para matar a millones de personas; en una época en que el aborto está al alcance de cualquiera; en una época en que francotiradores siegan vidas inocentes, todavía hay un mandamiento que dice que la vida es sagrada: “No matarás”. El sexto mandamiento nos libraría del asesinato y de la guerra. Nos invita a todos a reconocer que la vida es un don de Dios.

El séptimo mandamiento le grita a esta generación: “*No cometerás adulterio*” (versículo 14). En una época de inmoralidad, en que falta pureza moral, la ley de Dios le habla a esta generación. Cuando una sociedad le da la espalda a la ley de Dios, cuando es abiertamente inmoral, esa sociedad va camino al desastre. El séptimo mandamiento es un llamado a la pureza moral.

El octavo mandamiento, “*No robarás,*” (versículo 15), protege las posesiones que Dios nos ha dado gentilmente. Todavía sigue estando mal robar, tomar algo que no nos pertenece. El octavo mandamiento nos libera para estar seguros de lo que tenemos, sin temor de que otro nos lo quite.

El noveno mandamiento: “*No dirás contra tu prójimo falso testimonio*” (versículo 16), protege nuestra reputación. Mentir sigue estando mal. Chismear sigue estando mal. Arrastrar el buen nombre de alguien por el fango sigue estando mal. Nuestra reputación y buen nombre están protegidos por Dios.

El décimo mandamiento es el llamado que Dios nos hace a contentarnos. Es el llamado celestial a descansar en su bondad. El mandamiento final, “*No codiciarás*” (versículo 17), se centra en las mentes que alaban a Dios por las buenas cosas que nos da en vez de quejarse por lo que no tenemos.

Un mensaje actual

La ley de los Diez Mandamientos le habla a esta generación, porque es eterna.

Dios nos hace esta promesa: “Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré” (Hebreos 8: 10). ¿Qué significa “pondré mis leyes en la mente ellos”? Si la ley de Dios está en nuestra mente, la conocemos. Si la ley de Dios está en nuestro corazón, la amamos. Dios

tendrá un pueblo en los últimos días cuyos mandamientos estén escritos en sus corazones y mentes. Lo aman lo suficiente como para obedecerle. Por medio de la gracia de Dios son libres para obedecer. Son liberados por medio del poder de Cristo del control del maligno, de su esclavitud. En Jesús son libres para vivir de manera piadosa y obediente. Preste atención a la siguiente descripción de este pueblo de los últimos días. “Aquí está la perseverancia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14: 12).

Hace muchos años, una madre llevó a su hijo a escuchar al renombrado predicador Dwight Moody. Después del sermón, se paró en la fila por una razón: quería que su hijo le diera la mano al evangelista Moody. Cuando le tocó el turno al niño, este cerró el puño y se negó a darle la mano. Su madre estaba totalmente avergonzada; le rogó, tomó la mano del niño e intentó colocarla en la del predicador, pero el muchacho no abría los dedos. Cuando finalmente lo hizo, tenía unas hermosas canicas de colores. Pensaba que el predicador se las iba a quitar.

Amigo, ¿a qué se está aferrando? ¿Qué guarda? No hay nada valioso a lo que aferrarse cuando Jesús extiende su mano para tomar la nuestra. ¿Por qué no se entrega a Jesús en este mismo momento para vivir una vida piadosa, de obediencia? Ciertamente será liberado para obedecer.

¿Hay algo más importante para usted que extender su mano y tomar la de Jesús en este momento? Su gracia perdonará su pasado. Su gracia transformará su vida. Su gracia hará de usted una mujer o un hombre nuevo.

La gracia de Dios fluye desde su trono a su corazón en este momento. ¿Por qué no le entrega su vida ahora? ¿Por qué no abre su corazón a esta gracia, que lo perdonará de su culpa pasada y lo guiará a vivir una vida de obediencia?

¿Por qué no decirle, en la quietud de su alma, que quiere obedecerle humildemente? ¿Por qué no agradecerle porque sus caminos verdaderamente son los mejores, porque obedecerle ciertamente es su delicia?

3. Un día para recordar

EN 1992, el satélite COBE produjo lo que algunos científicos denominaron “el descubrimiento del siglo”. Estas siglas provienen de *Cosmic Background Explorer* [Explorador del Trasfondo Cósmico] y quizá usted recuerde haber leído acerca del asombroso lanzamiento del satélite. Los astrónomos, los astrofísicos y los cosmólogos estaban atónitos.

Solo hay dos posturas posibles con respecto a la cuestión del origen de la vida: o bien que la materia siempre ha existido, o que Dios siempre ha existido. El evolucionista dice que la materia siempre existió. El satélite COBE indicó, a partir de los datos relacionados con el universo, que este tuvo un comienzo definido.

Cuando este satélite midió el espacio infinito para estudiar el gran origen de la vida, sus mediciones enviaron ondas expansivas a través del mundo científico, pues indicaban que la materia no siempre ha existido. Los datos demostraban que el universo había tenido un comienzo definido.

Previamente, cuando los científicos contemplaban el universo, creían que la materia era infinita, que nunca había tenido un comienzo, pero la evidencia del COBE desafió esta suposición: si existió un origen, entonces hubo un originador. Si ha habido una creación, entonces ha habido un creador.

La ciencia está observando con otros ojos. Un astrónomo de Barkley, hablando del satélite COBE, dijo: “Lo que hemos descubierto es una evidencia del nacimiento del universo [...] es como mirar a Dios”.

A través de las maravillas de la creación, Dios ha dejado su huella en todo el universo. Hay científicos que, al observar la creación de Dios, ven su obra. Ven evidencias de su existencia. Ven evidencias de un Dios Creador, que formó el mundo.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, presenta un llamado a los hombres y mujeres que viven en la última hora de la tierra para que retornen a este Dios Creador. En visión profética, el apóstol Juan vio el trono del universo. Su acompañante angelical lo invitó a entrar en la presencia de Dios. El ángel dijo: “Sube acá, y te mostraré las cosas que sucederán después de estas”. (Apocalipsis 4: 1). Vio a seres celestiales

entonando cánticos de alabanza: “Santo, santo, santo es el Señor Dios, el Todopoderoso, el que era, el que es, y el que ha de venir” (Apocalipsis 4: 8). “Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existen y fueron creadas” (Apocalipsis 4: 11).

Hemos sido creados por un Dios amante. Antes de existir en el vientre de su madre, usted ya existía en la mente de Dios. El libro de Apocalipsis declara: “La bendición, la gloria, la sabiduría, la acción de gracias, la honra, el poder y la fortaleza sean a nuestro Dios por los siglos de los siglos. ¡Amén!” (Apocalipsis 7: 12). Nos llama a adorar al “que vive por los siglos de los siglos, que ha creado el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos” (Apocalipsis 10: 6). En Apocalipsis 10, un ángel desciende del cielo. Pone un pie en la tierra y un pie en el mar y da un mensaje universal para todos los pueblos: “Adoren al Creador”.

¿Por qué Dios es digno de adoración? Dios es digno de nuestra alabanza porque él nos ha creado, nos ha formado. No somos producto de la evolución. Dios es digno de adoración porque nos ha dado la vida, y nosotros respondemos a este maravilloso don de la vida adorándolo, alabándolo y honrándolo.

¿Cómo hemos llegado a perder este concepto de Dios como nuestro Creador? ¿Qué eventos han conducido a los científicos modernos a rechazar el concepto de Dios como Hacedor de los cielos y de la tierra? ¿Ha habido algún “punto crítico”, algún momento determinante en el tiempo en que las cosas comenzaron a cambiar?

El desafío del evolucionismo

En 1831 Charles Darwin, un joven naturalista, hizo un viaje a las islas Galápagos a bordo del velero británico *Beagle*. Allí, Darwin estudió lo que parecía una casi interminable variedad de pájaros, reptiles y seres marinos. Se sintió fascinado por las incontables especies de flora y fauna que existían en la isla. Observó, por ejemplo, que las tortugas y los lagartos mostraban una gran variedad dentro de la misma especie. Puesto que la enseñanza popular de la Iglesia en aquel entonces era que Dios había creado cada especie que actualmente vemos y él observaba evolución dentro de las especies, Darwin desechó lo que él creía que era una noción arcaica y carente de rigor científico y aceptó una visión radicalmente

distinta.

Creía que la variedad que observaba en la naturaleza era indicativa de que las especies habían evolucionado. Aunque Darwin veía brechas entre las clases de plantas y animales, supuso que las futuras generaciones de científicos descubrirían el eslabón entre estas especies. La suposición más importante de Darwin de que existían eslabones entre las clases, era incorrecta.

Observó la adaptación y el desarrollo dentro de las clases originales del Génesis. La Iglesia medieval, por supuesto, estaba equivocada al sostener que Dios había creado todas las clases de perros, gatos o flores. Actualmente reconocemos que los perros pueden cruzarse, produciendo así nuevas especies. Esto es cierto dentro de las especies de animales, frutos y flores.

Siguiendo su razonamiento hasta su conclusión final, Darwin pronto descartó la existencia de Dios. El Creador ya no parecía necesario. Darwin enseñó que la ley natural explicaba la razón de nuestra existencia. Eliminó del cuadro a un Creador todopoderoso. Su libro *El origen de las especies*, transformó la manera de ver el mundo de millones de personas. Su nuevo mundo no dejaba espacio para un creador. De acuerdo con Darwin, los seres humanos evolucionaron a través de millones de años de las formas de vida inferiores a las superiores. Y pensar que millones de mentes fueron cambiadas sobre la base de una suposición, de una idea no demostrada de que existen conexiones claras entre las especies...

Actualmente todo el mundo ha aceptado esta enseñanza de la evolución. Aunque hay evidencias en el mundo natural de infinitas variedades entre las especies, la teoría de la evolución de Darwin no responde todas las preguntas acerca del origen de la vida. Todavía hay enormes lagunas. Incluso después de más de ciento setenta y cinco años aún quedan grandes interrogantes. Estos son algunos de ellos:

1. Si la evolución es cierta, ¿cómo se llenan los huecos entre las especies? ¿Dónde están los eslabones perdidos? ¿Dónde está el fósil de transición entre diversas especies animales? ¿Entre los seres humanos y los animales? ¿Entre las criaturas marinas y las criaturas terrestres?

2. Es una ley de la biología que la vida produce vida. Darwin dice que, dado suficiente tiempo, las cosas no vivas producirán cosas vivas, pero no

hay evidencia de esto en el mundo científico. ¿Por qué?

3. Es una ley de la biología que lo semejante da lugar a lo semejante; el azar tiende a destruir, no a restaurar. La evolución dice que cosas que no son semejantes pueden ser generadas, en última instancia, por cosas que sí lo son. En otras palabras, una especie puede producir otra totalmente distinta. ¿Dónde está la evidencia clara e irrefutable de esto en el mundo natural?

Pero Dios tiene una respuesta al problema de la evolución. Es parte de su mensaje final para todas las personas. El Apocalipsis nos invita: “Teman a Dios y denle gloria, porque ha llegado la hora de su juicio. Adoren al que hizo el cielo, la tierra, el mar y los manantiales” (Apocalipsis 14: 7, NVI).

Este es un mensaje para todos nosotros. No es un mensaje de uno u otro grupo religioso. No es un mensaje de una u otra denominación. No es un mensaje de una u otra iglesia. Es el llamado final de Dios a todo su pueblo. Es un llamado a adorar al Creador. ¿Cómo adoramos al Creador del cielo y de la tierra? ¿Cómo nos recuerda él su poder recreador? En la creación, ¿nos dejó un símbolo de su autoridad creadora?

El Apocalipsis es el libro de los finales y únicamente podemos entender el libro de los finales si comprendemos el libro de los comienzos. Solo entenderemos el significado de los grandes asuntos del mundo actual si comprendemos los eventos de la creación. El llamado final que el Apocalipsis dirige a toda la especie humana a adorar al Creador tiene su origen en el Génesis, el libro de los comienzos. Este tema de la verdadera adoración, de recordar al Creador, es recurrente en toda la Biblia. Es uno de los temas más importantes de la Escritura.

El eje en torno al cual gira toda la crisis final del Apocalipsis es la adoración verdadera y la falsa. La adoración del Creador es el centro de todo esto. Volvamos a nuestro origen para poder entender nuestro destino. Regresemos al libro de los comienzos, al Génesis, para poder entender el libro de los finales, el Apocalipsis.

El mundo increíblemente intrincado, tal como lo conocemos hoy, fue creado en seis días literales. Dios llamó a esta oscura masa informe a la existencia. La llenó de luz, la envolvió con la atmósfera, la alegró con arroyos susurrantes y ríos que fluyen, la pintó con hermosas flores y plantas, la animó con una increíble variedad de seres vivientes, y al contemplar su

obra dijo: “¡Es bueno!”

Entonces llegó el acto que coronó la creación. El Creador dijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen [...]. Y Dios creó al hombre a su imagen; a imagen de Dios lo creó, varón y mujer los creó” (Génesis 1: 26, 27).

Los seres humanos no podrían haber recibido mayor honor. Dios no podría haber mostrado mayor amor. La especie humana es la obra maestra de la creación de Dios, ¡el objeto de su amor supremo! Su intención era que este amor fuese compartido, porque Dios dijo: “Sean fructíferos, multiplíquense, llenen la tierra y sométanla (Génesis 1: 28, NVI). Después de crear a Adán y a Eva en el sexto día, la Biblia dice: “Fueron acabados los cielos y la tierra, y todo lo que hay en ellos” (Génesis 2: 1). Solo seis días de trabajo, y la creación estaba lista. ¡Qué poco tiempo! Pero no para Dios. La Biblia dice: “Porque él dijo, y fue hecho, él mandó, y existió” (Salmo 33: 9).

Adán y Eva deben de haber mirado con ojos de asombro cómo el sol resplandeciente, en toda su gloria, comenzaba a deslizarse bajo el horizonte al final del sexto día de la creación. Pero el relato de la creación del Génesis no termina ahí. El registro bíblico continúa: “El séptimo día concluyó Dios la obra que hizo, y reposó el séptimo día de todo cuanto había hecho” (Génesis 2: 2).

Dios reposó. ¿Por qué? No porque estuviera cansado. El profeta Isaías nos dice que Dios nunca se fatiga (Isaías 40: 28). El Creador del universo se permitió la satisfacción de disfrutar de su obra terminada.

Dios estaba satisfecho con sus logros en los primeros seis días de la creación, e hizo algo especialmente significativo: “Entonces bendijo el séptimo día y lo santificó, porque en él reposó de toda la obra que había hecho en la creación” (Génesis 2: 3). Aquí vemos tres cosas específicas que hizo Dios el séptimo día.

1. Dios lo bendijo.
2. Dios lo santificó.
3. Dios descansó en él.

La Biblia no dice que Dios bendijo el primer día, ni el tercer día, ni el quinto, ni ningún otro día, excepto el sábado. Y lo que Dios bendice, según

1 Crónicas 17: 27, lo bendice para siempre. Bendecir es imbuir algo con la misma presencia de Dios. Dios bendijo el séptimo día haciéndolo una señal eterna de su poder creador y de su infinito amor. Cada sábado, cuando adoramos al Creador del universo, también recibimos la bendición especial de Dios, la bendición de su paz, la bendición de su fuerza renovada y la bendición de su perspectiva eterna del verdadero significado de la vida. La bendición del sábado es la de un corazón lleno de gozo que adora al Dios que nos ha creado.

Él descansó el séptimo día no porque estuviese cansado (ver Isaías 40: 28), sino porque sabía que nosotros estaríamos cansados. Si hasta las máquinas necesitan descansar, ¿cuánto más el ser humano? Necesitamos descansar para mejorar nuestro rendimiento.

Dios santificó el séptimo día. Lo apartó para uso santo. La palabra “santificado” es la utilizada por Dios para la ceremonia matrimonial, cuando una mujer es apartada o santificada para un hombre, y viceversa.

Supongamos que un hombre se casa y la mujer con la que se casa tiene seis hermanas. Después de la ceremonia, él espera en el auto, preparado para salir de luna de miel. Una de las hermanas de ella se coloca a su lado y le dice: “Vámonos”. Él la mira asombrado y le responde: “No me he casado contigo; me he casado con tu hermana”. La respuesta de ella es: “¿Qué diferencia hay? Soy una de las siete”. ¿Hay alguna diferencia? Para la pareja de casados ciertamente. Una fue santificada, apartada para él. No todas las mujeres son iguales ni todos los días son iguales.

En Éxodo 16 leemos la extraordinaria historia de la caída del maná. El Señor dijo: “Deben recogerlo durante seis días, pero el séptimo día, sábado, no encontrarán nada” (Éxodo 16: 26, NVI). Dios obró un milagro para Israel. Satisfizo sus necesidades haciendo llover pan del cielo. Este pan o maná caía todos los días, menos el sábado.

Si los israelitas juntaban más de lo que podían comer, la porción sobrante se echaba a perder. Además, el viernes caía doble cantidad de maná. Los israelitas entonces juntaban una doble porción que Dios preservaba milagrosamente durante el sábado. Este milagro del sábado durante los años de peregrinaje por el desierto mantuvo a los israelitas constantemente conscientes del hecho de que pertenecían a Dios.

Incluso antes de que Dios diera los Diez Mandamientos en forma escrita

en el monte Sinaí, su pueblo los conocía. Por ejemplo, Caín sabía que estaba mal asesinar a Abel. Los israelitas sabían que estaba mal quebrantar el sábado. Los Diez Mandamientos fueron dados en el monte Sinaí no porque el pueblo de Dios no distinguiera el bien del mal desde el principio, sino porque en su pecaminosidad y rebelión necesitaban que se les restituyera la ley de Dios.

¿Acaso el sábado es un mandamiento solo para los judíos? ¿Es que dice algo así como “el séptimo día es descanso para los judíos”? Por supuesto que no. Dice explícitamente: es “descanso en honor del Señor, tu Dios”. ¿Por qué el séptimo día es descanso en honor de Dios? El originador del sábado no es ningún obispo, sacerdote ni pastor. No es ningún concilio eclesiástico. El originador del sábado es el mismo Creador. Esta es su señal. Este es su monumento. Este es su emblema. Este es su mandato. Como un bastión contra el evolucionismo, lo creó para invitarnos a que lo adoremos como Creador del cielo y de la tierra.

Al guardar el sábado reconocemos que cada latido del corazón proviene de Dios. Declaramos que cada respiración proviene de él. Cuando descansamos y lo adoramos a él en sábado, estamos declarando nuestra lealtad al Creador. Estamos diciendo: “Dios, nosotros no hemos creado nuestra vida. Tú eres el dador de la vida”. Él no dijo: “Un” séptimo día es reposo, sino “el” séptimo día es reposo. Y así como la celebración del día anterior o posterior a tu cumpleaños no establece que esos días sean tu cumpleaños, tampoco la celebración del día anterior o posterior hace de esos días el verdadero día de reposo bíblico. Podemos celebrar una fiesta de cumpleaños el día anterior o posterior a nuestro cumpleaños, pero eso no cambia el día en que nacimos. Celebrar el día de reposo el sexto día o el primer día no cambia la realidad del hecho de que Dios apartó el séptimo día.

Él ordenó: “Acuérdate del día sábado para santificarlo”. Pero millones se han olvidado de recordarlo. Para ellos, el sábado no es más que un día común y corriente. ¿Qué día bendijo Dios? El séptimo. ¿Qué día santificó Dios? El séptimo. ¿En qué día descansó Dios? En el séptimo.

En el corazón de la ley de los Diez Mandamientos, Dios nos dice por qué hemos de adorar en sábado: “Porque en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, y reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20: 11).

El sábado nunca fue una institución exclusivamente judía. Fue dada para todos nosotros. Los Diez Mandamientos son las inmutables leyes de Dios para toda la humanidad. El mandamiento “No cometerás adulterio” no es solo para los judíos. El mandamiento “No matarás” no es solo para los judíos. El mandamiento “No te harás imagen” no es solo para los judíos. El sábado no es exclusivamente un día de reposo judío. Estos mandamientos revelan la mejor manera de vivir. Son la base para una vida feliz, productiva y significativa.

El séptimo día, el día en que Dios reposó, el día que Dios santificó, el día que Dios bendijo, es el eslabón de oro que une la creación del Génesis con la nueva creación del libro de Apocalipsis. En aquel día, en la Nueva Jerusalén, donde está el trono de Dios, todos los pueblos cantarán alabanzas al Creador.

En todo el Antiguo Testamento el sábado se presenta como la señal eterna para todo su pueblo. El profeta Ezequiel aclara la naturaleza eterna del sábado con estas palabras: *“Les di además mis sábados, para que fuesen una señal entre mí y ello, para que supiesen que yo soy, el Señor que los santifico”* (Ezequiel 20: 12, NRV).

El sábado no solo es una señal de que Dios nos ha creado, sino también de que él puede cambiar nuestro corazón. El sábado es un símbolo de santificación. La palabra “santificación” simplemente significa “hacer santo”. Así como no nos hemos creado a nosotros mismos, tampoco podemos recrearnos a nosotros mismos. No podemos santificarnos. Solo Dios puede santificarnos a través de su Espíritu Santo. El sábado es un símbolo del Dios cuyo poder hizo el mundo y del Dios cuyo poder puede rehacer nuestro corazón.

Jesús, los discípulos y el sábado

Dios estableció el sábado como señal de su autoridad creadora, de su poder eterno y de su amor perpetuo, como vemos a través de todo el Antiguo Testamento. A menudo surgen las preguntas: “¿Y en el Nuevo Testamento? ¿Y Jesucristo? Jesús ¿vino para abrogar el sábado? Los discípulos ¿cambiaron el sábado? ¿Adoraban en otro día? Examinemos el Nuevo Testamento. ¿Qué enseñó Jesús acerca del sábado bíblico?

“Vino a Nazaret, donde se había criado; y el sábado entró en la sinagoga,

conforme a su costumbre y se levantó a leer” (Lucas 4: 16). Jesús tenía una costumbre: Cada sábado, el Salvador hallaba gozo en la adoración.

Si Jesús quisiera dejar otra señal o símbolo de adoración, ¿no nos habría dejado un ejemplo en su vida que no dejara lugar a dudas? ¿No es cierto que el testamento de una persona se sella con su muerte? No se puede cambiar el testamento de una persona después que muere, y el testamento de Cristo fue sellado con su muerte. El legado de su vida fue un ejemplo positivo de la observancia del sábado. Cristo guardó el sábado bíblico. Él mismo dijo: “El sábado fue hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado” (Marcos 2: 27, NRV). ¿Fue hecho el sábado para los judíos? Sí. El judío es un ser humano, y el sábado fue hecho para toda la humanidad. El sábado fue hecho para judíos y gentiles por igual como una señal de verdadera adoración. Es una señal de que lo adoramos a él exclusivamente. Es una señal de que lo amamos.

No fuimos hechos para el sábado, sino que el sábado fue hecho como un regalo de Dios para nosotros. Adán y Eva fueron creados primero, y el sábado fue un regalo de amor de Dios para la especie humana. Cada sábado huimos del estrés de la vida a su palacio en el tiempo. Las tensiones de la vida se diluyen en su presencia. El sábado es una señal eterna de que él nos creó. Descansamos en una creación completa y descansamos en una redención completa. En su vida y muerte, Jesús observó el sábado bíblico. El sábado fue escrito en tablas de piedra para que nunca sea cambiado, para que nunca sea alterado.

Jesús nunca dejó lugar a la duda en cuanto a qué día era el día de reposo. Sí cuestionó todos los requerimientos legalistas que los judíos acumularon sobre el sábado. Por eso, Jesús dijo: “Está permitido hacer el bien en sábado” (Mateo 12: 12, NVI). Para Cristo, el sábado era un día para realizar obras de misericordia, un maravilloso día de adoración y alabanza; un día de comunión, bendición y sanidad. Jesús realizó más milagros en sábado que en cualquier otro día. Aunque fue duramente criticado como transgresor del sábado, Jesús estableció el sábado como un día de bendición y de hacer el bien a los demás.

El sábado no era un requisito legalista e intolerante. Incluso en su muerte, Jesucristo guardó el sábado. Los seguidores más allegados a Jesús descansaron el séptimo día, de acuerdo con el mandamiento. Ni siquiera embalsamaron su cuerpo en sábado. Jesús reposó el sábado antes de resucitar el primer día de la semana; guardó el sábado en su vida y también

en su muerte.

Jesús no consideraba que el sábado fuese una “costumbre judía” que debía guardarse temporalmente hasta su muerte en la cruz. No enseñó que el sábado se limitaba a los hebreos del primer siglo. Para Jesús, el sábado era un símbolo eterno de su poder creador, la observancia del sábado revelaba un sentido íntimo de lealtad a él.

En una ocasión, Jesús se encontraba con sus seguidores más directos y les reveló que aun después de su crucifixión, muerte y resurrección, se guardaría el sábado. En un sermón cuidadosamente elaborado, analizó la destrucción venidera de Jerusalén e instruyó a sus discípulos: “Rueguen para que su huida no suceda en [...] sábado” (Mateo 24: 20, NVI).

¿Qué sentido tendría para Jesús decirles a sus discípulos: “Oren para que su huida no suceda [...] en [...] sábado”, si ellos no iban a guardar el sábado? No hubiese tenido ningún sentido.

Si todos los cristianos adoraran en sábado, juntos en un lugar, y los ejércitos romanos atacaran la ciudad, ¿qué habría sucedido? Hubiese sido mucho más fácil destruirlos. El historiador Josefo nos cuenta que los ejércitos romanos sitiaron la ciudad en sábado.

Los cristianos del primer siglo tomaron en serio las palabras de Jesús. Ellos oraron y, milagrosamente, los ejércitos romanos se retiraron sin ninguna razón aparente. Esto les dio a los cristianos un breve momento para escapar de la ciudad. Como resultado, no hay ni un solo registro de que algún cristiano haya muerto durante la destrucción de Jerusalén.

El sábado y el tiempo perdido

Muchos se preguntan: “¿Alguna vez se ha cambiado el día de reposo?”
¿Cómo podemos saber realmente cuál es el día de reposo? El séptimo día de la semana moderna, ¿es el mismo séptimo día de los tiempos bíblicos?
¿No ha sido cambiado el calendario?

Existen al menos tres maneras de saberlo: por medio de la Biblia; por el lenguaje y por la astronomía. Como recordará, el sábado fue establecido en la creación y fue restablecido en los Diez Mandamientos entregados a Moisés. Está claro que no hubo ningún cambio a este respecto entre Adán y

Moisés. Adán guardaba el séptimo día al igual que Moisés. A través de todo el Antiguo Testamento, desde Moisés hasta Jesús, el pueblo de Dios guardó el sábado. La historia de la crucifixión revela que el ciclo semanal, tal como lo conocemos, no ha cambiado desde el tiempo de Jesús hasta hoy.

Examinemos esta secuencia de días en la Biblia. Comenzamos con el día en que Jesús murió. La Biblia lo describe de esta manera: “Era día de la preparación y estaba para comenzar el sábado. Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea lo siguieron y vieron el sepulcro y cómo fue puesto su cuerpo. Al regresar, prepararon especias aromáticas y ungüentos; y descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (Lucas 23: 54-56).

Los seguidores más cercanos a Jesús ¿guardaron el sábado después de su muerte? ¿Qué dice el relato de Lucas? “Descansaron el sábado, conforme al mandamiento” (versículo 56). De ningún modo creían que su muerte hubiera cambiado el mandamiento.

Aquí tenemos tres días enumerados sucesivamente: primero, el día en que Jesús murió; segundo, el día en que descansó en la tumba; tercero, el primer día de la semana, el día en que resucitó de los muertos. Entonces la Biblia dice: “El primer día de la semana, al amanecer, las mujeres fueron al sepulcro con los perfumes que habían preparado” (Lucas 24: 1).

Consideremos cuidadosamente el orden de los eventos que ocurrieron en esos tres días. El día de preparación, el día en que Cristo murió, comúnmente se conoce como “viernes santo”. Este es seguido por el séptimo día. El sábado, los seguidores más próximos a Cristo descansaron de acuerdo con el mandamiento. Jesús, el divino Hijo de Dios, también descansó en la tumba el sábado. Jesús resucitó de los muertos el primer día de la semana, el día que millones de cristianos celebran como el “domingo de pascua”.

La identidad del séptimo día está clara: es el día que se encuentra entre el día en que Jesús murió –el viernes– y el día en que resucitó –el domingo–, es decir, el sábado. Puede parecer un poco sorprendente descubrir que el sábado continúa siendo el séptimo día mencionado en la Biblia, pero es así. Según la Biblia, el día de adoración y descanso no ha variado.

Existen ocho textos en el Nuevo Testamento que mencionan el primer día de la semana y ninguno de ellos nos dice que adoremos en domingo en honor a la resurrección. Cristo nos ha dado un símbolo de la resurrección,

¿cómo la celebramos? Permitamos que la Biblia hable por sí misma:

“¿Acaso no saben ustedes que todos los que fuimos bautizados para unirnos con Cristo Jesús, en realidad fuimos bautizados para participar en su muerte? Por tanto, mediante el bautismo fuimos sepultados con él en su muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó por el poder del Padre, también nosotros llevemos una vida nueva” (Romanos 6: 3, 4, NVI).

El bautismo es el símbolo del Nuevo Testamento para la resurrección. Cuando los nuevos creyentes entran en la tumba líquida son sumergidos completamente, lo que simboliza la muerte a la vida antigua. Al salir del agua, son resucitados para vivir una nueva vida en Jesús.

Así como Jesús entró en la tumba y resucitó a una nueva vida, así también el bautismo simboliza la nueva vida dada a cada cristiano nacido de nuevo por el poder del Espíritu Santo. El bautismo es el símbolo del poder de la resurrección, no la observancia del domingo.

La Biblia dice: “Acuérdate del día sábado”. Honramos a Dios como Creador al guardar el sábado bíblico.

De acuerdo con fuentes tan confiables como el Observatorio Real de Greenwich, y el Observatorio Naval de los Estados Unidos, el ciclo semanal nunca ha cambiado. La historia nos cuenta que en el año 1582 d.C. el papa Gregorio XIII cambió la fecha para ajustar el calendario, que se distanciaba de las estaciones reales. Decretó que el día siguiente al jueves 4 de octubre de 1582 sería el viernes 15 de octubre de 1582. Pero observemos que este cambio no alteró el ciclo semanal. El viernes todavía seguía al jueves y el sábado seguía al viernes. Y el domingo seguía siendo el primer día de la semana.

Hace unas décadas, en 1976, le escribí a un astrónomo del Observatorio Real de Greenwich para pedir información sobre el ciclo semanal. Quería estar absolutamente seguro de que no había sufrido ningún cambio. Esta es mi carta y, por favor, observe cuidadosamente la respuesta.

Apreciado señor,

Actualmente estoy investigando la secuencia del ciclo semanal. Varios astrónomos europeos afirman que el ciclo semanal ha llegado hasta nosotros intacto desde tiempos antiguos. En otras palabras, que el

séptimo día de nuestra semana actual, por ejemplo, es idéntico al séptimo día de la semana de los tiempos bíblicos.

Quisiera hacerle tres preguntas:

1) ¿Confirman sus investigaciones que el ciclo semanal permanece ininterrumpido desde tiempos antiguos?

2) ¿Han afectado de alguna manera al ciclo de la semana otros cambios en el calendario producidos en siglos pasados?

3) El sábado de nuestro tiempo actual ¿es descendiente directo en ciclos ininterrumpidos de siete días del sábado mencionado en el registro bíblico de la crucifixión?

Aprecio enormemente el tiempo dedicado a responder estas preguntas y espero su pronta contestación.

Atentamente,

Mark Finley

La respuesta de R. H. Tucker, del Observatorio Real de Greenwich, fue la siguiente:

Apreciado señor,

Su carta al astrónomo real de Greenwich ha sido reenviada a nosotros y el director me ha pedido que le enviara una respuesta.

La continuidad de la semana de siete días se ha mantenido desde los primeros días de la religión judía. El astrónomo quizá se preocupe por las decisiones relacionadas con el tiempo, la fecha del calendario y el número de año, pero dado que la semana es un ciclo civil, social y religioso, no debiera haber ninguna razón de alteración por ningún ajuste del calendario. Cualquier intento de alterar el ciclo de siete días siempre ha levantado la oposición más resuelta de las autoridades judías, y estamos plenamente seguros de que nunca se ha llevado a cabo ninguna alteración. El cambio del calendario juliano al gregoriano (1582-1927) se realizó para no perturbar la secuencia de los días de la semana.

Le saluda atentamente,

Adán guardaba el sábado. Moisés guardaba el sábado. Isaías guardaba el sábado. Jeremías guardaba el sábado. Jesús guardaba el sábado. Pedro, Santiago, Juan y Pablo guardaban el sábado. El Nuevo Testamento deja en claro las prácticas sabáticas de los discípulos.

El sábado y los cristianos del Nuevo Testamento

Pablo predicaba acerca de Cristo y lo hacía en sábado. “Pasando por Anfípolis y Apolonia llegaron a Tesalónica, donde había una sinagoga de los judíos. Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados discutió con ellos” (Hechos 17: 1, 2). Lo interesante es que los gentiles también asistían regularmente a estas reuniones sabáticas. Lucas registra en Hechos 13: 42: “A la salida, les pidieron que retomaran el mismo tema el sábado siguiente”. El apóstol Pablo no los animaba a regresar el primer día para guardar el domingo, la Escritura dice: “El siguiente sábado toda la ciudad se reunió para oír la palabra de Dios” (Hechos 13: 44).

¡Asistía una ciudad entera! ¡Alabado sea Dios! ¿Y si toda tu ciudad adorara al Creador cada sábado? El sábado revela una identidad o unidad entre todos los pueblos. En Cristo somos parte de una creación común y el sábado celebramos nuestra identidad.

Cuando lo adoramos en sábado él une a toda la humanidad como una familia. Los discípulos guardaban el sábado en público, y cuando no era mucha la concurrencia de creyentes, guardaban el sábado en un grupo pequeño. “El sábado salimos a las afueras de la ciudad y fuimos por la orilla del río, donde esperábamos encontrar un lugar de oración” (Hechos 16: 13, NVI).

En esta ciudad no había una iglesia que guardara el sábado, así que el apóstol Pablo se reunía con un grupo de creyentes junto a un río tranquilo para adorar en sábado.

Las evidencias del Nuevo Testamento son claras: Jesús les dijo a sus discípulos que después de la cruz guardarían el sábado. Pedro y Pablo guardaban el sábado. El libro de Apocalipsis nos invita a adorar al Creador cada sábado.

En estos últimos días de la historia de la tierra, la revelación de Jesucristo nos invita a la verdadera adoración. Muchos cristianos están confundidos sobre la expresión de Apocalipsis 1: 10 con respecto al “día del Señor”. Juan declara: “Estando yo en el Espíritu en el día del Señor”. ¿Cuál es el día del Señor? ¿Hay diferencia entre “el día del Señor” y el “sábado bíblico”? ¿Son dos días diferentes: uno para el Antiguo Testamento y otro para el Nuevo Testamento, o son el mismo día?

Podemos intentar tergiversar el significado del día del Señor, pero Jesús sabe lo que quiso decir con esta expresión mejor que nosotros. Permitamos que él mismo la aclare: “Porque el Hijo del hombre es Señor del sábado” (Mateo 12: 8). “Por tanto, el Hijo del hombre es Señor aun del sábado” (Marcos 2: 28). “El Hijo del Hombre es Señor aun del sábado” (Lucas 6: 5).

¿Por qué cree que la Biblia repite tres veces la misma idea? Hay una sola razón: porque se trata de un concepto importante. Si “el Hijo del hombre es Señor del sábado”, entonces el sábado debe ser el día del Señor. El sábado del Dios Creador en Génesis es el día del Señor en Apocalipsis. Es el mismo Creador, tanto en el Apocalipsis como en el Génesis.

El pueblo de Dios que espera su pronto regreso guardará sus mandamientos (ver Apocalipsis 14: 12), incluyendo el reposo sabático. Le obedecerán por amor. El sábado será un símbolo de verdadera adoración en el tiempo del fin. El sábado será el símbolo de la auténtica adoración por toda la eternidad. A través de las edades sin fin lo adoraremos como nuestro Creador poderoso y amante. “Así como los cielos nuevos y la nueva tierra que yo hago, permanecerán ante de mí —dice el Señor—, así permanecerán vuestros descendientes y vuestro nombre. Y de mes en mes, y de sábado en sábado, vendrán todos a adorar ante de mí —dice el Señor” (Isaías 66: 22, 23, NRV).

De todo el mundo vendrán y juntos como una humanidad común, juntos como hermanos y hermanas, como una familia, le daremos alabanza, honor y gloria. Juntos iremos a alabar a Cristo, que creó el cielo y la tierra. Nos uniremos para alabar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Nos congregaremos para adorar a Cristo, que murió por nosotros.

Tal vez esté pensando: “Esto es nuevo para mí”. Pero sé que usted solo tiene un deseo: seguir a Jesús y hacer su voluntad. Cuando conocemos que Dios escribió los Diez Mandamientos con su propio dedo en tablas de

piedra y uno de los mandamientos —solo uno— contiene la palabra “acuérdate”, no nos atrevemos a olvidar lo que Dios nos ha pedido recordar. Olvidarse de “acordarse” de lo que Dios mismo ha dicho que es de suma importancia es perderse las enormes bendiciones del mandamiento del sábado. Es evitar experimentar la paz, el descanso y el gozo que brinda el sábado.

En toda la Biblia, el mandamiento del sábado es muy claro. “El sábado es una señal entre Dios y su pueblo”. Todos los creyentes del Antiguo Testamento guardaban el sábado. Pedro, Santiago y Juan guardaban el sábado. Pablo enseñó a toda una ciudad a guardar el sábado. Todos los creyentes del Nuevo Testamento guardaban el sábado. Jesús mismo adoraba al Padre cada sábado, y Jesús dijo: “Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos”.

Cuando descubrimos la maravillosa belleza del sábado, nuestro corazón se deshace de amor por Cristo. Clamamos desde las profundidades de nuestro ser: “Te seguiré, mi Salvador”. Aun cuando sea diferente de la opinión popular de lo que enseña la religión convencional, mi corazón solo quiere una cosa: la verdad bíblica. Mi corazón solo quiere una cosa: a Jesús.

En este preciso momento, ¿le gustaría inclinar el rostro y decir: “Jesús, enséñame tu verdad. Dondequiera que me guíes te seguiré”? ¿Le gustaría decir: “Querido Jesús, quiero seguirte, no importa lo que otros enseñen, quiero adorarte como Creador y Señor, y cada semana descubrir tu reposo sabático”?

Para mí, lo más importante en la vida es seguir a Jesús. ¿Es ese su deseo? ¿Es ese su compromiso? La voluntad de Jesús ¿es más importante para usted que cualquier otra cosa en esta vida? ¿Quisiera que yo orara por usted para que Jesús le guíe a hacer su voluntad, hoy y siempre? ¿Le gustaría abrir su corazón en este momento y decir: “Sí, Jesús, haré tu voluntad”?

4. El mayor engaño de la historia

¿ALGUNA VEZ se ha dado cuenta de que las cosas no siempre son lo que parecen? Durante siglos los científicos creían que la Tierra era el centro estacionario del universo y que todo, incluyendo el sol y las estrellas, giraba a su alrededor. Fue un librepensador polaco, Copérnico, quien determinó que la Tierra estaba en movimiento y giraba alrededor del sol.

El simple hecho de que el sol y las estrellas parecieran moverse alrededor de la Tierra no significaba que fuera así. El mero hecho de que creamos algo, no hace que sea verdad. Solo porque todos los demás lo crean o porque se haya considerado así durante siglos no significa que sea verdad.

¿Es posible que una tradición, al igual que una de esas ideas sostenidas durante tanto tiempo, se haya deslizado dentro del cristianismo? ¿Es posible que millones de personas hayan aceptado la falsedad en lugar de la verdad y que pocos la cuestionen? ¿Cree que es posible que la mayoría de las iglesias hayan dejado de lado un mandamiento de Dios para seguir la tradición humana? ¿Podría suceder que una tradición antigua se aceptara como verdad cuando es exclusivamente de origen humano? Todo esto forma parte del plan de Satanás de engañar al pueblo de Dios en los últimos días.

El gran engañador

El libro del Apocalipsis predice que Satanás intentará engañar a la cristiandad. Considere esta asombrosa declaración: “Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12: 9). Satanás es la serpiente que engañó a Eva en el jardín del Edén y ha engañado a hombres y mujeres a través de los siglos. Sus engaños son tan astutos, tan poderosos, que intenta imponérselos al mundo entero. La Biblia dice que: “fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12: 9).

Si Satanás es un engañador, ¿no sería lógico que intentara producir una falsificación religiosa? Lo que da valor a una falsificación es que se asemeja tanto como sea posible a lo auténtico. Ningún falsificador en el mundo falsificaría un billete de trece dólares. ¿Por qué? Simplemente porque no existe ningún billete auténtico por esa cuantía. La estrategia de Satanás es falsificar la verdad divina y especialmente atacar los mandamientos de Dios. Ahora bien, ¿no es lógico que Satanás, el gran engañador, atacara la ley de Dios?

La ley de Dios representa la autoridad de Dios. Si Satanás puede abrogar su ley, anulará también la autoridad de Dios. La ley de Dios es el fundamento de su gobierno, define lo que está bien y lo que está mal. Si Satanás pudiera engañar al pueblo de Dios con respecto a la ley, socavaría el poder de Dios, su credibilidad y su autoridad.

Pero en el corazón mismo de la ley está el sábado. ¿No es lógico que Satanás, el gran engañador, atacara al Creador cambiando el símbolo de la creación, el sábado? ¿Se ha preguntado cómo se produjo el cambio del día de reposo bíblico del séptimo día (sábado) al primer día (domingo)?

Si la Biblia es tan clara sobre este tema, ¿por qué hay tanta gente confundida? ¿Quién cambió el sábado? ¿Cuándo fue cambiado? Y ¿por qué se cambió? Ciertamente hay respuestas a estas preguntas. Las respuestas vienen de la Biblia y de la historia. Una cosa es segura: Dios no cambió el día de reposo, porque, como afirma el profeta Malaquías, “Yo, el Señor, no cambio” (Malaquías 3: 6).

Hay personas de corazón sincero que leen el relato de la creación del Génesis y descubren que Dios bendijo el séptimo día y lo santificó. También descubren que descansó el séptimo día. Leen que Dios estableció el sábado en los días de Adán, más de dos mil años antes de la existencia de la raza judía.

Pero muchos verdaderos cristianos están confundidos, pues la iglesia a la que asisten guarda el domingo. Están perplejos, porque leen el mandamiento del sábado y ven que es muy claro. Entonces se preguntan: “¿Quién ha cambiado el sábado?” Ven que no ha podido ser Dios y buscan en la Biblia, donde descubren que Jesús no cambió el sábado, porque “Jesucristo es el mismo ayer y hoy y por los siglos para siempre” (Hebreos 13: 8, NVI).

Las enseñanzas de Jesús son imperecederas. Las doctrinas que enseñó son eternas. Jesús no cambiaría la ley de su Padre y tampoco le dio autoridad a sus discípulos para hacerlo. Escuche el comentario de Pablo a las autoridades romanas: “Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres” (Hechos 5: 29). Por tanto la pregunta es: si Dios no cambió el sábado, si Jesús no cambió el día de reposo, si los discípulos tampoco podían cambiarlo, ¿quién lo hizo?

En el capítulo trece del libro de Apocalipsis, leemos acerca de una bestia

que sube del mar. A esta bestia también se la conoce como el anticristo. Todo el mundo acepta los engaños de la bestia. Apocalipsis 13 contiene un simbolismo fascinante: “Vi subir del mar una bestia que tenía siete cabezas y diez cuernos: en sus cuernos tenía diez diademas, y sobre sus cabezas, nombres de blasfemia” (Apocalipsis 13: 1).

Una bestia en la Biblia es un rey o un reino (ver Daniel 7: 17, 23). Puede ser un reino o un poder político o religioso. Esta bestia surge del mar, que representa pueblos o naciones (ver Apocalipsis 17: 15). Este poder que surge es un poder blasfemo. En la Biblia, la blasfemia ocurre cuando un poder terrenal o un ser humano asume los privilegios y prerrogativas de Dios (ver Juan 10: 33).

Un aspecto de la blasfemia consiste en afirmar tener la autoridad de cambiar la misma ley escrita por el dedo de Dios. Si un poder terrenal tiene autoridad para cambiar la ley de Dios, debe ser mayor que el que dio la ley en primer lugar. Si la ley de Dios es el fundamento eterno de su gobierno, intentar cambiarla constituye un ataque contra el Dador de la ley. Cualquier intento de cambiar la ley de Dios exalta por encima de Dios al que hace tal cambio, y eso es blasfemia.

En Apocalipsis 13: 2 leemos: “La bestia que vi era semejante a un leopardo, sus pies eran como de oso y su boca como boca de león. El dragón le dio su poder, su trono y gran autoridad”.

Para comprender lo que vendrá en el futuro, es imperativo entender estos símbolos del león, el oso, el leopardo (o pantera) y el dragón. También es necesario comprender que la batalla universal entre el bien y el mal tiene que ver con la adoración, se centra en la ley de Dios. El sábado está en el corazón mismo de esta controversia.

Entendiendo los símbolos del Apocalipsis

Para comprender el Apocalipsis primero es necesario comprender el libro de Daniel. Las profecías bíblicas de Daniel están relacionadas con las profecías del Apocalipsis. Vayamos al capítulo 7 de Daniel, donde encontramos la misma simbología que en Apocalipsis 13: el león, el oso, el leopardo y el dragón. En Daniel 7 encontramos una descripción de un poder que se levantaría durante los primeros siglos y uniría la iglesia y el estado.

Este poder religioso usurparía la autoridad de Dios. Afirmaría tener poder para cambiar la ley. Descubramos quién es este poder, dónde surgió y qué hizo.

Analicemos las profecías de la Biblia que predicen que este poder trataría de cambiar la ley de Dios. Abramos las páginas de la historia y leamos sus propias afirmaciones de que tiene suficiente autoridad para cambiar el día de reposo divinamente instituido.

Si continúa leyendo comprenderá, posiblemente por primera vez en su vida, el punto clave de este conflicto sobre la adoración y por qué el sábado es tan importante para Dios. También entenderá cómo entró el domingo en la Iglesia Cristiana. Es absolutamente asombroso comparar la profecía bíblica con los anales de la historia.

Una noche, mientras el profeta Daniel dormía, tuvo un sueño. La Biblia describe dicho sueño en Daniel 7: 2 y 3: “Miraba yo en mi visión de noche, y vi que los cuatro vientos del cielo combatían en el gran mar. Y cuatro bestias grandes, diferentes la una de la otra, subían del mar”.

¿Qué representa una bestia o un animal en la profecía bíblica? “Estas cuatro grandes bestias son cuatro reyes que se levantarán en la tierra” (Daniel 7: 17). “La cuarta bestia será un cuarto reino en la tierra” (Daniel 7: 23). Estas cuatro bestias representan cuatro reinos que gobernarían el mundo desde los días de Daniel.

En el capítulo 7 de Daniel, estos cuatro grandes imperios mundiales son retratados o descritos como grandes bestias. En Daniel capítulo 2, estos mismos imperios mundiales son descritos como metales de diferente valor y resistencia.

En el capítulo 2 de Daniel, leemos que el rey Nabucodonosor de Babilonia soñó con una gran imagen que tenía una cabeza de oro, pecho y brazos de plata, muslos de bronce, piernas de hierro y pies de hierro y barro cocido. No tenemos que adivinar el significado de esta estatua gigante compuesta de cuatro metales, porque Daniel menciona directamente a Babilonia, el primero de estos cuatro reinos. También menciona el imperio que derrocó a Babilonia: Medopersia (ver Daniel 5: 28-30) y la nación que derrocó a Medopersia: Grecia (ver Daniel 8: 20, 21). Los cuatro metales de la imagen representan, entonces, cuatro poderes gobernantes: Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma.

La imagen tenía pies de hierro mezclado con barro cocido, que representaban la Europa dividida, y una roca cortada no con mano humana la desmenuzaba. Esta roca representa a Jesús, la Roca de los siglos, que un día destruirá los reinos de este mundo y establecerá su reino eterno e imperecedero.

Analicemos esto cuidadosamente y veamos de qué manera estas bestias de Daniel 7 simbolizan a esas naciones antiguas. A medida que estas bestias proféticas avanzan a grandes pasos en el panorama de los tiempos, vemos el desarrollo de la historia.

La primera bestia era como un león con alas de águila. Dice el registro bíblico: “La primera era como un león, y tenía alas de águila. Yo estuve mirando hasta que sus alas les fueron arrancadas” (Daniel 7: 4).

Babilonia estaba situada en lo que hoy es Irak, a unos cien kilómetros al sur de Bagdad. Cuando los arqueólogos excavaban en Irak hallaron en los muros de Babilonia imágenes que representaban un majestuoso león alado.

El león con alas de águila era un símbolo muy conocido en Babilonia. De hecho, el profeta Jeremías, hablando de Babilonia, dice: “El león sube de su espesura, el destructor de naciones está en marcha, ha salido de su lugar, para poner tu tierra en desolación” (Jeremías 4: 7). El león con alas de águila era un símbolo común de la antigua Babilonia. En los días de Daniel, Babilonia era la poderosa potencia mundial dominante.

Pero debía surgir otra nación; Babilonia no gobernaría el mundo para siempre. “Luego vi una segunda bestia, semejante a un oso, la cual se alzaba de un costado más que de otro. En su boca, entre los dientes, tenía tres costillas; y se le dijo. Y le hablaban así: ‘Levántate y devora mucha carne’” (Daniel 7: 5). Fíjese en que el segundo imperio es similar a un oso que se alza de un costado. Medopersia derrocó a Babilonia.

Este oso, al alzarse de un costado, representa a los persas, que derrocaron primero a Babilonia y que luego dominaron a los medos. ¿Qué tiene el oso en la boca? Tres costillas. Cuando Medopersia conquistó el mundo empezó por Babilonia, después se fue en dirección al norte y conquistó Lidia, y posteriormente hacia el sur y conquistó Egipto. Estas tres naciones, Babilonia, Lidia y Egipto, representan las tres costillas. La profecía bíblica es extremadamente precisa y absolutamente asombrosa.

Entonces surge un tercer imperio: “Después de esto miré, y vi otra semejante a un leopardo, con cuatro alas de ave en sus espaldas. Esta bestia tenía cuatro cabezas, y le fue dado el dominio” (Daniel 7: 6). Los griegos derrocaron a los medos y a los persas.

Alejandro Magno y su ejército conquistaron rápidamente el mundo. Si tuviera usted que describir una conquista rápida, ¿qué animal elegiría que pueda avanzar verdaderamente rápido? Un leopardo. Pero si quisiera describir una conquista aún más rápida, ¿qué haría con el leopardo? Le pondría alas.

Dios puso alas al leopardo para describir la rápida conquista de Alejandro Magno. ¿Por qué las cuatro cabezas? Observemos una vez más cuán precisa es la profecía bíblica. Alejandro Magno murió muy joven, a los 33 años. Las cuatro cabezas del leopardo representan a los cuatro generales de Alejandro que dividieron el imperio tras la muerte de este. Sus nombres eran Casandro, Lisímaco, Ptolomeo y Seleuco. Estos cuatro generales gobernaron exactamente como había predicho la profecía bíblica.

La Biblia describe un cuarto imperio: “Después de esto miraba yo en las visiones de la noche, y vi la cuarta bestia, espantosa, terrible y en gran manera fuerte, la cual tenía unos grandes dientes de hierro; devoraba y desmenuzaba, pisoteaba las sobras con sus pies, y era muy diferente de todas las bestias que había visto antes de ella; y tenía diez cuernos” (Daniel 7: 7)..

Es muy evidente que esta cuarta bestia representa al Imperio Romano. Este período nos lleva a la época de Cristo. Fue un decreto romano el que llevó a José a la ciudad de Belén, donde finalmente nació Jesús. Fue Poncio Pilato, un romano, el que juzgó a Jesús. Fue un soldado romano el que clavó a Jesús en la cruz. Roma dominaba el mundo en los días de Jesús. El cristianismo surgió bajo este Imperio Romano. La Biblia describe claramente la caída del Imperio Romano con el simbolismo de los dedos de los pies de la imagen y los cuernos de la cuarta bestia.

La imagen de Daniel 2 tenía pies y dedos de hierro y barro cocido que simbolizan a la Europa dividida. Esta cuarta bestia tiene diez cuernos. Roma estaba dividida en diez partes principales: las tribus bárbaras barrían el imperio saqueando y robando, destruyendo aldeas y ocupando ciudades, y se repartían el Imperio en pequeños reinos. Los anglosajones se asentaron en Inglaterra; los francos se establecieron en la zona de Francia; los

alamanes colonizaron el territorio de Alemania; los ostrogodos se instalaron en la zona de Austria y las otras tribus del norte se extendieron por el imperio dejando el territorio tal como lo vemos hoy. Estas divisiones aparecen simbolizadas en los diez cuernos de la bestia.

Luego, Dios revela cómo entraría la apostasía en la iglesia, en un tiempo en que el Imperio Romano estaba siendo invadido por las tribus bárbaras del norte.

El misterioso cuerno pequeño

Esta profecía de Daniel 7 revela claramente el conflicto sobre la adoración y precisamente cómo fue cambiado el día de reposo. Cuando Daniel, en visión, vio los diez cuernos, advirtió que surgía algo destacable: “Mientras yo contemplaba los cuernos, otro cuerno pequeño salió entre ellos, y delante de él fueron arrancados tres cuernos de los primeros. Este cuerno tenía ojos como de hombre y una boca que hablaba con gran insolencia” (Daniel 7: 8).

La Biblia dice que este cuerno pequeño era diferente a todo lo demás. ¿Quién es este misterioso cuerno pequeño que se levanta entre los diez cuernos? Descubramos algunas cosas que dice la Biblia acerca de él.

En primer lugar, este cuerno pequeño se levanta en medio de los diez anteriores (Daniel 7: 8). Si los diez cuernos son divisiones de Roma, este cuerno pequeño tiene que surgir de Europa, no surge en Asia, África, Norteamérica ni Sudamérica. Sus raíces están en suelo europeo.

En segundo lugar, la Biblia dice que este cuerno pequeño surgiría después de los diez cuernos (Daniel 7: 8). Por lo tanto no se levanta en los días de Babilonia, Medopersia, Grecia ni Roma. Surge después de la caída del Imperio Romano. Crece cuando Roma se está dividiendo. Es un poder que sube de Roma durante los primeros siglos.

En tercer lugar, la Biblia también dice que este cuerno pequeño tiene ojos como de hombre. ¿Qué representa esto? ¿Sabe cómo se llama a un profeta en la Biblia? En la Biblia, un profeta es llamado “vidente” porque ve con los ojos de Dios. Los ojos de un hombre no representan sabiduría divina sino sabiduría humana, por tanto un sistema religioso humano basado en las enseñanzas del hombre es lo que saldría de Roma.

Fíjese en que la Biblia dice en Daniel 7: 24 que es diferente del resto. Esta es la cuarta clave para interpretar a este cuerno pequeño. Todos los demás poderes anteriores, Babilonia, Medopersia, Grecia y Roma, eran poderes políticos, pero este es diferente. No es principalmente un poder político sino un poder religioso, un poder político-religioso.

¿Qué haría este poder? Intentaría cambiar la misma ley de Dios. Preste atención a lo que dice la Biblia en Daniel 7: 25: “Hablará palabras contra

el Altísimo, a los santos del Altísimo quebrantarán y pensarán en cambiar los tiempos y la ley”. ¿Se le ocurre una manera más extraordinaria de hablar “palabras contra el Altísimo” que intentar cambiar la ley de Dios, especialmente su día de reposo?

Este poder intentaría cambiar la misma ley de Dios. Obviamente estamos hablando de las leyes divinas, no de algo insignificante como las leyes políticas. Cuando una nación surge después de otra, casi siempre se cambian las leyes. Esto no es nada sorprendente. Pero el poder de este cuerno pequeño hablaría grandes palabras contra el Altísimo, asumiendo la prerrogativa de Dios e intentando cambiar las leyes divinas. La Biblia no dice que cambiaría esas leyes, sino que “pensaría en” cambiarlas. Haría parecer que las había cambiado. Ningún poder terrenal, por más poderoso que pretenda ser, podría cambiar nunca la ley de Dios. Pero este poder pensaría que tenía autoridad para cambiarla.

La profecía de Daniel predice que una poderosa potencia religiosa surgiría del antiguo Imperio Romano. Este poder sería pequeño al comienzo pero se volvería extremadamente poderoso. Pretendería tener autoridad para cambiar la misma ley de Dios.

¿Qué sucedió históricamente?

En un intento por apaciguar a los paganos que entraban a la iglesia en grandes cantidades y por hacer que el cristianismo fuese más aceptado en el imperio, este poder romano intentaría cambiar la ley de Dios. El cambio del día de reposo ocurrió gradualmente a lo largo del tiempo, lo cual dio lugar a una variedad de factores sociales y religiosos.

El Dr. John Eadie nos ayuda a entender las raíces de este cambio en su *Enciclopedia Bíblica*, donde leemos: “Sábado: una palabra hebrea que significa descanso. Domingo fue el nombre dado por los paganos al primer día de la semana, porque era el día en el que adoraban al sol”.¹ La adoración del sol era común en Egipto, Babilonia, Persia y Roma.

En el siglo IV, el emperador romano Constantino también fue influenciado por el culto al sol. Constantino deseaba unir su imperio, pero ¿cómo lo lograría? Aprobó un decreto en el que imponía un día de descanso y de recreación común para todo el imperio. Su intención era promover la unidad entre los paganos y los cristianos en todo su reino.

El decreto del emperador data del 321 d.C. y ordena: “En el venerable día del Sol, que los magistrados y la gente que reside en las ciudades descansen, y que se cierren todos los negocios”. Constantino llama “domingo” al “venerable día del Sol” e impone que “se cierren todos los negocios”.

En los días de Constantino, la iglesia y el estado se unieron en un intento por cristianizar a los paganos y unir el imperio. El gobierno romano y la Iglesia Romana se unieron. Lean esta asombrosa declaración publicada en marzo de 1994 en *Catholic World* [Mundo Católico]: “El sol principalmente era un dios del mundo pagano[...] en verdad, hay algo regio y majestuoso con respecto al sol, que lo hace un emblema adecuado de Jesús, el Sol de Justicia. Por lo tanto, la iglesia en estos países parece haber dicho: ‘Mantengan el antiguo nombre pagano. Seguirá siendo consagrado, santificado’. Y así, el domingo pagano, dedicado a Balder, se convirtió en el domingo cristiano, consagrado a Jesús”.²

¿Ven cómo ocurrió? ¿Ven cómo el domingo entró en la iglesia? Constantino quería unir a su imperio y los dirigentes de la Iglesia de Roma querían convertir a los paganos. El domingo se convirtió en el vehículo para lograr ambas cosas; de modo que el sábado bíblico fue cambiado por la Iglesia y el estado de Roma.

Había otro asunto en juego: la Iglesia Romana quería distanciarse del judaísmo. Había un sentimiento antisemita en el Imperio Romano, que contribuyó al cambio del sábado por el domingo como día de adoración.

El Concilio de Laodicea de la Iglesia Romana (celebrado aproximadamente entre el 363 y el 364 d.C.) registra la primera prohibición de guardar el sábado bíblico. Los obispos católicorromanos se reunieron en Laodicea y decretaron: “Los cristianos no judaizarán” (es decir, no guardarán el sábado) “ni estarán ociosos en sábado”.³

Lo que el Concilio de la Iglesia estaba diciendo era: “Prohibimos que los cristianos descansen en sábado. Trabajarán en ese día”. Pero honrarán especialmente el día del Señor, y como son cristianos, en lo posible no trabajarán en ese día. “Si, no obstante, se los encuentra judaizando (guardando el sábado), serán excluidos de Cristo”.⁴

Un concilio eclesiástico se une con el gobierno romano de Constantino e intenta cambiar la autoridad del sábado al domingo. Este cambio se llevó a

cabo gradualmente, cuando los cristianos se fueron distanciando de los judíos y los dirigentes de la iglesia y del estado se dieron la mano para unir al Imperio.

Los responsables del cambio

Daniel 7: 25 dice que un poder terrenal surgido de Roma intentaría cambiar la ley de Dios. Y Dios nos dice: “¡Tengan cuidado!” Hay numerosas declaraciones de fuentes católicas romanas que reconocen que la Iglesia Católica cambió el día de reposo. El mismo catecismo católico registra:

Pregunta: ¿Cuál es el tercer mandamiento?

Respuesta: El tercer mandamiento es: “Acuérdate del día sábado para santificarlo”.

Pregunta: ¿Cuál es el día de reposo?

Respuesta: El sábado es el día de reposo.

Pregunta: ¿Por qué observamos el domingo en vez del sábado?

Respuesta: Observamos el domingo en vez del sábado porque la Iglesia Católica transfirió la solemnidad del sábado al domingo.⁵

Quizá se pregunte por qué estas declaraciones del catecismo católico se refieren al mandamiento del sábado como al tercer mandamiento en lugar del cuarto. Esto se debe simplemente a que la Iglesia Romana omitió el segundo mandamiento sobre las imágenes y dividió el décimo en dos: “No tendrás pensamientos impuros” y “No codiciarás los bienes ajenos”, para seguir teniendo diez mandamientos.

La ley de Dios fue cambiada por la Iglesia Católica Romana en los siglos IV y V. Esto no es ningún secreto, pues la propia Iglesia Católica lo admite abiertamente. *El Catholic Mirror* [Espejo Católico] del 23 de septiembre de 1893 declara: “La Iglesia Católica, más de mil años antes de la existencia de la protestante, en virtud de su misión divina cambió el día del sábado al domingo”.⁶

El tomo 4 de la *Enciclopedia Católica*, añade: “La iglesia, después de

cambiar el día de descanso del sábado judío del séptimo día de la semana al primer día, cambia el tercer mandamiento para que se refiera al domingo como el que debe ser santificado como el día del Señor”.⁷ Aquí la Iglesia Católica reconoce abiertamente haber realizado el cambio del día de reposo.

La parroquia de Santa Catalina, ubicada en Míchigan, Estados Unidos, publicó una sorprendente declaración en su hoja parroquial del 21 de mayo de 1995: “Quizá, lo más atrevido, lo más revolucionario que la Iglesia haya hecho alguna vez ocurrió en el siglo I. El santo día de reposo fue cambiado del sábado al domingo [...]. No por algún mandamiento señalado en la Escritura, sino por el sentido de la Iglesia de su propio poder”.⁸

Karl Keating, uno de los eruditos católicos laicos más destacados de los Estados Unidos actualmente, escribió un libro como desafío a los protestantes. Explicó el cambio del sábado de este modo: “Los fundamentalistas se reúnen para adorar en domingo, aunque no haya ninguna evidencia en la Biblia de que la adoración colectiva deba hacerse los domingos. El sábado judío, o día de reposo, por supuesto que era el séptimo día. Fue la Iglesia Católica la que decidió que el domingo debía ser el día de adoración para los cristianos, en honor a la resurrección”.⁹

Este autor católico está razonando con los protestantes: “si quieren seguir la Biblia, deberían guardar el sábado bíblico”. Entonces expone que la Biblia sola no es una guía suficiente sin la autoridad y la interpretación de la Iglesia.

El sacerdote de la parroquia de Santa Catalina razonaba de la misma manera: “Los que piensan que las Escrituras debieran ser la única autoridad, para ser coherentes deberían hacerse adventistas del séptimo día y guardar el sábado”.¹⁰

El tema central con respecto al cambio del sábado es: ¿Tiene autoridad una iglesia para cambiar la ley de Dios?

Si aceptamos el domingo, estamos aceptando un día basado en la autoridad de una iglesia. El argumento de la Iglesia Católica es este: aceptar el domingo es aceptar nuestra autoridad. Si uno acepta la autoridad de la Iglesia Católica para cambiar el día de reposo, para ser coherente, debería ser católico.

El cardenal James Gibbons, uno de los eruditos católicos más prominentes del siglo XIX en Norteamérica, declaró: “Podemos leer la Biblia desde el Génesis hasta el Apocalipsis, y no hallaremos ni una sola línea que autorice la santificación del domingo. Las Escrituras exigen el cumplimiento de la observancia religiosa del sábado”.¹¹

El monseñor Segor esclarece el tema cuando escribe: “Fue la Iglesia Católica quien, por la autoridad de Jesucristo, ha transferido este descanso al domingo en memoria de la resurrección de nuestro Señor. De modo que la observancia del domingo por parte de los protestantes es un homenaje, inspirado por ellos mismos, que rinden a la autoridad de la Iglesia Católica”.¹²

La cuestión va mucho más allá de un día. La cuestión es: ¿Cuál es nuestra guía? ¿Lo es la Biblia o la tradición? La cuestión es: una iglesia o un dirigente religioso ¿tienen la autoridad de cambiar la ley de Dios que fue escrita con su dedo en tablas de piedra? ¿Le ha dado Dios a alguna iglesia, a algún ser humano, autoridad para cambiar su ley?

¡De ninguna manera! Nos encontramos frente a una cuestión de autoridad. Dios dice: “no quebrantaré mi alianza ni cambiaré lo que salió de mis labios” (Salmo 89: 34). Por lo tanto, el fondo del asunto es la autoridad.

Existen personas espirituales y sinceras en todas las iglesias y confesiones religiosas. De lo que se trata aquí no es de juzgar los motivos de los demás o su compromiso con Dios. Nuestro objetivo principal es descubrir la verdad para seguirla. No es una cuestión de días, sino de autoridad. El problema es: ¿A quién prestas tu adhesión? ¿A Jesús o a los dirigentes de la iglesia? ¿Cuál es el fundamento de tu fe? ¿Es la Biblia o lo que dice el hombre?

En el siglo XVI, durante los días de la Reforma, Martín Lutero expuso delante de los sacerdotes y prelados de Europa que “la Biblia y la Biblia sola era la regla de fe y práctica de los cristianos”. Afirmó: “Mi conciencia está sujeta a la Palabra de Dios”.

El Dr. Melvin Eck fue el brillante erudito católico utilizado por la iglesia para argumentar contra Lutero. Uno de los argumentos que usó contra Lutero giraba en torno al sábado. Sugirió que “la autoridad de la Iglesia no podía sujetarse a la autoridad de las Escrituras porque la Iglesia había cambiado ‘el sábado al domingo, no por el mandamiento de Cristo sino por su propia

autoridad””.13

El problema del sábado tiene que ver con la autoridad. El razonamiento del Dr. Eck contra la famosa declaración de Lutero sobre la Biblia y la Biblia sola [*sola scriptura*] era simple. La tradición reemplaza a la Biblia y el hecho de que Lutero aceptara el domingo era prueba suficiente para Eck de que Lutero no aceptaba cabalmente toda la Biblia, sino que al guardar el domingo estaba implícitamente aceptando la autoridad de la Iglesia Católica Romana.

Muchos cristianos actualmente aceptan el engaño. La gente dice: “¿Qué diferencia supone un día? Todos los días son iguales”. Para Dios no todos los días son iguales. Solo un día fue bendecido por él, el séptimo. Solo un día fue santificado, apartado por él, el séptimo. Y Dios reposó solo en un día: “el sábado”.

Los asuntos que estamos tratando tienen que ver con la autoridad y la obediencia. Nuestra elección es:

- La Biblia o la tradición
- Jesús o los dirigentes religiosos
- La ley de Dios o los dogmas del hombre
- La instrucción de Dios o la enseñanza humana
- El camino de Dios o el camino del hombre

Ahora bien, surge la pregunta: “¿Usted está sugiriendo que todos los que guardan el domingo están perdidos?”

Permítanme aclararlo. No todos los que guardan el domingo están perdidos. Hay muchos cristianos que guardan el domingo y que aman a Jesucristo. Viven a la altura de la luz que conocen. Cuando aprenden más, están dispuestos a cambiar. En todo el mundo, decenas de miles de personas están escuchando el llamado de Dios y darán un paso al frente para respetar la verdad.

Jesús le está llamando hoy. Le está llamando a dar un paso al frente. Le está llamando a seguirlo, a obedecerlo. Le está pidiendo que acepte su Palabra y solo su Palabra como la base de su fe. ¿Por qué no dice en su corazón: “Jesús, sí, te seguiré todo el camino”? ¿Por qué no inclina la cabeza y acepta el compromiso de seguirlo en este mismo momento?

-
1. John Eadie, *A Biblical Cyclopaedia* [Una enciclopedia bíblica] (Londres: Charles Griffin & Co., 1870, 12ª ed.), artículo “Sabbath” [Sábado].
 2. William L. Gildea, “Paschale Gaudium”, *The Catholic World* [El Mundo Católico] 58 (Marzo de 1894): 809.
 3. Concilio de Laodicea (337 d.C.), “Canon 29”.
 4. *Ibid.*
 5. Peter Geiermann, *The Converts Catechism of Catholic Doctrine* [Catecismo de la doctrina católica para conversos] (1957), pág. 50.
 6. Cardenal James Gibbons, *Catholic Mirror* [Espejo Católico], 23 de septiembre de 1893.
 7. Chales G. Herbermann et. al., *The Catholic Encyclopedia* [La Enciclopedia Católica] (Nueva York: The Universal Knowledge Foundation, Inc., 1908, 1913), artículo “Commandments of God” [Los mandamientos de Dios], pág. 153.
 8. Leo Broderick, “Pastor’s Page” [Página del pastor], *Sentinel* [Centinela] (Algonac, Mich.: Saint Catherine Catholic Church Newsletter), 21 de mayo de 1995.
 9. Karl Keating, *Catholicism and Fundamentalism: The Attack On “Romanism” by “Bible Christians”* [Catolicismo y fundamentalismo: El ataque al “romanismo” por parte de los “cristianos bíblicos”] (San Francisco: Ignatius Press, 1988), pág. 38.
 10. Broderick, *ibid.*
 11. Cardenal James Gibbons, *The Faith of Our Fathers* [La fe de nuestros padres] (Baltimore, Md.: John Murphy and Co., 1889), pág. 111.
 12. Mgr. Segur, *Plain Talk About the Protestantism of To-Day* [Hablando claro acerca del protestantismo actual] (Boston: Patrick Donahoe, 1868), pág. 225.
 13. J. H. Holtzmann, *Canon and Tradition* [Canon y tradición], citado en J. N. Andrews y L. R. Conradi, *History of the Sabbath and First Day of the Week* [Historia del sábado y el primer día de la semana] (Washington, D.C.: Review and Herald, 1912), pág. 589.

5. Un anticipo de la eternidad

EL NÚMERO de bajas en ambos bandos era elevado. El bombardeo era intenso. El fuego de la artillería pesada duró todo el día. La tierra se sacudía violentamente por el martilleo incesante de los aviones Axis. Las fuerzas aliadas respondieron con un tiroteo. Los ejércitos rivales se enfrentaron de un lado a otro de las trincheras.

Joseph, un soldado estadounidense de 18 años, se dejó caer, exhausto, contra la pared de tierra de su trinchera recién excavada. El sol se estaba poniendo. Había pasado otro día y él todavía estaba vivo. Era la

Nochebuena de 1943. Los recuerdos de su hogar inundaban su mente: Mamá, papá... su hermano Thomas... su hermana Alicia... el pastel de manzana recién horneado... las galletitas caseras de pasas... el pavo asado... los regalos envueltos en papel de colores... el árbol de Navidad... las sonrisas... los abrazos... los troncos que ardían en la chimenea... el chocolate caliente... la paz. Pero en aquella pesadilla llamada guerra, la muerte le golpeaba la cara. Las palabras “En la tierra paz, buena voluntad para con los hombres” le parecían una utopía.

El campo de batalla estaba tranquilo. El aire era puro y limpio. Las estrellas titilaban en un cielo iluminado por la luna. Entonces oyó algo. ¿Serían realmente cantos? ¿Lo engañaban sus oídos aquella Nochebuena de 1943? ¿O se trataba de alguna clase de trampa ingeniosa? ¿De algún complot siniestro?

Los sonidos de un familiar villancico navideño llenaban de gozo el aire nocturno. Aunque la letra era en alemán, la música le resultaba inconfundible: “Noche de paz, noche de amor... Todo duerme en derredor”. Los soldados alemanes entonaban villancicos navideños a pocos metros de distancia. Lenta, cautelosamente al principio, Joseph salió de su trinchera impulsándose con los brazos. Su corazón se había conmovido, sus emociones estaban a flor de piel. De repente, ya no pudo contenerse más. Espontáneamente comenzó a cantar: “Noche de paz, noche de amor... Todo duerme en derredor”.

Sus colegas norteamericanos se unieron a él. Pronto las voces que pocas horas antes gritaban el dolor de la guerra ahora resonaban en un coro de alabanzas. Los dos bandos en conflicto se acercaron el uno al otro, se abrazaron, se rieron y cantaron. Durante una noche fueron hermanos, pues compartían una humanidad en común. Los enfrentamientos cesaron. Los morteros enmudecieron. Aquella Nochebuena, solo por un momento, los enemigos se hicieron amigos.

“El Dios que hizo el mundo y todas las cosas que en él hay, siendo Señor del cielo y de la tierra, no habita en templos hechos por manos humanas [...]. De una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres para que habiten sobre toda la faz de la tierra; y les ha prefijado el orden de los tiempos y los límites de su habitación”.

La esencia de la dignidad humana es una creación en común. El hecho de que hemos sido creados por Dios le da valor a cada ser humano. Dios es

nuestro Padre; tenemos una herencia en común, somos hijos e hijas del Rey del universo. Pertenece a la misma familia, somos hermanos y hermanas, creados, formados y moldeados por el mismo Dios.

La creación provee un verdadero sentido de autoestima. El Creador del universo nos creó también a nosotros, somos especiales a sus ojos. Cuando los genes y los cromosomas se unieron para formar la excepcional estructura biológica de tu personalidad, Dios tiró el molde, lo que significa que no hay nadie igual a ti en todo el universo. Eres único; una creación inimitable.

El evolucionismo es deshumanizante. Si no soy más que una molécula proteica evolucionada, o el producto de un evento fortuito; si solo soy una forma avanzada de la creación animal, la vida tiene poco significado. Soy apenas uno más entre casi seis mil millones de personas que se arañan entre sí por un espacio para vivir en este planeta llamado Tierra.

El evolucionista busca en su interior la fuerza para afrontar las pruebas de la vida. El creacionista la busca afuera, mirando hacia un Dios amante, poderoso y onnisapiente. La creación brinda un sentido de destino. El Dios que me ama, que me ha creado, que se preocupa por mí, me ha preparado un lugar en el cielo. La muerte ya no es una larga noche sin amanecer; la tumba ya no es un hoyo oscuro en la tierra. Dios ha planeado un mañana nuevo y glorioso.

Para el evolucionista la muerte supone el fin de todo. No hay mañana. Pero la creación nos habla de esperanza. La evolución se hace eco de la muerte, mientras que la creación habla de un futuro seguro. La evolución se hace eco del azar, pero la creación responde a las preguntas eternas de la vida: ¿De dónde vengo? ¿Por qué estoy aquí? ¿Hacia dónde voy?

El evolucionismo provee una visión distorsionada del origen de la vida, no responde a la pregunta del propósito de la vida y deja al alma sin respuestas en cuanto a su destino final. La creación nos conecta a Dios, afirmando así nuestra autoestima y estableciendo lazos de unión entre toda la humanidad. Crea una ascendencia en común. Inspira confianza en un Dios que se preocupa por nosotros. Nos acerca al inagotable poder de Dios y nos alienta con la esperanza de una vida después de la muerte.

La creación y el sábado

Dios nos dio el sábado porque el mundo necesita desesperadamente el mensaje reconfortante de la creación.

A mediados del siglo XIX la tesis evolucionista estaba ganando terreno en el mundo científico, pero Dios nos ha dejado un increíble mensaje de esperanza que se encuentra en Apocalipsis 14: 6 y 7: “En medio del cielo vi volar otro ángel que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los habitantes de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo. Decía a gran voz: ‘¡Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado. Adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas!’”.

En una era dominada por el evolucionismo, Dios nos ha dado el sábado como símbolo eterno de su poder y autoridad como Creador. El sábado es un recordatorio semanal de que no nos pertenecemos a nosotros mismos, sino que él nos ha creado. La vida no puede existir aparte de Dios, “en él vivimos, nos movemos y existimos” (Hechos 17: 28, NVI).

El sábado nos invita a regresar a nuestras raíces. Es un vínculo con nuestra familia de origen. El sábado ha sido observado de manera ininterrumpida desde el comienzo del tiempo. Constituye una conexión que se remonta hasta la creación. El sábado nos confirma que no somos producto del azar y nos mantiene centrados en la verdad gloriosa de que somos hijos de Dios. Nos invita a una relación íntima y estrecha con él.

Lo cierto es que todos tendemos a olvidar, por eso Dios nos dice: “Acuérdate”. El sábado nos recuerda cada semana cómo es Dios y nos invita a una nueva relación con él.

Al tratar de destruir la singularidad de nuestra creación, el enemigo ha introducido una falsificación no muy sutil. Esta falsificación, que es aceptada por muchos cristianos bien intencionados, trata de armonizar la creación con la evolución mediante un razonamiento como este: Dios es la principal causa de la creación, pero le llevó muchos siglos crear el mundo. Este enfoque pretende armonizar los “datos científicos” con el relato del Génesis. Afirma que los días de la creación fueron períodos largos e indefinidos. Parte de la perspectiva evolucionista y genera más problemas de los que resuelve. Ignora completamente la declaración del salmista: “Por la palabra de Jehová fueron hechos los cielos, y todo el ejército de ellos por el aliento de su boca [...]. Porque él dijo, y fue hecho; él mandó, y existió” (Salmo 33: 6, 9). Pasa por alto la contundente declaración de

Hebreos 11: 3: “Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”.

La Biblia enseña que Dios creó el mundo en seis días literales de veinticuatro horas y descansó el séptimo día. La estructura lingüística de Génesis 1 y 2 no permite ninguna otra interpretación. La palabra hebrea empleada para “día” es *Yom*. En toda la Biblia, cada vez que un número precede a la palabra *Yom* como adjetivo, limita el período de tiempo a veinticuatro horas. No hay ni un solo caso en la Biblia en que un numeral preceda al sustantivo *Yom* y que *Yom* indique un período indefinido. Sin excepción, siempre hace referencia a un período de veinticuatro horas. Aceptar la falsa idea de que la creación se produjo durante períodos largos e indefinidos es desafiar el lenguaje preciso de la Escritura, es dar prioridad a nuestra opinión personal sobre la estructura gramatical de la Palabra de Dios. Si el autor del Génesis, Moisés, deseaba comunicar que al mundo le llevó millones de años evolucionar, ciertamente hubiera usado un lenguaje distinto.

Además, si Dios no creó el mundo en seis días literales, ¿qué significado tiene el séptimo día? ¿Cómo podría ordenar Dios: “Acuérdate del día sábado para santificarlo [...] Porque en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra, el mar y todo lo que hay en ellos, reposó en el séptimo día. Por eso, el Señor bendijo el día sábado y lo santificó” (Éxodo 20: 8-11), NRV)? No hubiese tenido ningún sentido dejar el séptimo día como recordativo eterno de una semana de la creación si nunca hubiera existido tal semana. Aceptar que la creación se produjo en periodos largos e indefinidos es desafiar la misma necesidad del reposo sabático, y la autoridad de la Biblia. Es plantear serias dudas en cuanto a la integridad de la Escritura.

Satanás está desafiando la misma esencia de la autoridad de Dios al atacar el sábado. El sábado no es meramente un consejo, sino un mandamiento que procede del propio trono de Dios. Tomar a la ligera el sábado, tratarlo como un día común y corriente es pasar por alto un aspecto vital de nuestra relación de fe con Dios.

El sábado y la salvación

Entrar en el verdadero reposo sabático significa dejar de intentar obtener la salvación sobre la base de nuestros propios esfuerzos. Dios nos ha salvado en Cristo. Jesús voluntariamente ofreció su vida en la cruz, murió

la muerte que nosotros merecíamos, entregó su vida perfecta como sustitución por nuestra vida pecaminosa. El sábado no es un símbolo de legalismo, sino más bien un recordativo eterno de que descansamos en él para nuestra salvación.

El reposo sabático constituye un símbolo de una experiencia de fe en Jesús. Es una ilustración gráfica de nuestra confianza en él. Toda la semana trabajamos, pero el séptimo día descansamos, dejamos nuestras obras para encontrar reposo total en Cristo. En Jesús hay un lugar al que pertenecemos. No necesitamos agobiarnos por buscar nuestra salvación, sino que nuestra vida puede liberarse de culpas, temores y ansiedades. La salvación llega solo a través de Jesús. No la merecemos, no podemos ganarla. Descansamos y la recibimos por fe.

Cuando Jesús exhaló su último aliento y exclamó: “Consumado es”, cerró los ojos y murió. Entonces quedó concluida la obra de la redención. Jesús descansó en sábado, simbolizando con ello que había completado y finalizado su obra.

Al final de la semana de la creación, Dios descansó. Su obra de crear este mundo estaba terminada. Cada sábado, cuando descansamos, nosotros también declaramos: “Dios, descanso en la obra completa de Cristo en la cruz. No traigo nada en mis manos. Simplemente me aferro a tu cruz”.

El sábado nos recuerda dónde desarrollamos el carácter: en la relación con nuestro Padre celestial y con Jesucristo. El sábado es una continua promesa de la capacidad que Dios tiene de ayudarnos a crecer a través de los altibajos, las tragedias y los triunfos de nuestra vida. Necesitamos ese tiempo de calidad con el Padre celestial, con el Dios que nos santifica y nos ayuda a seguir creciendo.

El sábado es un símbolo maravilloso de la relación eterna con Dios. Se extiende desde el jardín del Edén hasta el jardín que Dios hará de este planeta al final del tiempo. Se extiende desde el paraíso perdido hasta el paraíso restaurado.

Durante el sábado podemos hallar pleno descanso y regresar a nuestras raíces como hijos suyos. Podemos crecer y madurar. Sí, necesitamos esa clase de lugar que dirija nuestra vida a una relación eterna con Dios.

Un santuario en el tiempo

La revista *Reader's Digest* publicó en un artículo acerca del fallecido Harvey Penick: “Para el nonagenario jugador de golf, el éxito llegó tarde”. Su primer libro de golf, *Little Red Book* [El librito rojo] vendió más de un millón de ejemplares. La editorial que publicó dicho libro, *Simon and Schuster*, considera que esta obra es uno de los libros de deportes de mayor éxito de ventas de todos los tiempos. La historia de su publicación es fascinante, ciertamente Harvey Penick no lo escribió por dinero.

En la década de 1920 Penick compró un cuaderno rojo y comenzó a anotar sus observaciones personales relacionadas con el golf. Durante casi setenta años nunca le mostró el libro a nadie, salvo a su hijo. En 1991 lo compartió con un escritor y le preguntó si pensaba que valía la pena publicarlo. El escritor estaba eufórico. Inmediatamente se puso en contacto con el gigante del mundo editorial *Simon and Schuster*. La noche siguiente, los publicadores se comprometieron a entregarle un anticipo de noventa mil dólares. El escritor, entusiasmado, le transmitió la noticia a la esposa de Penick. Cuando vio a Penick aquella noche, y le contó la noticia, el anciano parecía muy preocupado. Finalmente, le confesó que con todos los gastos médicos que había tenido no había forma de que pudiera adelantarle tanto dinero a *Simon and Schuster* para publicar su libro. ¡El escritor tuvo que explicarle a Penick que él era el que recibiría el dinero! Un anticipo de noventa mil dólares era suyo, y ni siquiera se había dado cuenta.

A través del sábado, Dios nos ha dado un “anticipo” de la eternidad. Cada sábado el cielo toca la tierra, como tan acertadamente escribe el autor judío Abraham Herschel: “El sábado es un santuario en el tiempo”. El sábado nos llama de las cosas temporales a las cosas eternas.

El sábado nos invita a entrar en su reposo celestial, a experimentar un anticipo del cielo aquí en la tierra. Nos llama a una relación con nuestro Creador, que continuará a través de toda la eternidad. El sábado, en realidad, es un anticipo de la eternidad. Hay mucho más por delante, pero en el sábado recibimos la primera entrega.

¿Es posible que por estar tan ocupadas, haya millones de personas que se pierdan una de las mayores bendiciones de la vida? ¿Podría ser que en nuestra frenética búsqueda de lo material, hayamos perdido lo más importante: una relación con Dios y con las personas más allegadas a

nosotros?

¿Se da usted cuenta de que Dios lo está llamando a una experiencia más profunda e íntima con él de lo que alguna vez se hubiera imaginado? Su paz sabática le está llamando. El gozo de la comunión sabática lo invita. Jesús mismo le extiende una invitación personal a adorarlo este próximo sábado: “Vengan a mí todos ustedes que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mateo 11: 28, NVI).

¿Por qué no abre su corazón a él en este preciso momento? ¿Por qué no rogarle que satisfaga la sed interior de su alma? ¿Por qué no pedirle ahora mismo que le dé un anticipo de la eternidad este sábado? ¿Por qué no pedirle en este preciso instante que abra sus ojos para descubrir una nueva belleza en una renovada comunión sabática con él?

6. Respuestas bíblicas acerca del sábado

JUAN ERA un cristiano comprometido; tanto él como su esposa eran fieles creyentes que deseaban hacer la voluntad de Dios. Cuando asistieron a una serie de conferencias sobre profecías bíblicas que yo mismo impartí, se vieron desafiados por nuevas verdades que nunca antes habían conocido. Muchas preguntas comenzaron a surgir en sus mentes, y de manera especial la del sábado bíblico. Estaban convencidos de que era la verdad de la Biblia, pero su pastor les planteó algunas cuestiones que los hicieron dudar. Parecían confundidos y necesitaban respuestas. Cuando estudiaron juntos la Biblia, su comprensión de la verdad se profundizó. Hallaron respuestas sólidas a sus preguntas. Sus dudas se disiparon y descubrieron el verdadero gozo y la bendición de la observancia del sábado.

Posiblemente usted también se haga muchas preguntas respecto al sábado bíblico. Tal vez algunos pasajes bíblicos le resulten difíciles de entender. La Biblia proporciona respuestas claras a nuestras preguntas. De hecho, a lo largo de toda la Biblia, nuestro Señor nos invita a formular preguntas y nos brinda respuestas sólidas en su misma Palabra.

Jesús declaró: “Santificalos en la verdad; tu palabra es la verdad” (Juan

17: 17, NVI). Y Pedro añade: “Santificad a Dios el Señor en vuestros corazones, y estad siempre preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros” (1 Pedro 3: 15). El apóstol Pablo le aconseja a Timoteo a usar bien “la Palabra de verdad” (2 Timoteo 2: 15). Y también el profeta Isaías afirma: “mandamiento tras mandamiento, mandato sobre mandato, renglón tras renglón, línea tras línea, un poquito aquí, un poquito allá” (Isaías 28: 10).

En otras palabras, debe asegurarse de que entiende el alcance de la enseñanza bíblica sobre un tema en particular. No construya su comprensión de una enseñanza sobre un texto oscuro, que no está lo suficientemente claro. Si quiere comprender verdaderamente lo que dice la Biblia sobre un tema específico, estudie ese tema desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Permita que el Espíritu Santo hable a su mente a través de las enseñanzas de la Escritura.

Pregúntese: ¿dónde está el peso de la evidencia en este tema? ¿Qué enseñan la mayoría de los pasajes? Nunca permita que algo que no está claro para usted eclipse lo que sí está claro. Si hay un texto que no entiende, permita que los pasajes claros de la Biblia lo expliquen. No ignore textos explícitos de la Escritura para aferrarse a algo no tan claro simplemente por defender una doctrina que le han enseñado previamente.

Aquí presentamos cuatro principios para estudiar la verdad:

1. Acérquese a la Biblia con una mente abierta y con el deseo de hacer lo que Dios le pida (ver Juan 7: 17).
2. Pídale a Dios que el Espíritu Santo trabaje en su mente para revelar la verdad (ver Mateo 7: 7, Juan 16: 13).
3. Compare cada pasaje relevante de la Escritura sobre un tema determinado (ver 1 Corintios 2: 13).
4. Ponga en práctica la verdad que Dios le va revelando y él le mostrará nuevas verdades. No espere recibir nueva verdad si no desea aplicar la que ya conoce (ver Juan 12: 35).

Cuando nos acerquemos a su Palabra con corazón sincero, él nos revelará su verdad e iluminará nuestra mente. Nos impresionará por medio de su

Espíritu Santo. Tal vez tenga preguntas, pero Dios le dará las respuestas. Al leer en las próximas páginas algunas de las preguntas más comunes y las respuestas que proporciona la Biblia, ore a Dios para que le dé sabiduría y entendimiento.

No está solo en su búsqueda de la verdad. Miles de personas más se han planteado preguntas similares y hallaron respuestas sólidas en la Palabra de Dios, por lo tanto continúe leyendo.

Preguntas más comunes en relación con la ley de Dios

¿Enseña el apóstol Pablo que los cristianos salvados por fe no tienen que guardar la ley?

Pablo enseña que los cristianos no son salvos por la fe, sino por la gracia concedida a través de la fe. La fe es la mano que toma la salvación libremente ofrecida por Jesús. La fe no conduce a la desobediencia sino a la obediencia. Pablo declara con términos precisos: “Luego, ¿por la fe, invalidamos la ley? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la ley” (Rom. 3: 31). Romanos 6: 14 agrega: “Entonces, ¿qué? ¿Vamos a pecar porque no estamos ya bajo la ley sino bajo la gracia? ¡De ninguna manera!” (NVI).

¿Es verdad que en el Antiguo Testamento la gente se salvaba guardando la ley mientras que en el Nuevo Testamento la salvación es por la gracia?

Tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, la salvación es por la gracia que proviene de la fe. Dios no tiene dos métodos de salvación. Tito 2: 11 afirma: “Porque la gracia de Dios que trae salvación, se manifestó todos los hombres” (NRV). En el Antiguo Testamento los hombres y las mujeres eran salvos por el Cristo que había de venir. Cada cordero sacrificado señalaba la venida del Mesías (ver Gén. 3: 21; Gén. 22: 9-13). En el Nuevo Testamento, los hombres y las mujeres son salvos por el Cristo que ha venido. Jesús es el único medio de salvación (ver Hech. 4: 12).

Dado que estamos bajo el nuevo pacto, ¿es realmente necesario cumplir la ley de Dios?

El nuevo pacto en realidad es el antiguo pacto. Fue dado por Dios mismo en el jardín del Edén, cuando prometió que el Mesías vendría para quebrar la esclavitud a la que Satanás había sometido a la especie humana. El nuevo pacto contiene la promesa de la redención del pecado por medio de Jesucristo. ¡Él nos salva! Él escribe los principios de la ley en nuestro corazón. El amor se convierte en la motivación para obedecer. Hay un nuevo poder en la vida (ver Heb.8: 10; Eze. 36: 26; Sal. 40: 8).

Bajo el antiguo pacto, Israel prometió obedecer los mandamientos de Dios con sus propias fuerzas. Los israelitas afirmaron: “Todo lo que Jehová ha dicho, haremos” (ver Éxo. 19: 8; 24: 3, 7). Cualquier intento de conformidad externa a la ley de Dios conduce a una frustrante derrota. Toda ley que no podemos cumplir con nuestra propia fuerza, nos condena (ver Rom. 3: 23; 6: 23). Bajo el nuevo pacto pertenecemos a un nuevo Maestro: Jesucristo. Tenemos un corazón nuevo y una nueva reputación ante Dios (ver Juan 1: 12; 2 Cor. 5: 17; Rom. 8: 1).

Puesto que Pablo afirma “que nadie los critique por cuestiones de [...] sábados” (Col. 2: 16, 17, DHH), ¿no es innecesario guardar el sábado?

Este pasaje es uno de los peor interpretados de la Biblia. Un principio de interpretación bíblica es que no debemos permitir que lo que tal vez nos resulte confuso impida que pongamos en práctica lo que sí entendemos. La enseñanza bíblica sobre el sábado es clara. Fue dada en la creación (ver Gén. 2: 1-3). Jesús lo observó (ver Luc. 4: 16). Pablo lo observó (ver Hech. 13: 42-44) y será observado en el cielo (ver Isa. 66: 22, 23). La Biblia menciona dos clases de sábados: el reposo sabático del séptimo día y los sábados anuales. El reposo del séptimo día, instituido en la creación y parte de la ley de los Diez Mandamientos, es un recordativo semanal del Creador amante y todopoderoso. El sábado anual se relaciona específicamente con la historia de Israel.

Colosenses 2: 16 y 17 afirma específicamente: “Por tanto, que nadie los critique a ustedes por lo que comen o beben, o por cuestiones tales como días de fiesta, lunas nuevas o sábados. Todo esto no es más que la sombra de lo que ha de venir” (DHH). Hebreos 10: 1 conecta la ley de las sombras con el sacrificio de animales. Ezequiel 45: 17 usa las mismas expresiones en el orden exacto que Colosenses 2: 16 y 17 y relaciona todo con los sistemas ceremoniales de fiestas y sacrificios (ofrendas de vianda, libaciones, fiestas, lunas nuevas y sábados para hacer reconciliación por la

casa de Israel).

Levítico 23: 5 al 32 analiza los sábados ceremoniales (el día de la pascua; los panes sin levadura; la gavilla mecida; los primeros frutos; las trompetas; el día de la expiación y los tabernáculos; específicamente se los llama sábados). Estos días de reposo anuales estaban íntimamente relacionados con los eventos que prefiguraban la muerte de Cristo y su segunda venida. Fueron diseñados por Dios para ser sombras o indicadores del Mesías venidero. Levítico 23: 37 usa el lenguaje de Colosenses 2: 16 y 17 para describir estos días de reposo ceremoniales.

Levítico 23: 38 distingue los sábados ceremoniales por un lado del reposo sabático del séptimo día por el otro, usando la expresión “además de los sábados del Señor”. Con la primera venida de Cristo, los días de reposo de la ley ceremonial han hallado cumplimiento. El reposo sabático del séptimo día continúa haciéndonos volver al Dios Creador. El pueblo de Dios lo guardará como señal distintiva de su relación con él (ver Apoc. 14: 12; Eze. 20: 12, 20).

¿Y qué diremos respecto a Romanos 14: 5? “Hay quienes dan más importancia a un día que a otro, y hay quienes creen que todos los días son iguales. Cada uno debe estar convencido de lo que cree” (DHH). Realmente, ¿qué diferencia marca un día?

A veces es tan útil observar lo que no dice un texto bíblico como lo que sí dice. Los versículos 5 y 6 no dicen nada acerca de la adoración del día de reposo, simplemente hablan de tener en cuenta un día. Decir que este día en particular es el día de reposo es una suposición sin fundamento alguno. Romanos 14: 1 sienta las bases de todo el pasaje indicando que el análisis se centra en “entrar en discusiones” o polémicas sobre asuntos dudosos. El reposo sabático del séptimo día apartado por Dios en la creación (ver Gén. 2: 1-3) colocado en el centro de la ley moral (ver Éxo. 20: 8-11) ¿es un asunto dudoso?

La clave de nuestro pasaje se encuentra en el versículo 6 que afirma: “El que distingue un día de otro, lo hace para el Señor; y el que no distingue el día, para el Señor no lo hace. El que come, para el Señor come, porque da gracias a Dios; y el que no come, para el Señor no come, y también da gracias a Dios”. La cuestión giraba en torno a los días de ayuno, no de reposo. Algunos judeocristianos creían que había méritos especiales en

ayunar determinados días y juzgaban a los demás según sus propias normas. Los fariseos ayunaban al menos dos veces por semana y se enorgullecían de ello (ver Luc. 18: 12). En Romanos 14 Pablo señala que ayunar o no ayunar determinado día es una cuestión de conciencia individual, no una orden de Dios.

¿Se reunían los discípulos el primer día de la semana? Ver Hechos 20: 7.

La razón de que esta reunión se mencione en el relato es porque Pablo se estaba yendo al día siguiente y obró un poderoso milagro al resucitar a Eutico de entre los muertos. Es evidente que la reunión se produjo durante la noche, en la parte oscura del primer día de la semana (ver Hech. 20: 7). En los tiempos bíblicos, la parte oscura del día precedía a la parte clara (ver Gén. 1: 5). El día de reposo se observaba desde la puesta de sol del viernes hasta la puesta de sol del sábado (ver Lev. 23: 32; Mar. 1: 32). Si la reunión se celebra durante la parte oscura del primer día de la semana, evidentemente es una reunión de sábado por la noche. Pablo se había reunido con los creyentes todo el sábado. Partiría al día siguiente, domingo, así que la reunión continuó hasta el sábado por la noche.

Al día siguiente, domingo, Pablo viajó a pie a Asón, luego zarpó a Mitilene. La traducción de la Nueva Versión Internacional (NVI) de Hechos 20: 7 también confirma que la reunión se celebró el sábado por la noche, ya que Pablo viajaba el domingo. Si Pablo consideraba que el domingo era sagrado en honor de la resurrección, ¿por qué se pasaría todo el día viajando y no adorando? El registro indica que Pablo guardaba el sábado (ver Hech. 13: 42-44; 17: 2; 16: 12, 13; 18: 4).

Guardo el domingo en honor a la resurrección de Jesús. ¿Qué tiene esto de malo? ¿No resucitó Jesús de los muertos el domingo?

Sí, por supuesto que Jesús resucitó el domingo, pero nunca nos ordenó que lo adoráramos en honor de su resurrección. Así como el servicio de comunión simboliza su muerte (ver 1 Cor. 11: 24, 26), el bautismo simboliza su resurrección (ver Rom. 6: 1-6). La resurrección de Jesús no es símbolo de la adoración en el día del sol tomado por el cristianismo del culto pagano de adoración al sol que celebran los romanos, sino que es símbolo de la hermosa ceremonia del bautismo, imagen de una nueva vida transformada por el poder del Espíritu Santo. En la tumba líquida del

bautismo, la vieja persona muere simbólicamente y es enterrada mientras que resucita a una nueva vida con Cristo.

Un día de cada siete, ¿no es suficiente? ¿Por qué poner tanto énfasis en el sábado?

Es más que una cuestión de días, es una cuestión de señorío. A través de un golpe maestro de engaño, Satanás ha obrado mediante la religión apóstata para cambiar la ley de Dios (ver Dan. 7: 25). Ha echado por tierra la verdad (ver Dan. 8: 12). Ha abierto una brecha en el muro de la verdad de Dios. Dios nos llama a reparar la brecha al observar su día de reposo (ver Isa. 58: 12, 13).

Debemos obedecer a Dios antes que a los hombres (ver Hech. 5: 29). Adorar en el séptimo día es aceptar la autoridad de nuestro Señor Creador, que ordenó que guardáramos ese día (ver Éxo. 20: 8-11). Aceptar a sabiendas un día falso de adoración es aceptar una institución iniciada y establecida por el hombre.

Celebrar el día anterior o el día siguiente a mi cumpleaños no hace que esos días sean mi cumpleaños. El cumpleaños del mundo es el sábado bíblico, el séptimo día. Es un monumento a nuestro amante Creador. Ningún otro día tiene sentido.

7. Tiempo de renovación

JONATÁN ESTABA PERPLEJO. Le habían puesto un examen final el sábado. Ir a hacerlo iba en contra de su conciencia, así que concertó una cita con su profesor, le explicó su situación y le pidió una oportunidad para examinarse en otra fecha. El profesor se negó rotundamente. Le explicó que no había excepciones. Si le permitía a Jonatán hacer el examen en otro momento estaría abriendo la puerta para que otros pudiesen presentar cualquier excusa. Jonatán solo tenía dos opciones: presentarse al examen y aprobar la materia o no presentarse y suspenderla.

Obviamente, Jonatán no quería perder todo el semestre. No le

entusiasma la idea de volver a tomar la materia en el verano, así que oró fervientemente para que Dios abriera la puerta y pudiese examinarse otro día que no fuese sábado.

El sábado del examen, por la mañana, Jonatán caminó tranquilamente hasta la iglesia, creyendo que Dios honraría su confianza. Hay veces en que Dios actúa de forma poderosa y milagrosa para demostrar su grandeza. Después del examen, cuando el profesor se dirigía a su casa llevando en su maletín los exámenes de los demás alumnos, lo asaltaron. Lo único que le quitaron fue el maletín. El profesor no sufrió daños, pero su maletín, con todos los exámenes, desapareció para siempre.

Puesto que faltaban pocos días para la graduación, el rector de la facultad hizo un anuncio sorprendente: Todos los alumnos de la clase obtendrían un aprobado en el examen. La puntuación final sería el promedio de las pruebas anteriores. Jonatán estaba sobrecogido de gratitud al Dios que había escuchado su oración y honrado su fe.

Dios bendice la fidelidad

La promesa de Dios es tan cierta hoy como lo fue para sus seguidores fieles en los tiempos bíblicos. Nuestro Señor declara: “Porque yo honro a los que me honran, y los que me desprecian serán tenidos en poco” (1 Samuel 2: 30). Las palabras de la Escritura resuenan a través de los siglos y nos hablan con la misma fuerza hoy. No son menos ciertas que cuando fueron escritas, hace miles de años.

“Las [...] bendiciones vendrán sobre ti y te alcanzarán, si obedeces la voz del Señor, tu Dios” (Deuteronomio 28: 2, NRV). Dios promete sus más ricas bendiciones a los que le obedecen. Esto es especialmente cierto para los que se comprometen a guardar el reposo sabático del séptimo día cada semana. En la creación “Dios bendijo el séptimo día y lo santificó” (Génesis 2: 3). Lo que Dios bendice, es bendito para siempre (ver 1 Crónicas 17: 27). Puesto que la bendición eterna de Dios está en el séptimo día, somos ricamente bendecidos cuando lo guardamos (ver Isaías 56: 2).

Esto nos lleva a algunas preguntas específicas: ¿Cómo se guarda el sábado? ¿Hay actividades incompatibles con el sábado? ¿Puede haber algo que destruya nuestra bendición sabática? ¿Cuál es el propósito de Dios para el sábado?

Dios no nos da una lista de actividades “para hacer” o “dejar de hacer” durante el sábado. No define minuciosamente cada detalle de la observancia del sábado, pero sí nos da principios para su adecuada observancia. Estos principios nos guían, determinan nuestra experiencia sabática. Cuando buscamos a Dios en oración y le entregamos nuestra voluntad, el Espíritu Santo nos guía a una rica experiencia en la observancia del sábado. Percibimos su presencia y experimentamos su amor cada sábado.

Examinemos tres principios bíblicos que nos guiarán en nuestra observancia del sábado.

PRINCIPIO N° 1 - El sábado es un día dedicado a adorar a nuestro Creador.

La esencia de la observancia del sábado es la adoración. En sábado, con toda la hueste celestial, proclamamos con júbilo: “Señor, digno eres de recibir la gloria, la honra y el poder, porque tú creaste todas las cosas, y por tu voluntad existeny fueron creadas” (Apocalipsis 4: 11).

Fuimos creados por un Dios amante y cada sábado le agradecemos el don de la vida al adorarlo como Creador. Según Levítico 23: 3: “Seis días se trabajará, pero el séptimo será de descanso, santa convocación”. El sábado debe ser dedicado a celebrar una “santa convocación”, una reunión sagrada del pueblo de Dios para adorar y alabar.

Para Jesús, el sábado era un día de comunión con Dios en adoración. Cuando el pueblo de Dios se reúne para entonar alabanzas a su nombre, estudiar su Palabra, buscarlo en oración y estar en comunión unos con otros, es ricamente bendecido. Cada sábado Jesús dejaba sus herramientas en el taller de carpintería de José para asistir al culto en la sinagoga. La adoración sabática era importante para él. Su “costumbre” o “práctica” era alabar a su Padre celestial, meditar en su Palabra y estar en comunión con su pueblo cada sábado.

Los cristianos del Nuevo Testamento se reunían cada sábado para renovar sus fuerzas espirituales y alentarse mutuamente.

Jesús dijo: “conocerán la verdad y la verdad los hará libres” (Juan 8: 32). La verdad acerca de la adoración sabática nos libera de la carga incesante del trabajo continuo. Cada sábado nuestro Dios todopoderoso y Creador

nos recuerda que nuestro valor intrínseco no depende de cuánto realicemos. Se nos llama del trabajo a la adoración.

Millones de personas hallan su identidad en lo que hacen. Su trabajo los define. Pero el sábado nos invita a encontrar nuestro verdadero valor no en lo que hacemos, sino en lo que somos. El sábado es un recordativo semanal que nos lleva a aprender cuál es nuestro valor eterno a la vista de Dios.

Durante la Revolución Francesa, con el surgimiento de la así llamada Edad de la Razón, los franceses adoptaron el “calendario republicano francés” o “calendario revolucionario francés”. Este calendario, que estuvo en vigor en Francia durante doce años [desde 1793 hasta 1805], erradicó el ciclo semanal de siete días, abolió la adoración y creó una semana de diez días. Todos los obreros trabajaban nueve días y descansaban el décimo.

Napoleón Bonaparte abolió el uso oficial de este calendario revolucionario francés con su semana de diez días y demandó que Francia volviera al ciclo semanal de siete días. A los obreros franceses les costaba adaptarse a aquel calendario de nueve días de trabajo y uno de descanso, porque hay un ritmo natural en el ciclo semanal que nos lleva a descansar y a adorar a nuestro Creador. Ignorar este ciclo dado en la creación simplemente nos hace vulnerables al agotamiento físico, mental y emocional. Dios nos creó para sí. Fuimos hechos como seres de adoración. El compromiso de santificar el sábado marca una diferencia enorme en nuestra vida.

He viajado a más de setenta países compartiendo a Jesús y las verdades de su Palabra, lo cual me ha permitido ver a miles de personas adoptar la postura de seguirle y observar el sábado consagrándoselo a él. Muchas de estas personas han tenido que pasar por verdaderas pruebas para guardar el sábado. Algunos han sido amenazados con la pérdida de sus trabajos, pues sus empleadores rotundamente les decían que si no se presentaban a trabajar el sábado serían despedidos. Una y otra vez he visto que Dios obra milagros.

Experiencias sobre la observancia del sábado

Sandra trabajaba en una oficina de correo en Illinois, Estados Unidos. Aunque tenía bastante antigüedad en la oficina, su supervisor la amenazó con la pérdida del empleo si no trabajaba en sábado. Empezamos a orar

fervientemente por Sandra, reclamando la promesa de Cristo en Mateo 6: 33 y 34: “Busquen primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas les serán añadidas. Por lo tanto, no se angustien por el mañana” (NVI). Milagrosamente, el supervisor de Sandra revirtió su decisión inicial. Ella conservó su trabajo y consiguió librar los sábados.

Rodger cerraba su negocio en sábado. Como obtenía casi el treinta por ciento de sus ganancias ese día, sus amigos pensaban que estaba loco, que había perdido la cabeza. Colocó un cartel en la ventana del negocio que decía: “Cerrado por el sábado bíblico”. Las primeras semanas fueron duras. Las ventas cayeron pero, de modo sorprendente, subieron de nuevo poco a poco. Rodger reclamó la promesa: “Dios les dará a ustedes todo lo que les falte” (Filipenses 4: 19, DHH). Descubrió que Dios era fiel.

La cuestión de trabajar en sábado tiene que ver con la confianza. ¿Confiamos lo suficiente en Dios para poner nuestra vida enteramente en sus manos? ¿Creemos que se preocupará por nosotros si le somos fieles?

La decisión de no trabajar en sábado es extremadamente difícil para mucha gente. Tenemos hipotecas, alquileres mensuales, cuotas del auto, cuentas de la tarjeta de crédito y una gran cantidad de gastos que debemos pagar. Dios no siempre nos ofrece un trabajo mejor con un salario más elevado, pero cuando decidimos ser fieles a él, siempre satisface nuestras necesidades y bendice nuestra vida. Siempre nos llena de una gran satisfacción interior cuando hacemos lo que es correcto. El honor de su trono está detrás de las promesas que ha hecho.

PRINCIPIO N° 2 - El sábado es un día exclusivamente apartado para la renovación física, mental y espiritual.

Los israelitas se apartaron de Dios cuando profanaron el sábado. En los días del profeta Nehemías, las actividades comunes de la vida desplazaban la sacralidad del sábado. Los israelitas estaban influenciados por sus vecinos paganos. En Nehemías 13: 15 se describe la escena. El profeta estaba preocupado, porque el sábado de Dios se había convertido en un día común y corriente. El día de nuestro Creador, apartado para la renovación espiritual, física y mental, se había convertido en un día de faenas agotadoras. El día de liberación de la esclavitud había degenerado en un “asunto de todos los días”, de compra y venta, de trabajo y ganancias. Nehemías no pudo mantenerse callado. Sus palabras resonaron por las calles de Jerusalén: “Censuré la actitud de los nobles de Judá, y les dije:

‘¡Ustedes están pecando al profanar el día sábado!’” (Nehemías 13: 17, NVI). El principio es claro: cuando nos volvemos tan absortos en lo terrenal que nos olvidamos de lo eterno, profanamos el sábado.

El libro de Isaías añade esta aclaración: “Respetar el sábado; no te dediques a tus negocios en mi día santo. Considera este día como día de alegría, como día santo del Señor y digno de honor; hónralo no dedicándote a tus asuntos, ni buscando tus intereses y haciendo negocios. Si haces esto, encontrarás tu alegría en mí” (Isaías 58: 13, 14, DHH). En otras palabras, seremos abundantemente bendecidos.

Cuando me hice cristiano jugaba al baloncesto en un equipo de escuela secundaria de Norwich, Connecticut. Nuestro equipo se clasificó para el campeonato de Nueva Inglaterra, lo cual era algo interesante para un grupo de muchachos adolescentes de una ciudad pequeña. El torneo estaba programado de jueves a domingo en Springfield, Massachusetts, lo que significaba tener que jugar todo el sábado y por supuesto perderme el culto. Hacía poco tiempo que había comenzado a comprender el significado del sábado bíblico y a asistir a la iglesia en sábado. Para mí transgredir el sábado era ser desobediente a Cristo, porque constituía un símbolo de mi lealtad al Dios que servía. Me enfrenté a una decisión difícil: ¿Debería quedarme en casa y guardar el sábado o viajar con el equipo y hacer lo que quería hacer? Mi mente comenzó a racionalizar: ¿Qué tiene de malo jugar solo esta vez? Pero en lo profundo de mí sabía que viajar a disputar el torneo y transgredir el sábado del Señor sería ir contra mi conciencia.

Tenía muchas ganas de ir pero una pregunta continuaba retumbando en mi mente: ¿Qué es más importante, el baloncesto o Jesús? En mi angustia llamé a una piadosa cristiana que se había convertido en una especie de mentora espiritual para mí. Esta mujer de fe era una diligente estudiosa de la Biblia. Cuando le pedí consejo, me habló en términos muy sencillos: “Mark, sé fiel a Jesús”. Basado en su consejo y en mi convicción interior, tomé la decisión de no ir al torneo. Parecía que acababa de arruinar mis posibilidades de viajar, de dormir en un hotel, de comer en restaurantes y de ver el mundo.

Al volver la vista atrás sobre esta experiencia tengo que sonreír. En mi vida he tenido la oportunidad de viajar alrededor del mundo compartiendo el amor y la verdad de Dios. He sentido la increíble emoción de ver cómo las personas se acercan a Cristo desde Montreal hasta Moscú, desde Rusia hasta Ruanda, desde Chile hasta China. Dios me ha enriquecido

inmensurablemente desde que hice esa entrega inicial. Renunciar a mis sueños me permitió seguir los sueños de Dios para mí. Tal vez pensemos que estamos haciendo enormes sacrificios para seguir a Dios, pero él nos da mucho más a cambio. El apóstol Pedro le dijo a Jesús: “Nosotros lo hemos dejado todo lo que teníamos y te hemos seguido” (Marcos 10: 28, DHH). Casi podemos escuchar a Pedro preguntándose en voz alta: “¿Qué recibiremos a cambio?” Jesús le dio una respuesta sorprendente: “Les aseguro que cualquiera que por mi causa y por aceptar el evangelio haya dejado casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o terrenos, recibirá ahora en la vida presente cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y terrenos, aunque con persecuciones; y en la vida venidera recibirá la vida eterna” (Marcos 10: 28-30, NVI).

En otras palabras, Jesús dice: “Sí, habrá cambios si me entrega su vida, pero por cualquier cosa a la que renuncie le daré cien veces más en bendiciones”. Cuando tomamos la decisión de seguir a Jesús, él promete suplir nuestras necesidades y llenar nuestra vida de gozo, paz, perdón, poder, contentamiento, satisfacción y propósito. Por cierto, puedo dar testimonio de que Dios cumple fielmente su palabra.

Una de las grandes bendiciones que Dios nos da es el reposo del sábado. ¿Cómo podemos ponerle precio al descanso físico, mental y espiritual que nos da Jesús cuando guardamos su sábado? No tiene precio la bendición del reposo para mí. Este tiempo de reposo espiritual es una parte esencial de mi vida, me aporta energías para afrontar mi ajetreada agenda. Me ha ayudado a fortalecer el vínculo con mi familia.

Esto nos lleva al tercer principio bíblico en lo que respecta al sábado.

PRINCIPIO N° 3 - El sábado es un día para entablar relaciones más estrechas con nuestros familiares y amigos, y bendecir a los que nos rodean al servirlos.

Permita que su mente se remonte en el tiempo a través de los milenios a la belleza y la magnificencia del Edén. El sexto día Dios creó a Adán y a Eva. La Biblia registra: “Y vio Dios todo cuanto había hecho, y era bueno. Y fue la tarde y la mañana del sexto día” (Génesis 1: 31). No había pecado, enfermedades, sufrimiento ni muerte en el esplendor de aquel jardín. Como Dios es amor y nosotros somos creados para amar, les dio a nuestros primeros padres un regalo de amor: el sábado (ver 1 Juan 4: 8; Génesis 2: 1-3). El primer día completo que Adán y Eva pasaron juntos fue el sábado.

Sus primeros momentos íntimos para compartir y comunicarse fueron en sábado. El sábado es un día que fortalece las relaciones. El Señor nos da tiempo para pasarlo con él y para estar unos con otros. El sábado es un día para conocernos mejor, para fortalecer nuestra relación con Dios y con nuestros seres queridos.

¿Alguna vez ha sentido que la semana se pasa volando y que el tiempo para la familia queda desplazado? Algunos estudios indican que los padres dedican menos de dos horas por semana a estar personalmente con sus hijos. Cada semana el sábado nos recuerda lo que realmente importa.

El dramaturgo judío Herman Wouk no puede vivir sin el sábado. Lo describe como una isla de paz en el caos de la sociedad de Broadway. A la puesta de sol del viernes deja el estrés del teatro con el frenesí de la noche del estreno de pocas horas atrás. Cuando llega a casa recibe el abrazo de su esposa y las sonrisas de sus hijos, y se rodea de relaciones afectuosas. Las velas están encendidas. La mesa está puesta. La familia unida come y comparte. Los niños hacen preguntas y el mundo de la industria del espectáculo queda en el olvido. Cuando Wouk regresa al teatro el sábado por la noche, tras la puesta del sol, no ha cambiado nada allí, pero él sí ha cambiado. Su sábado relajante y restaurador lo ha acercado más a su Dios y a su familia.¹

Un colega le comentó a Wouk después de que este regresara al teatro un sábado por la noche: “No envidio tu religión, pero envidio tu sábado”.² ¡Quién no quisiera pasar un día entablando mejores relaciones con sus seres queridos!

Para Jesús, el sábado tenía que ver con las relaciones, con el servicio; precisamente por eso obró numerosos milagros en sábado y reveló la compasión del Padre a la humanidad sufriente. Cuando los dirigentes religiosos judíos lo criticaron por realizar actos de sanidad en sábado, él comentó: “Está permitido hacer el bien en sábado” (Mateo 12: 12). El sábado es un día para hacer el bien. ¿Una vecina está enferma? Llévelo un tazón de sopa caliente. ¿Acaba de enterarse de que un amigo está desanimado? Llámelo por teléfono para levantarle el ánimo. ¿Se ha dado cuenta de que el viudo que baja por la calle está solo? Invítelo a almorzar.

El sábado recordamos a nuestro Creador. No hay mejor lugar para hacerlo que al aire libre, en la naturaleza. Durante años mi esposa y yo pasamos muchas tardes de sábado caminando cuando nuestros hijos estaban

creciendo. Incluso ahora, aunque nuestros hijos ya son adultos y están casados, mi esposa y yo a menudo disfrutamos de la naturaleza. Gozamos compartiendo juntos las bellezas de la naturaleza. Caminar por los senderos cerca de nuestra casa, escuchar el canto de los pájaros, ver un ciervo de tanto en tanto, oler el aroma fragante de las flores silvestres, relaja nuestro cuerpo cansado y eleva el espíritu para una nueva semana. El sábado no es aburrido; es vivificante. El sábado no es una carga; es una bendición.

El sábado es mucho más que un deber; es un placer. Si no ha experimentado el gozo tonificante de la adoración sabática, ¿por qué no comienza esta semana? Si no ha entrado en la paz del “reposo sabático”, ¿por qué no comienza ahora? Si le gustaría tener una relación más estrecha con sus seres queridos y amigos, la experiencia sabática le aguarda. El sábado no es simplemente algo para debatir; es un gozo para experimentar. ¿Por qué no experimentar las bendiciones del sábado por usted mismo? Con los brazos abiertos, Jesús dice: “Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados, y yo les daré descanso” (Mateo 11: 28, NVI).

1. Herman Wouk, *This Is My God* [Este es mi Dios] (Nueva York: Back By Books, 1992), págs. 45, 46.

2. *Ibid.*, pág. 46.

8. La estrategia del enemigo

HACE UNAS SEMANAS estaba en casa echándole un vistazo a los canales de televisión mientras hacía tiempo para ver las noticias en la CNN cuando un documental titulado “La magia sin secretos” captó mi atención. Los magos basan sus trucos en la ilusión. Lo que vemos no es la realidad. Quizá nos parezca real, pero lo cierto es que no son más que trucos de magia. A usted le parece que el mago corta al medio a la hermosa muchacha pero, por supuesto, se trata de una ilusión.

Uno de los trucos más antiguos es atravesar con una espada el estómago de la ayudante del mago. La espada parece real y para probar su autenticidad, el mago trata de doblarla a la vista de todos. Después corta una manzana

por la mitad y toca el filo de la cuchilla. Cuando las luces se van atenuando, el volumen de la música aumenta. El dramatismo se intensifica. La audiencia está en silencio absoluto. Entonces, con un rápido movimiento, el mago desliza la espada a través del precioso cuerpo de la modelo.

El documental revela lo que realmente sucede. Cuando la atenta mirada de los espectadores se dirige del mago a la modelo mientras las luces se atenúan, otro asistente le pasa rápidamente una segunda espada, que tiene un filo dúctil, muy flexible. Cuando parece que el mago clava la espada en el estómago de su colega, esta no pasa por su cuerpo en absoluto. El filo flexible viaja alrededor del cuerpo por un tubo especialmente diseñado como un cinturón y luego sale de su espalda dando la impresión de que le ha atravesado el cuerpo. Toda la escena es una ilusión. El mago finge atravesar la espada por el cuerpo de la modelo; ella finge hacer una mueca de dolor. Pero todo es simulado.

David Copperfield es uno de los más grandes ilusionistas de todos los tiempos. Realiza más de quinientos espectáculos al año alrededor del mundo. Entre sus trucos de magia se cuentan hacer desaparecer la estatua de la libertad, levitar sobre el Gran Cañón del Colorado y atravesar caminando la Gran Muralla China.¹ La revista *Forbes* informó que de 2003 a 2005 Copperfield ganó más de 150 millones de dólares.² Evidentemente, millones de personas están dispuestas a pagar mucho dinero por ser engañadas.

Pero David Copperfield no le llega ni a la suela del zapato al mayor engañador de todos: Satanás, el maestro ilusionista. Él “no ha permanecido en la verdad [...] pues es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8: 44). En el perfecto entorno del cielo el diablo fue tan astuto que engañó a un tercio de todos los ángeles (Apocalipsis 12: 11). En el Edén, sus actos de magia engañaron a Adán y a Eva. A lo largo de los siglos el diablo ha usado sus ilusiones engañosas para llevar por mal camino a millones de personas. Su mayor engaño es la ilusión. Hace creer que algunas cosas son ciertas, aunque no lo son. Usa el engaño, la falsedad y la traición para alcanzar sus fines.

Sus mayores engaños son los religiosos. El diablo toma la falsedad y la disfraz de verdad. Hace que sus mentiras parezcan ciertas. Confunde la mente disfrazando hábilmente las prácticas paganas de vestiduras religiosas. Cuanto más se asemeje el error a la verdad, más poderosos serán sus engaños.

El último libro de la Biblia, el Apocalipsis, desenmascara los planes del enemigo, revela sus engaños, expone sus mentiras, quita la máscara de la ilusión.

La verdad y la falsedad

El Apocalipsis nos permite ver con claridad. Esto es especialmente cierto en el simbolismo de las dos mujeres descritas en los capítulos 12 y 17: la mujer vestida del sol y la mujer vestida de púrpura y escarlata. En ningún lugar del Apocalipsis la verdad y el error son presentados con un contraste tan agudo como en estos dos capítulos. Con los símbolos de la mujer vestida del sol y de la mujer escarlata, Juan describe gráficamente dos sistemas religiosos: uno verdadero y otro falso.³

Juan, el revelador, describe uno de los momentos más significativos de la historia de la humanidad: “Apareció en el cielo una gran señal: una mujer vestida del sol, con la luna debajo de sus pies y sobre su cabeza una corona de doce estrellas. Estaba encinta y gritaba con dolores de parto, en la angustia del alumbramiento” (Apocalipsis 12: 1, 2).

Según la Escritura, este hijo había de gobernar a todas las naciones con vara de hierro. Finalmente, fue “arrebatao para Dios y para su trono” (Apocalipsis 12: 5). Obviamente, esta es una descripción de Jesús.

La Biblia dice que esta mujer se para sobre la luna. Así como la luna refleja la gloria del sol, la iglesia del Antiguo Testamento refleja la gloria del evangelio que resplandece en Jesús. Cuando la dispensación del Antiguo Testamento se desvaneció, la iglesia del Nuevo Testamento, vestida con la gloria de Cristo, se levantó en todo su esplendor. La corona de doce estrellas que lleva la mujer en su cabeza significa que la iglesia del Nuevo Testamento sería guiada por doce apóstoles divinamente inspirados. Este es un cuadro de la verdadera iglesia de Dios, vestida con la justicia de Cristo, guiada por administradores espirituales y anclada en las Escrituras. ¡Qué símbolo hermoso de la iglesia pura y verdadera, no adulterada por las tradiciones humanas, no contaminada por doctrinas humanas, basada únicamente en la Palabra de Dios!

No obstante, el cuadro cambia drásticamente en el capítulo 17 del Apocalipsis. La visión de Juan en este capítulo contrasta con la del capítulo

12:

“Me llevó en el Espíritu al desierto, y vi a una mujer sentada sobre una bestia escarlata llena de nombres de blasfemia, que tenía siete cabezas y diez cuernos. La mujer estaba vestida de púrpura y escarlata, adornada de oro, piedras preciosas y perlas, y tenía en la mano un cáliz de oro lleno de abominaciones y de la inmundicia de su fornicación. En su frente tenía un nombre escrito, un misterio: «Babilonia la grande, la madre de las rameras y de las abominaciones de la tierra» (Apocalipsis 17: 3-5).

Esta mujer adornada con joyas hace circular la copa de vino de sus falsas doctrinas y el mundo se emborracha. Es una ramera que ha dejado a su verdadero esposo, Jesucristo. En Apocalipsis capítulo 12, el apóstol Juan describe la verdadera iglesia y en el capítulo 17 describe la iglesia falsa. Esta mujer apóstata y corrupta es la “madre de las rameras”, en otras palabras, tiene muchas hijas o iglesias que se han emborrachado con el vino de su falsa doctrina y también se han descarriado.

La historia de estas dos mujeres —una vestida del sol y la otra de púrpura y escarlata— es la asombrosa saga del conflicto entre el bien y el mal, entre la verdad y el error, entre la Palabra de Dios y la tradición humana.

En el libro de Apocalipsis se describe una gran guerra que tuvo lugar hace miles de años en el cielo: “Entonces hubo una guerra en el cielo: Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón. Luchaban el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él” (Apocalipsis 12: 7-9).

En esta gran guerra que tuvo lugar en el cielo, Satanás engañó a la tercera parte de los ángeles. Apocalipsis declara: “Su cola arrastró la tercera parte de las estrellas del cielo, y las arrojó sobre la tierra” (Apocalipsis 12: 4). Satanás es un mentiroso, un engañador. Tras ser arrojado a la tierra, les mintió a Adán y a Eva en el jardín del Edén. De hecho, dijo: “Eva, puedes comer de ese árbol, ten por seguro que no morirás. Todos los árboles del huerto son iguales. No hay diferencia entre comer de este árbol o de otro”. Jesús lo expuso claramente cuando dijo de Satanás: “Cuando, habla mentira [...], pues es mentiroso y padre de mentira” (Juan 8: 44).

La Biblia enseña que hay dos grandes sistemas religiosos: uno está

centrado en Jesús, que es “el camino, la verdad y la vida” (Juan 14: 6). Está sólidamente basado en las enseñanzas de la Escritura. Por consiguiente, en Apocalipsis 12, la verdadera iglesia es descrita como una mujer vestida del sol. Sus doctrinas son puras; ella es leal a su verdadero Amo. No ha traicionado la verdad. La verdad y el error, como agua y aceite, no pueden mezclarse y no lo harán. Dios está buscando una iglesia que no mezcle la verdad con el error. Está buscando un pueblo que viva en armonía con la verdad de su Palabra. La mujer vestida del sol de Apocalipsis 12 representa a la iglesia de Dios en la tierra, verdadera y visible, a su pueblo fiel a través de las edades, que no ha traicionado la doctrina bíblica.

Además de la mujer vestida del sol, la Biblia presenta a una mujer escarlata con una copa de vino en la mano, que simboliza las falsas doctrinas. Es la gran iglesia madre apóstata, y muchas iglesias han bebido de su vino. La Biblia dice que se sienta sobre una bestia escarlata, que representa un sistema político (ver Daniel 7: 17, 23).

Esta iglesia falsa, adornada de escarlata y púrpura, es la madre de las prostitutas. Ha dejado a su verdadero esposo, Jesús, y ha puesto las tradiciones humanas y los decretos de los concilios eclesiásticos por encima de la Palabra de Dios. Es una adúltera en el sentido de que ha traicionado las enseñanzas bíblicas. Es la gran iglesia madre, y junto con ella hay otras iglesias que también han dejado las verdaderas doctrinas bíblicas.

Un gran misterio

Prestemos atención a Apocalipsis 17: 5: “En su frente tenía un nombre escrito, un misterio: Babilonia la grande”. Para comprender el capítulo 17 del Apocalipsis primero debemos entender esta expresión: “Babilonia la grande”. El sistema eclesiástico de Apocalipsis 17 imparte enseñanzas y doctrinas que son muy similares a las paganas de la Babilonia del Antiguo Testamento. Por más asombroso que parezca, es así.

En el Antiguo Testamento el pueblo de Dios —Israel— estaba en constante conflicto con las fuerzas opositoras de Babilonia. En los tiempos del Nuevo Testamento, la iglesia cristiana se convirtió en el Israel espiritual. Por medio del apóstol Pablo, el Señor dice: “Y si ustedes pertenecen a Cristo, son la descendencia de Abraham y herederos en virtud de la promesa” (Gálatas 3: 29, NVI). La mujer vestida del sol representa al

verdadero Israel espiritual, a los verdaderos seguidores de Cristo. De nuevo, el Señor dice: “Lo exterior no hace a nadie judío [...] El verdadero judío lo es interiormente” (Romanos 2: 28, 29, NVI). Los individuos de cualquier nacionalidad que aceptan a Jesús y sus doctrinas se convierten en sus verdaderos seguidores. Llegan a ser su pueblo elegido, así como Israel era su pueblo elegido en los tiempos del Antiguo Testamento.

El reino de Babilonia estableció un falso sistema de adoración. Del mismo modo, la Babilonia espiritual de Apocalipsis representa la adoración falsa. La Babilonia espiritual continúa los principios de la Babilonia literal del Antiguo Testamento en sus prácticas religiosas.

¿Quién es la mujer escarlata? ¿Qué principios de la Babilonia del Antiguo Testamento ha copiado? Apocalipsis 17: 2 la describe cometiendo fornicación con los reyes de la tierra. La fornicación es una unión ilícita. “Los habitantes de la tierra se han embriagado con el vino de su fornicación” (versículo 2). Por lo tanto, el cuadro de Apocalipsis de una mujer sobre una bestia escarlata representa la unión de la iglesia y el estado. El énfasis aquí es el predominio de la iglesia sobre los poderes del estado. La mujer escarlata (el sistema eclesiástico caído) se sienta sobre la bestia o la domina (poderes del estado). La Biblia predijo que esta iglesia falsa, al repartir su copa de vino, haría que multitudes bebieran de estas doctrinas falsas, que representan la aceptación del error en lugar de la verdad.

La Biblia muestra que hay dos sistemas básicos de religión: el sistema verdadero, esbozado en Apocalipsis 12, y el sistema falso, bosquejado en Apocalipsis 17. Es cierto que no todos los que se encuentran en los registros de la iglesia verdadera serán salvos, pues hay algunos que no tienen una experiencia real con Jesús. Un rótulo denominacional no salva a nadie. La Biblia también dice que hay muchos en la iglesia falsa que conocen a Jesús y lo aman, pero no saben toda la verdad revelada para la última hora de esta tierra. Dios está intentando conducir a cada hombre, mujer y niño del sistema falso al sistema verdadero.

Fijémonos cuidadosamente en lo que está escrito en la frente de la mujer escarlata: “Babilonia la grande” (versículo 5). Después del diluvio, los malvados desafiaron a Dios, desobedecieron su palabra, establecieron su propia religión y erigieron la torre de Babel. Fue allí donde Dios confundió sus lenguas. La ciudad de Babilonia posteriormente fue construida en el lugar de la torre de Babel. El nombre “Babilonia” proviene de una palabra

hebrea que significa “confusión”, en clara alusión a la confusión de lenguas que se produjo en Babel.

Con respecto a la mujer simbólica, Babilonia, que se sienta sobre la bestia escarlata, Robert Jamieson, A. R. Fausset y David Brown dicen en su comentario bíblico: “El estado y la iglesia son regalos preciosos de Dios. Pero el estado, al ser profanado[...] asume *la forma de bestia*; la iglesia que apostata se convierte en la *ramera*”(la cursiva es nuestra).⁴

Analicemos algunas características de la Babilonia espiritual.

Un sistema humano

Regresemos al Antiguo Testamento y busquemos cinco características identificativas de Babilonia. En Génesis 10: 8 al 10, la Biblia narra el origen de la ciudad de Babilonia: “Cus fue padre de Nemrod, que llegó a ser el primer guerrero sobre la tierra. Él fue un valiente cazador delante del Señor [...] Babilonia, Erec y Acad fueron el núcleo inicial de su reino”. El fundador de Babel (posteriormente llamada Babilonia) fue un rebelde contra Dios que encabezó el establecimiento de un sistema contrario a Dios.

En los días de Daniel, Nabucodonosor afirmó de manera jactanciosa: “¿No es esta la gran Babilonia que yo edificué para casa real con la fuerza de mi poder y para gloria de mi majestad?” (Daniel 4: 30). Como Lucifer antes que él, Nabucodonosor tenía un problema con el “yo”. La Babilonia espiritual es un sistema religioso establecido por el hombre con un dirigente terrenal y humano que sustituye el liderazgo de Cristo por el suyo propio.

La verdadera iglesia de Dios conduce a hombres y mujeres a Jesucristo como su única cabeza. El falso sistema conduce a hombres y mujeres a dirigentes espirituales humanos en lugar de recurrir a Jesús como único gran Sumo Sacerdote. Al hablar de Jesús, la Biblia dice: “Él es también la cabeza del cuerpo que es la iglesia, y es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia” (Colosenses 1: 18).

La Biblia dice que la verdadera iglesia de Dios no tiene una cabeza terrenal, sino más bien una celestial. Alguien ha dicho: “La verdadera iglesia de Dios es la única organización tan grande que tiene su cuerpo

sobre la tierra, pero su cabeza está en el cielo”. La verdadera iglesia de Dios resalta a Jesús ante los seres humanos como el único que puede perdonar sus pecados y librarlos de la esclavitud del pecado. La Babilonia espiritual del Apocalipsis es un sistema religioso terrenal basado en la tradición humana y que cuenta con un dirigente humano. Resumamos: las dos primeras características del falso sistema religioso de Babilonia son: (1) aceptar la tradición por encima de las verdades de la Palabra de Dios y (2) tener una cabeza humana, terrenal, de la iglesia, en vez de Cristo.

Un sistema centrado en la adoración de imágenes

Observemos una tercera característica de la antigua Babilonia: es la fuente de la idolatría. Solo cuando entendamos cómo era la Babilonia del Antiguo Testamento podremos entender quién es la Babilonia espiritual y aceptar el llamado de Dios a salir de ella. El Dr. Alexander Hislop afirma: “Babilonia fue la fuente primaria de la que fluyeron todos estos sistemas de idolatría”.⁵

En el Antiguo Testamento, Babilonia era un centro de adoración de imágenes. Los grandes templos de Babilonia estaban llenos de imágenes de dioses ante los que los adoradores paganos se inclinaban con reverencia. El santuario de Dios en Jerusalén no tenía imágenes. En la iglesia cristiana del Nuevo Testamento, se instruyó a los creyentes a adorar a Cristo directamente. No había adoración por medio de imágenes.

La Biblia expone contundentemente: “No te hagas ningún ídolo, ni nada que guarde semejanza con lo que hay arriba en el cielo, ni con lo que hay abajo en la tierra, ni con lo que hay en las aguas debajo de la tierra.⁵ No te inclines delante de ellos ni los adores. Yo, el Señor tu Dios” (Éxodo 20: 4, 5, NVI).

La instrucción de la Escritura es clara: si se introducen imágenes en la adoración, es muy probable que estas sean consideradas sagradas y reciban el homenaje que se le debe solo a Dios. La historia testifica que esto ha ocurrido repetidamente. Las imágenes han sido reverenciadas y besadas; las reliquias han sido consideradas santas y las estatuas abrazadas como dioses.

Dios pretendía que el sistema religioso verdadero condujese a hombres y mujeres a adorarle directamente a él, sin el uso de imágenes, permitiendo

que su Espíritu Santo impresionara sus mentes. Babilonia los conduciría a seguir las tradiciones de los hombres, a darle la preeminencia a la autoridad terrenal, a incorporar imágenes en su adoración.

El culto a los antepasados

Hay una cuarta característica identificativa de la antigua Babilonia que también se aplica a la Babilonia espiritual: el concepto de que el alma es inmortal y sobrevive después de la muerte. En Ezequiel 8: 13 la Biblia dice: “Ya los verás cometer mayores atrocidades” (NVI), es decir, mayores abominaciones que adorar ídolos. El versículo 14 agrega: “Luego me llevó hasta la entrada del templo del Señor, la puerta da hacia el norte. Allí estaban unas mujeres sentadas, que lloraban al dios Tamuz” (NVI). ¿Quién era Tamuz y por qué lloraban esas mujeres?

Tamuz era el dios babilonio de la vegetación. Los babilonios creían que cuando la primavera cedía el paso al verano y el calor del verano quemaba los cultivos, Tamuz moría, así que lloraban y oraban para que pudiese regresar del inframundo.

El concepto de que el alma es inmortal no proviene de la Biblia, sino que se introdujo en la iglesia cristiana a través de las creencias babilónicas. Sus raíces están en Babilonia, aunque la doctrina se desarrolló plenamente en la filosofía griega. Las siguientes citas describen con claridad el origen de la doctrina pagana de la inmortalidad del alma. La primera es de Amos Phelps, un pastor metodista que vivió de 1805 a 1874:

“Esta doctrina puede remontarse a través de los canales turbios de un cristianismo corrupto, un judaísmo pervertido, una filosofía pagana, una idolatría supersticiosa, al gran instigador de problemas en el jardín del Edén. Los protestantes la tomaron de los católicos, los católicos de los fariseos, los fariseos de los paganos, y los paganos de la antigua Serpiente, que predicó primero la doctrina en medio de las humildes especies del Paraíso a una audiencia demasiado dispuesta a escuchar y prestar atención a la nueva y fascinante teología: ‘No moriréis’”.⁶

Escuchemos esta declaración de Justino Mártir, un dirigente de la iglesia primitiva que murió en el año 165 d.C.: “Si ha formado filas con algunos que se llaman cristianos, pero que no admiten esto (la verdad de la resurrección), y que se atreven a blasfemar al Dios de Abraham, y al Dios

de Isaac, y al Dios de Jacob; que dicen que no hay resurrección de los muertos, y que sus almas, cuando mueren, son llevadas al cielo; no crea que son cristianos”.⁷

La Biblia es muy clara con respecto a lo que ocurre con la persona cuando muere: “Porque la paga del pecado es la muerte, pero el don de Dios es vida eterna en unión con Cristo Jesús, nuestro Señor” (Romanos 6: 23, DHH). “Sale su aliento y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” (Salmo 146: 4). “Porque los que viven saben que han de morir, pero los muertos nada saben, ni tienen más recompensa. Su memoria cae en el olvido” (Eclesiastés 9: 5).

La Biblia usa la palabra “alma” aproximadamente mil seiscientas veces, pero ni una sola vez usa la expresión “alma inmortal”. Repetidamente, la Escritura afirma que solo Dios tiene inmortalidad (ver 1 Timoteo 6: 16).

Los babilonios sostenían el concepto de que un alma inmortal dejaba el cuerpo al morir. Por lo tanto, establecieron un sistema de dioses y diosas, y adoraban a los espíritus de los que supuestamente continuaban viviendo. Los israelitas, el pueblo de Dios, tenían una creencia totalmente diferente. Enseñaban que cuando la gente moría, su aliento salía, ellos regresaban a la tierra y ese mismo día perecían sus pensamientos.

La Biblia es una fuente muy confiable en lo que respecta al estado de los seres humanos al morir. Salmo 115: 17 dice: “Los muertos no alaban al Señor, ninguno de los que bajan al silencio”. Cualquier actividad o manifestación que pretenda romper el silencio de la muerte desarmoniza con la Biblia.

Amigo, el Apocalipsis describe dos grandes sistemas religiosos. El verdadero sistema, al que se hace referencia en Apocalipsis 12, se basa en la Palabra de Dios y en sus doctrinas puras, que conducen a hombres y mujeres a confiar únicamente en Cristo. Los lleva a comprender que han de ir a Jesús y adorarlo directamente, sin imágenes. Les hace entender que cuando la gente muere, duerme hasta la resurrección. Afirma la verdad bíblica de que el alma no es una entidad consciente que continúa viviendo indefinidamente en el mundo de los espíritus después de la muerte.

Apocalipsis 17 describe un sistema religioso falso. Se refiere a Babilonia la grande, la iglesia madre apóstata. Esta iglesia no fundamenta sus doctrinas en la Palabra de Dios, sino en la tradición. Tiene una cabeza

terrenal que afirma ocupar el lugar de Cristo. Sus colores son escarlata y púrpura. Utiliza imágenes en su servicio de adoración. En lugar de dioses y diosas, incorpora santos en sus servicios de culto. Enseña que cuando la gente muere, no duerme hasta la resurrección, sino que tiene un alma inmortal que continúa viviendo después de morir. Reparte la copa del vino falso para que otras iglesias beban de su falsa doctrina. Estas iglesias también aceptan la idea errónea de que el alma continúa viviendo después de la muerte, fuera del cuerpo e independientemente de él.

El centro del culto al sol

Una quinta característica de Babilonia, tanto en el Antiguo Testamento como en el Nuevo Testamento, se menciona en Ezequiel 8: 16. De hecho, este es el principio clave que define a Babilonia: “Luego me llevó hacia el atrio interior de la casa del Señor, y vi que a la entrada del templo del Señor, entre el vestíbulo y el altar, había unos veinticinco hombres, dando la espalda al templo del Señor y con sus rostros vueltos hacia el oriente; y ellos se postraban hacia el oriente, delante del sol”.

El profeta Ezequiel vio que estos hombres seguían la práctica babilónica del culto al sol. Con los rostros hacia el este, se arrodillaban y adoraban al dios sol cuando salía el astro en el Oriente. Los antiguos calendarios babilónicos, con el sol en el centro, revelan la importancia que le daban los babilonios a la adoración del sol. Ellos no creían que hubieran sido creados por las manos de un Dios amante, sino que el sol, el cuerpo luminoso más grande de los cielos, era la fuente de la vida. En adoración, se inclinaban ante él. “En la antigua Babilonia el sol era adorado desde tiempos inmemoriales”.⁸

A lo largo de los siglos la falsa adoración a menudo ha tenido sus raíces en el culto al sol. Satanás exaltó el objeto de la creación por encima del Creador. Los asirios adoraban al dios sol Shamash. Los egipcios adoraban al dios sol Amon Ra. Los hititas adoraban a Arinna, la diosa sol. La rueda solar Konarak es famosa en toda la India. El nórdico carro solar de Trundholm simbolizaba la adoración del sol de los vikingos. Helios de Grecia y Mitra de Persia y Roma eran adorados por multitudes como dioses solares. Sin embargo, el sábado llamaba al pueblo de Dios a adorar a su Creador, no a un objeto de la creación.

En los siglos I y II, la Iglesia Cristiana de Roma estaba mayormente

compuesta por cristianos gentiles. Era bastante diferente de la Iglesia de Jerusalén, que era en su mayor parte una iglesia judeocristiana. Los tres mil conversos que se produjeron en el día de Pentecostés, cuyo registro se encuentra en Hechos 2, eran de origen judío. Los cristianos gentiles de Roma que provenían de un contexto pagano probablemente hayan sido influenciados por la adoración solar. La *Nueva enciclopedia Schaff-Herzog del conocimiento religioso* hace esta sorprendente observación: “En el primer siglo cristiano había organizadas en Roma asociaciones de los seguidores de Mitra”.⁹ Entre los romanos, el dios sol Mitra era conocido por las masas como “Sol invictus: el invencible Dios Sol”. La madre del emperador Aurelio era sacerdotisa del sol. El propio emperador sentía especial devoción por la adoración solar. Su biógrafo, Flavio Vopiscus, afirma que el emperador proclamó oficialmente a la deidad solar como “sol dominus imperii romani” (el sol, señor del Imperio Romano).

El famoso historiador Arthur Weigall en su libro *Paganism in our Christianity* [El paganismo en nuestra cristiandad] afirma: “Como festividad solar, el domingo era el día sagrado de Mitra; y es interesante destacar que, puesto que a Mitra se le trataba como “Señor”, el domingo debe haber sido el Día del Señor mucho antes de la era cristiana”.¹⁰ El historiador asevera algo contundente aquí: dado que el domingo era el día dedicado al dios pagano Mitra, y puesto que a Mitra se lo consideraba “Señor”, originalmente el domingo era considerado “el día del Señor” no por causa de Cristo, sino de un dios pagano. Esto se confirma posteriormente con el descubrimiento de las cartas de Tel-el-Amarna que contienen frases como estas: “El rey mi Señor, el sol del cielo”; “Mi Señor el sol”; “El dios sol mi Señor”.¹¹

La *Enciclopedia católica* añade esta aclaración: “El domingo era guardado en honor a Mitra”.¹² El erudito Franz Curmont agrega: “El día del sol (domingo) evidentemente era el más sagrado de la semana para los fieles de Mitra y, al igual que los cristianos, tenían que santificar el domingo y no el sábado”.¹³

El profesor Agostinho de Almeida Paiva, en su extraordinario libro sobre el mitraísmo, completa la historia de este modo: “El primer día de cada semana, el domingo, estaba consagrado a Mitra desde tiempos remotos como lo afirman varios autores. Como el sol era un dios, el señor por excelencia, el domingo, llegó a llamarse el día del Señor, como posteriormente lo hizo en el cristianismo”.¹⁴

Los gentiles de Roma que se convertían al cristianismo estaban influenciados por el mitraísmo, la adoración del sol. Ya tenían una percepción de que el domingo era el día del Señor, puesto que creían que Mitra o Helios (el sol) era el Señor. No les resultaría difícil a estos cristianos gentiles dirigir su lealtad hacia Jesús en lugar de hacia Mitra en el día del sol.

Cuando Constantino llegó a ser emperador del Imperio Romano, escogió a Apolo, el dios Sol, como el dios de su propia familia, identificado con el antiguo dios Sol romano desde la época de los césares. “El sol era reconocido universalmente como el guía invisible y el protector de Constantino”.¹⁵

El mismo Constantino, en una carta dirigida a Alejandro, obispo de Alejandría (313-325 d.C.), expone claramente su política religiosa para el Imperio Romano con estas palabras: “Mi plan era, primero, traer las diferentes opiniones formadas por todas las naciones con respecto a la Deidad a una condición como si fuese de uniformidad estable”.¹⁶

Mediante la aprobación de seis leyes civiles dominicales Constantino esperaba unir a su imperio. Astuto él, comprendió que una manera de lograrlo era la implantación de un día común de descanso, festividad y adoración en todo el territorio; un día en el que se pusieran de acuerdo paganos y cristianos. A. P. Stanley en su *History of the Eastern Church* [Historia de la iglesia oriental] escribe:

“La retención del antiguo nombre pagano ‘*Dies Solis*’, o ‘domingo’, para la festividad cristiana semanal, se debe en gran medida a la unión del sentir pagano con el cristiano de la cual se sirvió Constantino para recomendar el primer día de la semana a sus súbditos (paganos lo mismo que cristianos) como el ‘venerable día del sol’. El decreto que regulaba su observancia ha sido denominado con razón ‘una nueva era en la historia del día del Señor’. Fue su manera de armonizar las religiones discordantes del imperio bajo una institución común”.¹⁷

La historia y la profecía son claras con respecto a que Dios no cambió el día de reposo bíblico del sábado al domingo. Jesús tampoco lo cambió y los discípulos del primer siglo nunca pensaron en cambiarlo. El sábado fue cambiado gradualmente a través de los siglos, cuando la adoración pagana del sol se infiltró en la iglesia mediante la unión de la iglesia y el estado que se produjo en los primeros siglos de nuestra era.

Los israelitas adoraban al Creador el séptimo día de la semana, el sábado bíblico. La verdadera iglesia de Dios de Apocalipsis 12 guarda sus mandamientos, incluyendo el mandamiento del sábado. La iglesia falsa recupera el día babilónico del sol y hace circular la copa de sus falsas doctrinas. Muchas iglesias, al beber de esa copa, adoran en el primer día de la semana, el domingo.

La enseñanza babilónica del culto al sol, ese principio pagano transmitido de una religión pagana a la siguiente, se introdujo en la iglesia cristiana no por un mandamiento de Dios, sino por avenencia.

Arthur P. Stanley afirma: “Las monedas (de Constantino) llevaban en una de las caras las letras del nombre de Cristo, y en la otra, la figura del dios Sol [...] como si no pudiese soportar tener que renunciar a la influencia de la brillante luminaria”.¹⁸ ¡Asombroso! En las monedas de Constantino, el nombre de Cristo estaba escrito por un lado, y el dios Sol ilustrado por el otro. Se produjo una unión entre el cristianismo y el paganismo, entre la iglesia y el emperador de Roma. Constantino en realidad era cristiano solo de nombre. Como resultado, la iglesia cristiana se vio invadida por muchas prácticas que no hallan su fundamento en la Escritura. La historia bíblica corrobora esto.

El Dr. Alexander Hislop dice: “Para conciliar a los paganos con el cristianismo nominal, Roma, prosiguiendo con su política habitual, tomó medidas para amalgamar los festivales cristianos y paganos, y [...] hacer que el paganismo y el cristianismo —ahora muy inmerso en la idolatría— en esta y en tantas otras cosas, *se dieran la mano*”(la cursiva es nuestra).¹⁹ En otras palabras: Roma estaba intentando conciliar, llegar a un arreglo, unir el imperio que se estaba desmoronando.

James Wharey afirma: “Al final del siglo II [...] el cristianismo ya comenzaba a usar el atuendo del paganismo. Las semillas de la mayoría de esos errores que después plagaron la iglesia, que estropearon su belleza y empañaron su gloria, ya estaban comenzando a echar raíces”.²⁰

Se produjo una alianza y las semillas de la tradición humana germinaron y se desarrollaron. El Dr. Alexander Hislop agrega:

“Esta tendencia [...] a encontrarse con el paganismo a mitad de camino se fomentó mucho [...]. Hombres rectos lucharon por poner freno a la corriente, pero [...] la apostasía continuó, hasta que la iglesia, con la

excepción de un pequeño remanente, se sumergió bajo la superstición pagana”.²¹

Después de que Cristo murió y los apóstoles hubieron desaparecido de escena, la iglesia se alejó de sus enseñanzas originales. No obstante, había un pequeño remanente que permaneció leal a Dios.

El llamado final de Dios

Con el correr de los siglos, Dios siempre ha tenido fieles que han dicho: “No transigiremos; debemos ponernos de parte de la verdad, sin importar lo que hagan las masas populares. Hemos entregado nuestra vida a Cristo. Él ha dicho: ‘Si ustedes me aman, obedecerán mis mandamientos’ (Juan 14: 15, NVI). Tomaremos la Palabra de Dios como nuestra guía. Representaremos lealmente a Jesús”.

En ocasiones el pequeño remanente fue oprimido y perseguido. Aun así, no aceptaron el principio babilónico de poner decretos humanos por encima de las Escrituras. No aceptaron el principio babilónico de poner por cabeza de la iglesia a una autoridad humana, en lugar de Cristo. No aceptarían el principio babilónico de que existe un alma inmortal que continúa viva, fuera del cuerpo. No aceptarían el principio babilónico de la adoración del sol.

Algunas personas me han dicho: “Pastor, ¿no me puedo quedar en mi iglesia y reformarla?” Tal vez se esté preguntando: “¿Puedo creer en la verdad y quedarme donde estoy?” Amigo, en cada iglesia apóstata o que se amolda al mundo hay miembros de la familia del Dios invisible, de la verdadera iglesia que, si no quieren correr riesgos, deben salir de ellas. Dios le llama a salir, porque Babilonia ha caído.

Un renombrado autor católico, el cardenal Gibbons, dice: “La razón y el sentido demandan la aceptación de una u otra de estas alternativas: el protestantismo y la santificación del sábado, o el catolicismo y la santificación del domingo. *La transigencia es imposible*” (la cursiva es nuestra).²² Estoy completamente de acuerdo. El cardenal católico tenía razón cuando dijo que la transigencia es imposible. Estos temas son demasiado claros. Demandan una elección. Esta evidencia exige un veredicto. Dios está llamando a hombres y mujeres a tomar posición.

Escuche las palabras de la Escritura: “Y clamó con voz potente, diciendo: ‘¡Ha caído, ha caído la gran Babilonia!’” (Apocalipsis 18: 2). La iglesia madre ha caído, sus tradiciones han caído. Esta iglesia, con vestiduras de color escarlata y púrpura, ha caído. Su sistema de imágenes ha caído. Todos los sistemas que enseñan el error en lo que respecta al estado de los muertos y al sábado han caído, se han apartado de la Escritura como la única regla de fe y práctica.

“Y oí otra voz del cielo, que decía: ¡Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis partícipes de sus pecados ni recibáis parte de sus plagas!” (versículo 4). No hay manera de permanecer en Babilonia sin participar de sus pecados. ¡Babilonia ha caído! Es imposible cambiarla. Su misión, su trabajo, es salir de ella.

Dios está llamando a hombres y mujeres de corazón sincero a salir de esas iglesias que han bebido la copa de Babilonia. Pronto, el tiempo se acabará. Pronto, todo ser humano tomará su decisión final, enteramente por Cristo o enteramente por la tradición, del lado de la verdad o del lado del error, de parte de las Escrituras o de parte de los seres humanos y de la autoridad humana.

Nuestra única seguridad radica en salir de cualquier iglesia que se base en la tradición, que use imágenes en su adoración, que haya bebido la copa de vino y aún practique la adoración dominical. El llamado de Dios es a salir.

Jesús dijo: “Mis ovejas oyen mi voz y yo las conozco y me siguen” (Juan 10: 27). Dice: “Hijo mío, te estoy suplicando. Tengo mis ovejas, mis seguidores, en cada iglesia. Le estoy suplicando a gente de todas las denominaciones que dejen de lado sus opiniones preconcebidas y sigan la Biblia. Estoy hablando a los corazones en todas partes a salir de esas iglesias basadas en la tradición”.

Y yo también les suplico, queridos amigos, les suplico en el nombre de Jesús que le entreguen su voluntad a él y que decidan hacer su voluntad. Con la Biblia en la mano, díganle a Jesús: “No puedo hacer otra cosa, tengo que salir. Escucho tu llamado a mi corazón. Veo cómo se unieron el paganismo y el cristianismo en esos primeros siglos. Ahora lo veo todo muy claramente. Me doy cuenta de que durante más de mil ochocientos años ha habido transigencia, que Dios ha estado llamando a su pequeño remanente a salir, y he decidido ponerme de tu parte, Señor Jesús. He decidido ponerme de parte de la Palabra de Dios; quiero ponerme de parte de Cristo. Estoy

dispuesto a salir, aunque eso signifique resistir solo”.

Amigo mío, ¿por qué no lo decide en este mismo momento? ¿No quiere decirle a Jesús: “Señor, escucho tu llamado de que Babilonia, la grande, ha caído, te escucho exhortándome: ‘Salid de ella, pueblo mío’”?

Tiernamente, en tonos amorosos, Jesús, por medio de su Espíritu, le habla a su corazón. Con tierno amor le dice: “Te amo, hijo mío. No quiero que te aflijas cuando caigan las plagas. ¡Hijo mío, te estoy llamando ahora mismo!” Muchos que pertenecen al pueblo de Jesús todavía están en Babilonia, pero el Señor los llama. ¿Escucha su llamado en este momento? ¿Lo oye llamando a su corazón? Yo sé que en este preciso instante está dispuesto a decir: “Jesús, te amo, y estoy decidido a seguirte. Porque te amo, deseo formar parte de tu pueblo que guarda los mandamientos. Escucho tu voz que me llama dulcemente: ‘Si ustedes me aman, cumplirán mis mandamientos’. Sí, Señor, te seguiré”.

1. [http://wikipedia.org/wiki/David Copperfield \(illusionist\)](http://wikipedia.org/wiki/David_Copperfield_(illusionist)), consultado el 11 de marzo de 2009.

2. *Ibid.*

3. A partir de este párrafo el resto del capítulo apareció primeramente en Mark A. Finley con Steven Mosley, *Why So Much Denominations? Revelation's Four Horsemen Provide an Answer* [¿Por qué tantas denominaciones? Los cuatro jinetes del Apocalipsis aportan una respuesta] (Nampa, Idaho: Pacific Press, 1994), págs. 43-61.

4. Robert Jamieson, A. R. Fausset y David Brown, *A Commentary, Critical and Explanatory, on the Old and New Testament* [Comentario crítico y expositivo del Antiguo y del Nuevo Testamento] (Nueva York: S. S. Scranton, 1875), pág. 593.

5. Alexander Hislop, *The Two Babylons: Or, the Papal Worship Proved to Be the Worship of Nimrod and His Wife* [Las dos Babilonias: o la demostración de que la adoración papal es la adoración de Nimrod y su esposa] (Edimburgo: James Wood, 1862), pág. 17.

6. Amos A. Phelps, “Is Man by Nature Immortal?” [El hombre, ¿es inmortal por naturaleza?], en J. H. Pettingell, *The Life Everlasting: What Is It? Whence Is It? Whose Is It?* [La vida eterna: ¿Qué es? ¿De dónde es? ¿De quién es?] (Filadelfia: J. D. Brown, 1882), págs. 640, 641. Citado en LeRoy E. Froom, *The Conditionalist Faith of Our Fathers* (Washington, D.C.: Review and Herald, 1965), t. 2, pág. 553.

7. Justino Mártir, “Dialogue With Trypho: Chapter LXXX” [Diálogo con Trifón. Capítulo LXXX], en *Justin Martyr and Athenagors*, perteneciente a la colección *Ante-Nicene Fathers* [Padres antenicensos], George Reith, trad., y Alexander Roberts y James Donaldson, eds. (Edimburgo: T. & T. Clark, 1867), t. 2, pág. 239 1:199.

8. James G. Frazer, *The Worship of Nature* [La adoración de la naturaleza] (Mac Millan, 1926), <http://www.giffordlectures.org/Browse.asp?PubID=TPTWON&Volume=0&Issue=0&ArticleID=15> (consultado el 12 de marzo de 2009).

9. Johann Jakob Herzog et al., *The New Schaff-Herzog Encyclopedia of Religious Knowledge: Embracing Biblical, Historical, Doctrinal, and Practical Theology and Biblical, Theological, and Ecclesiastical Biography from the Earliest Times to the Present Day* [La Nueva enciclopedia Schaff-Herzog de conocimiento religioso. Abarca la teología bíblica, histórica y doctrinal, y la biografía bíblica, teológica y eclesiástica, desde los tiempos primitivos hasta el presente] (Nueva York: Funk and Wagnall, 1910), t. 7, pág. 421.

10. Arthur Weigall, *Paganism in Our Christianity* [El paganismo en nuestra cristiandad] (Nueva York: G. P. Putnam's Sons,

1928), pág. 145.

11. Claude R. Conder, *The Tell Amarna Tablets* [Las tablas de Tell Amarna] (Londres: Committee of the Palestine Exploration Fund, 1894). http://www.archive.org/stream/tellamarnatablet00palerich/tellamarnatablet00palerich_djvu.txt (consultado el 12 de marzo de 2009).

12. John Arendzen, *The Catholic Encyclopedia* [La enciclopedia católica] (Nueva York: Robert Appleton, 1911), t. 10, págs. 403, 404, artículo “Mithraism” [Mitraísmo]. <http://www.newadvent.org/cathen/10402a.htm> (consultado el 12 de marzo de 2009).

13. Franz Cumont, *Textes et Monuments Figures Relatifs aux Mystères de Mithra* [Textos y monumentos relativos a los misterios de Mitra] (Brussels: Lamertin, 1896, 1899), t. 1, pág. 119. Citado en Robert Leo Odom, *Sunday in Roman Paganism* [El domingo en el paganismo romano], edición ilustrada (Brushton, Nueva York: TEACH Services, 2003), págs. 156, 157.

14. Agostinho de Almeida Paiva, *O Mitraísmo* [El mitraísmo] (Oporto, Portugal: Santos, 1916), pág. 3. Citado en Robert Leo Odom, *Sunday in Roman Paganism* [El domingo en el paganismo romano], edición ilustrada (Brushton, Nueva York: TEACH Services, 2003), pág. 149.

15. Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire* [La historia de la decadencia y caída del Imperio Romano], t. 2, pág. 291.

16. Philip Schaff y Henry Wace (eds.) Chapter LXV - *Eusebius: Church History, Life of Constantine the Great, and Oration in Praise of Constantine* (*Eusebio: Historia eclesiástica, vida de Constantino el Grande y elogio en su honor*), traducción de Arthur McGiffert, en *Nicene and Post-Nicene Fathers of the Christian Church* (Nueva York: Scribner & Sons, 1904), v. 1, pág. 516.

17. Arthur P. Stanley, *Lectures on the History of the Eastern Church* [conferencias sobre historia de la Iglesia Oriental] (Nueva York: E. P. Dutton, 1907), pág. 204.

18. Ibid.

19. Alexander Hislop, *The Two Babylons...*, pág. 151.

20. James Whearey, *Sketches of Church History* [Bocetos de la historia de la iglesia] (Filadelfia: Presbyterian Board of Publication, 1840), págs. 39, 40.

21. Alexander Hislop, *The Two Babylons...*, pág. 93.

22. Cardenal James Gibbons, “Appendix” [Apéndice], *Catholic Mirror* [Espejo Católico], 23 de diciembre de 1883. Citado en Abram Herbert Lewis, *The Sabbath Question From the Roman Catholic Standpoint, as Stated by the “Catholic Mirror”* [La cuestión del sábado desde el punto de vista del catolicismo romano, tal como está declarado en el *Catholic Mirror*] (Nueva York: American Sabbath Bible Tract Society, 1894), pág. 2. En idiomas como el inglés y el alemán se conserva la forma “Día del Sol”: *Sunday, Sountag*.

9. La bandera victoriosa

¿ALGUNA VEZ se ha detenido a pensar quién detonaría la explosión si este mundo fuese a terminar con un estallido? ¿Alguien ganaría? En otras palabras, ¿qué bandera iba a ondear en las ruinas? ¿Tiene Dios una bandera? ¿Podemos estar seguros de que estamos siendo leales a él en un

mundo donde tantas ideologías compiten por ser la única verdadera?

Las apuestas son más elevadas hoy. Las voces son más fuertes. El choque cultural y religioso es más intenso. Pensábamos que dejaríamos las guerras “santas” atrás en la Edad Media, pero han regresado con una venganza.

Hay gente totalmente dispuesta a llevarse el mundo por delante si no puede hacer que sea como ellos quieren. Están dispuestas a convertirse en cenizas y a aniquilar a otros junto con ellos, y proclaman una profunda lealtad a su Dios, a su fe. Fervientemente creen que su bandera será la que ondeará al final.

¿Cómo sabemos qué quedará en pie en una época como esta? ¿Cómo sabemos lo que realmente expresa lealtad a Dios? ¿Cómo sabemos qué asunto dividirá a la humanidad en el tiempo del fin?

Me gustaría tratar de responder a estas preguntas en este capítulo. Creo que la Biblia nos da algunas pistas importantes, y son claves que trascienden las líneas divisorias de la cultura y la religión.

Uno de los ejemplos más esclarecedores de lealtad nos llega a través del libro de Daniel, del Antiguo Testamento. En él se registra un conflicto que tiene un mensaje importante para nosotros hoy.

El tercer capítulo de Daniel nos presenta una escena sorprendente que tiene lugar en la planicie de Dura, cerca de la antigua Babilonia. Se había erigido allí una enorme estatua de oro del rey Nabucodonosor. Miles de representantes de su imperio habían sido invitados para homenajearla en una espléndida ceremonia. Este rey estaba haciendo una declaración: “Seguiré en pie cuando otros reyes e imperios hayan caído”. En otras palabras, estaba diciendo que Babilonia duraría para siempre.

Pero justo cuando la vasta concurrencia se inclinó a tierra en dirección a la imagen, algo interrumpió el acto. Tres jóvenes permanecían de pie. Tres príncipes judíos: Sadrac, Mesac y Abednego. Habían sido llevados como cautivos a Babilonia y estaban siendo educados para ayudar a gobernar el gran imperio.

Pero en esta ocasión desentonaban terriblemente. Los funcionarios babilonios rápidamente le dieron la noticia a Nabucodonosor. No se trataba simplemente de un error diplomático, sino que era una traición, porque el

heraldo del rey había hecho un anuncio pocos momentos antes, en voz alta, que había resonado por la planicie. Sus palabras se registran en Daniel:

“A ustedes, pueblos, naciones y gente de toda lengua, se les ordena lo siguiente: Tan pronto como escuchen la música de trompetas, flautas, cítaras, liras, arpas, zampoñas y otros instrumentos musicales, deberán inclinarse y adorar la estatua de oro que el rey Nabucodonosor ha mandado erigir. Todo el que no se incline ante ella ni la adore será arrojado de inmediato a un horno en llamas” (Daniel 3: 4-6, NVI).

El rey había hecho de este acto de adoración una prueba de lealtad. Nabucodonosor quería lealtad absoluta, lo cual puso a los tres hebreos en un terrible aprieto. Desde su niñez se les había enseñado que había solo un Ser digno de adoración. Inclinarse ante un ídolo era traicionar su fe. ¡Y sin embargo, si no se inclinaban, morirían quemados!

¡Qué decisión tan difícil! ¿Qué haría usted en una situación como esa? ¿Cuán importantes son estos gestos de lealtad? Esa es una pregunta vital para nosotros hoy, cuando los terroristas suicidas están dispuestos a autoinmolarse y acabar con a las personas inocentes que están a su alrededor para declarar su lealtad a una causa.

Curiosamente, el decreto de Nabucodonosor tiene un paralelo sorprendente en la Biblia. Es imitado por otro decreto que se encuentra en el libro de Apocalipsis, en el capítulo 13, que habla de un desafío que el pueblo de Dios enfrentará en el tiempo del fin. El anticristo erige una imagen para su representante, la bestia: “Se le permitió infundir vida a la imagen de la primera bestia, para que hablara y mandara matar a quienes no adoraban la imagen. Además logró que todos, pequeños y grandes, ricos y pobres, libres y esclavos, se les pusiera una marca en su mano derecha o en la frente, de modo que nadie pudiera comprar ni vender, a menos que llevara el nombre de la bestia o el número de ese nombre” (Apocalipsis 13: 15-17, NVI).

Este decreto probará nuestra lealtad en el tiempo del fin. Ahora, fijémonos en el paralelismo entre el decreto de Nabucodonosor y el de Apocalipsis:

1. En ambos, un líder mundial trata de imponer la adoración de una imagen.
2. En ambos, hay algo que contradice el mandamiento específico de Dios

de adorarlo únicamente a él.

3. En ambos, todos los que no se sometan están condenados a morir.

¿Ante quién nos inclinaremos? Esa es la pregunta primordial. En algún momento, los creyentes van a ser confrontados por un gran poder, un poder religioso y político que demanda nuestra absoluta lealtad. Y la cuestión de fondo es la adoración. Esa es la bandera. Hay adoración correcta y adoración incorrecta. Hay adoración verdadera y adoración falsa. Solo porque la gente alce la voz en el nombre de Dios no significa que su lealtad sea la correcta. Podrían estar agitando fusiles de asalto junto con sus alabanzas.

El tema de la adoración recorre todo el libro de Apocalipsis:

1. En Apocalipsis 4, las criaturas vivientes se inclinan ante el trono de Dios, rodeadas de un luminoso arco iris. Declaran día y noche: “Santo, santo, santo es el Señor Dios el Todopoderoso” (versículo 8).

2. En Apocalipsis 5, miles y miles de ángeles elevan sus voces: “El Cordero que fue inmolado es digno” (versículo 12).

3. En Apocalipsis 7, una gran multitud de todas las naciones de la tierra agita palmas delante del Dios de su salvación (ver versículos 9 y 10).

Escenas como esta se repiten hasta que llegamos a la jubilosa adoración en la Nueva Jerusalén, cuando todos los pueblos andan en la luz de Dios. Pero examinemos cómo es que este asunto se convierte en el centro de atención, en el corazón mismo del libro. Apocalipsis 12 y 13 nos presentan las criaturas simbólicas que representan las fuerzas malignas del mundo: la bestia, el dragón y el falso profeta, las cuales están tratando de hacer que todos se inclinen ante esa imagen de la bestia.

Los ángeles de Apocalipsis 14 continúan advirtiendo acerca del terrible destino de los que adoran a la bestia: “Si alguno adora a la bestia y a su imagen y recibe su marca [...] beberá del vino de la ira de Dios” (Apocalipsis 14: 9, 10).

Aquí vemos el contrapunto del primer mensaje angélico. *No* hemos de adorar a la bestia; *debemos* adorar al Creador. Estas dos decisiones se contraponen. Una nos llama a una lealtad falsa a algo hecho por el hombre.

La otra nos invita a darle gloria a Dios, a adorarlo como Creador.

Adorar a la bestia es mortal. Entonces, ¿cómo negarse a hacerlo cuando somos presionados? ¿Cómo hacer para no adorar su imagen? Mostrando una fe incondicional en nuestro Creador. Su autoridad debe reemplazar a todas las demás.

Dios nos ha dado una forma de expresar nuestra lealtad incondicional al Creador regularmente, cada semana. Constituye una evidencia de nuestro compromiso con él como nuestro Creador y Señor. Revela nuestra lealtad. Demuestra nuestra fidelidad. Esta forma se encuentra en el cuarto mandamiento, que muchos cristianos han pasado por alto: “Acuérdate del día sábado para santificarlo. Seis días trabajarás y harás toda tu obra; pero el séptimo es día de reposo del Señor tu Dios [...] Porque en seis días el Señor hizo el cielo, la tierra, el mar, y todo lo que contienen, y reposó en el séptimo día. Por eso el Señor bendijo el sábado y lo santificó” (Éxodo 20: 8-11).

¿Por qué se nos exhorta a observar el séptimo día, el sábado? Porque es un monumento de la creación. Nos liga a nuestro Creador. El cuarto mandamiento nos pide que recordemos al que hizo los cielos y la tierra.

El sábado, entonces, es un símbolo de nuestro amor y lealtad a nuestro Creador. El sábado nos protege de la lealtad equivocada. Reflexione nuevamente en ese decreto del anticristo del Apocalipsis, el decreto que exige que todo el mundo se inclinen ante la imagen de la bestia, bajo pena de muerte.

El último libro de la Biblia enseña que a nuestro mundo le espera una dura prueba, un tiempo de prueba más grande que cualquiera que hayamos experimentado en la historia. Los seguidores de Dios van a enfrentar una crisis sobre la cuestión de los mandamientos de Dios, sobre la tiranía, sobre la adoración impuesta.

Así que necesitamos asegurarnos de que estamos adorando al Dios correcto de la manera correcta. Esa es la cuestión. Los tres jóvenes hebreos que permanecieron de pie en la planicie de Dura lo entendían bien. Regresemos a su historia.

El rey Nabucodonosor estaba indignado, por supuesto, porque alguien había interrumpido su momento de gloria. Los hizo traer ante su presencia.

Señaló hacia los hornos en llamas. Preguntó deliberadamente: “¿Y qué dios será el que os libre de mis manos?” (Daniel 3: 15).

La respuesta que dieron estos jóvenes hebreos es merecidamente famosa. Sin temor, respondieron al rey: “No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios, a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos libraré. Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado” (Daniel 3: 16-18).

Estos hombres respondieron al desafío del rey sin dudar. Lo hicieron dando testimonio de su fe en el Dios del cielo y de la tierra. Estaban comprometidos a adorarlo solo a él, incluso si no los libraba de la muerte.

Y ¿cuál fue el resultado? Un enfurecido Nabucodonosor hizo calentar el horno al máximo. ¡Entonces ordenó que arrojaran a los hebreos a las llamas! Aparentemente, el Dios de ellos no los iba a salvar.

Pero lo hizo. De hecho, realizó una maravillosa aparición, justo en medio de aquel horno ardiente. Nabucodonosor quedó atónito al observar otra figura dentro del horno, de pie en medio de los tres jóvenes que había arrojado al fuego. Exclamó: “Yo veo cuatro hombres que caminan libremente por el fuego sin sufrir ningún daño, y el aspecto del cuarto es semejante a un hijo de los dioses” (Daniel 3: 25).

Tres hombres habían sido arrojados adentro, pero había cuatro hombres sanos y salvos en el horno. ¡Sadrac, Mesac y Abednego caminaban entre las llamas con el Hijo de Dios a su lado!

El libro de Daniel nos enseña algo importante: la crisis final bosquejada en el libro de Apocalipsis no tiene por qué aterrarnos. Puede ser una oportunidad para que veamos a nuestro Señor. Y en su hora de prueba, descubrieron que un gran Dios había venido a estar con ellos. Eso es lo que una fe incondicional, una fe comprometida, puede hacer por nosotros. Hará que Dios se acerque a nosotros en los peores momentos.

Esos tres hebreos que pasaron por el horno ardiente causaron una gran impresión. El rey Nabucodonosor se apresuró a ir hasta el borde del horno y los llamó para que salieran. Cuando salieron, una gran multitud se reunió a su alrededor. Se dieron cuenta de que ni siquiera el pelo se les había quemado. ¡Su ropa ni siquiera olía a humo!

Finalmente, esa prueba de fuego por la que pasaron los hebreos solo quemó una cosa: las cuerdas que los ataban. Quedaron libres de sus ataduras. Sadrac, Mesac y Abednego salieron del horno como triunfadores.

Por primera vez, Nabucodonosor se dio cuenta de que podría haber un Dios en el cielo mucho más grande de lo que él llegaría a ser jamás. Reconoció que los tres hebreos eran “siervos del Dios Altísimo”. Hasta aquel momento, el rey había tratado de ser el más alto, con su enorme estatua de oro. Pero ahora hizo una confesión extraordinaria. La encontramos en Daniel, capítulo tres: “Bendito sea el Dios de Sadrac, Mesac y Abednego, que envió a su ángel y libró a sus siervos que confiaron en él, los cuales no cumplieron el edicto del rey y entregaron su cuerpo antes que servir y adorar a otro dios que su Dios” (Daniel 3: 28).

La ira de Nabucodonosor se convirtió en reverencia. Se dio cuenta de que era importante otra clase de lealtad. Se dio cuenta de que necesitaba adorar al Dios correcto de la manera correcta. Necesitaba inclinarse al Dios que se acerca en tiempos de dificultad. Ese es el Dios que merece nuestra lealtad hoy.

Amigo, nuestra historia se dirige a su punto culminante. Dos clases de lealtades están luchando por la supremacía en este planeta, dos clases de adoración. Adoraremos al Creador o adoraremos a algo hecho por el hombre. Adoraremos al Señor del cielo y de la tierra, o adoraremos a alguien que nos promete el cielo en la tierra. Pondremos nuestra fe en el Dios santo e invisible, o seremos atraídos por el resplandor de una imagen. Nos pondremos de parte de la verdad de Dios, o nos dejaremos llevar por la corriente.

Las palabras de los profetas bíblicos resuenan en los pasillos del tiempo. Nos hablan con tonos de trompeta hoy: “Y les di también mis sábados, para que fuesen una señal entre mi y ellos, para que supiesen que yo soy, el Señor que los santifico” (Ezequiel 20: 12). “Dichoso el hombre que sigue estos mandatos y los cumple con fidelidad, que respeta el sábado y no lo profana, que tiene buen cuidado de no hacer nada malo” (Isaías 56: 2, DHH). “Dichosos los que lavan sus ropas para tener derecho al árbol de la vida y poder entrar por las puertas de la ciudad” (Apocalipsis 22: 14, DHH).

A pequeña o a gran escala, se están estableciendo frentes de batalla. El odio se disfraza de fervor religioso. La lealtad fanática alega ser la única fe

verdadera. “Mi bando”, “mi tradición”, reemplaza a la ley de Dios. En este preciso momento se están constituyendo frentes de batalla entre el imperio de Satanás y el imperio de Cristo. Y los malos no siempre son de guante blanco. No podemos condenar a este o a aquel grupo o eliminar a esta o a aquella cultura.

Como dijo Jesús, el trigo y la cizaña crecen juntos. Lo bueno y lo malo está entremezclado. Pero la línea divisoria no es difusa. Atraviesa directamente el corazón de cada individuo. Hay una distinción clara. ¿Dónde está nuestra lealtad? ¿Nos inclinamos ante alguien mayor y más grande que nosotros? ¿O nos inclinamos ante una imagen que hacemos, una imagen que se adapta a nuestro prejuicio, a nuestra tradición, a nuestra verdad particular?

Yo quiero estar en pie con esos tres hebreos en la planicie de Dura. Quiero ponerme de pie con ellos ahora. Quiero ponerme de pie con ellos en el tiempo del fin. Y creo que el tipo de fe que ellos tuvieron está disponible para todos y cada uno de nosotros, una fe que mantendrá la frente en alto cuando los tiempos se vuelvan tempestuosos. Realmente es una cuestión de perspectiva. ¿Qué decidimos poner en el centro de nuestra vida? ¿Quién ocupa el primer lugar? ¿De quién es la verdad que tiene prioridad?

Por favor, asegúrese de acordarse del Creador cada sábado. Tómese tiempo ahora, antes de que el conflicto de alianzas haga que sea demasiado tarde. La adoración sabática transformará su vida. Aumentará su fe antes de que se desate la crisis.

El Creador, el Señor, el Juez, el Legislador, el Redentor, el que nos ama más que nadie, solo él merece nuestra adoración. El sábado es su bandera. Ondea sobre nuestra vida como un símbolo de nuestro compromiso interior con nuestro Creador. Hay muchas falsificaciones pero solo un Dios Creador y el sábado invita a toda la humanidad a regresar a él. Si levanta su bandera, él se pondrá de pie con usted hoy, mañana y siempre. Caminará con usted incluso en medio del fuego.

Plegaria

“Padre, te reconocemos como nuestro Creador y Redentor. Gracias porque, sin importar cuán abrumador pueda parecer el conflicto, tú puedes librarnos. Sabemos que vienen tiempos en los que se pondrá a prueba nuestra lealtad. Sabemos, sin embargo que tú puedes hacernos

leales, valientes y fieles. Ponemos nuestra confianza en ti por ser un Dios así. Enséñanos a desarrollar esa confianza en medio de los conflictos del día a día. Acércate a nosotros en medio del fuego. En el nombre de Jesús, amén.”

AL LEER estas páginas, ¿ha sentido que Dios la/lo guiaba a usted a una experiencia más profunda con él? El Espíritu Santo, ¿la/lo ha convencido de la verdad del sábado bíblico? Si está convencido de lo que Dios quiere que haga, ahora es el momento de actuar. Jesús una vez contó el caso de dos hombres, uno sabio y el otro insensato. El sabio era sabio porque oyó la Palabra de Dios y la puso en práctica en su vida. El insensato era insensato porque oyó la Palabra de Dios pero no hizo nada. En otra ocasión, Jesús dijo: “Si entienden estas cosas y las ponen en práctica, serán dichosos” (Juan 13: 17, DHH). La felicidad viene de conocer y hacer la voluntad de Dios. Cuando usted ponga en práctica la observancia del sábado en su vida, y adore cada semana con el pueblo de Dios, será inmensamente bendecido. Se acercará más a Jesús como nunca antes hubiera creído posible.

Sé que el cambio siempre trae aparejado algunas dificultades. Cada idea nueva es un desafío. Las viejas formas no desaparecen fácilmente. Las ideas por largo tiempo acariciadas y los patrones de adoración son difíciles de cambiar. Simplemente porque hayamos creído que algo es verdad y lo hayamos practicado durante años no hace que sea cierto. A lo largo de toda la historia del cristianismo Dios ha estimulado a su pueblo a seguir la verdad aunque sea contraria a la cultura predominante. La mayoría no siempre está en lo cierto. Dios valora la verdad más que la opinión de la mayoría. Su Palabra tiene más autoridad que los dirigentes religiosos más populares y persuasivos. Sus mandamientos son la base de la moralidad y el fundamento de su trono. La obediencia a Dios como una evidencia de nuestra fe interior es sumamente importante.

La/lo invito a considerar seriamente la verdad del sábado bíblico. Si Dios le está llamando a hacer un cambio en su vida, tenga el coraje de hacerlo. Sea un pionero para Dios. Establezca el lugar para que los demás le sigan. Dios bendecirá a su familia y a sus amigos a través de usted cuando dé un paso al frente para seguirlo. Tendrá la íntima satisfacción de estar haciendo lo correcto, porque es lo correcto. Se unirá a millones de personas en la observancia del día especial de Dios al prestar atención al llamado del Maestro: “Acuérdate del sábado” y para usted el sábado ya no será un mandamiento casi olvidado, sino que se convertirá en un tiempo de esperanza.